BAJO *la* CRUZ *del* SUR

La travesía de Hernando de Magallanes hacia tierras incógnitas

una novela de

PATRICIA CERDA



El viaje que cambió el mapa de la humanidad.

La primera circunnavegación del globo agregó una nueva dimensión a la historia de la Humanidad. A partir de entonces, los hombres y mujeres no estarían más aislados y el mapa avanzaría hasta armarse completo a lo que conocemos hoy. A partir de los nuevos descubrimientos realizados en la travesía liderada por Hernando de Magallanes, el mundo cambiaría por completo.

Con una mirada nueva, en esta novela Patricia Cerda no repite la perspectiva heroica y reconstruye —con implacable realismo— la dureza de la vida a bordo de las antiguas naves de conquista, la mentalidad de los hombres de la Armada del Moluco y, también, la reproducción de sus deseos y ambiciones ante esas tierras incógnitas que juraron conquistar en nombre de Dios y del Rey.

Una novela histórica reconstruida a partir de diversas crónicas convertidas en un relato ameno, que sirve de reflexión sobre los motivos universales que nos mueven. 500 años después de aquella hazaña, *Bajo la Cruz del Sur* muestra luces y sombras de la expansión de la cultura occidental sobre el planeta.

Patricia Cerda

Bajo la Cruz del Sur

ePub r1.0
Titivillus 30.04.2021

Título original: *Bajo la Cruz del Sur*
Patricia Cerda, 2020

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para mis hijas Carla y Lara

Se vio a la tierra entera de repente,
surgir, redonda, del azul profundo.
Fernando Pessoa

Y aún después de que el hombre haya desaparecido
Que hasta su recuerdo se queme en la hoguera del tiempo
Quedará un gusto a dolor en la atmósfera terrestre.
Vicente Huidobro

*

Recién ha terminado la misa en la iglesia de Nuestra Señora de Barrameda. Los doscientos cincuenta hombres se embarcan confesados y comulgados, como ordenó el capitán general, mientras él se ha encerrado en su cabina a terminar de redactar una carta para el rey Carlos I. La información que vierte allí se la ha guardado hasta ahora, pues con ella a su disposición, el rey podría haberle quitado su confianza y haber nombrado capitán de la Armada a un castellano. Pero ese peligro ya no existe. Están a punto de zarpar. Ya no hay tiempo para hacer cambios.

Se escuchan pasos y voces de marinos que bajan y de oficiales que suben las escaleras de la nao Trinidad. Un saludo en italiano, una orden en portugués, otra en castellano, un comentario en griego, en alemán… Gente de mar que toma sus puestos con experiencia y propiedad. Todos, incluso el capitán, van tras la oportunidad de hacerse de nuevo. Los familiares de los marinos andaluces han llegado a Sanlúcar de Barrameda a despedirlos.

—¡Regresen con gloria! —grita una mujer joven desde el muelle. Tiene un bebé en sus brazos.

Las madres y esposas sevillanas están tristes. Saben que comienza para ellas un largo tiempo de espera. La vida les pedirá paciencia, mucha paciencia. Las naos llevan provisiones para dos años. Están tristes, pero esperanzadas, al igual que los hombres de la Armada del Moluco. Quien regresa con gloria, obtiene lo que desea. Así ha sido siempre en la historia de la humanidad. Hernando de Magallanes no ha regresado nunca con gloria de sus aventuras marítimas. Nunca, mientras estuvo bajo las órdenes del rey Manuel I de Portugal, recibió el reconocimiento que esperaba.

—¡Regresen con o sin gloria, pero regresen! —grita una mujer cincuentona.

Es la gran aventura del nuevo rey de Castilla. La misión es encontrar el paso al Mar del Sur descubierto por Vasco Núñez de Balboa seis años antes y llegar por esa ruta a las islas de la Especiería, las misteriosas Molucas.

La carta está lista. Magallanes baja a cubierta, donde lo esperan Sancho Matienzo y Juan de Aranda, dos oficiales de la Casa de Contratación de Sevilla. Matienzo goza de toda su confianza. Una semana antes lo ha

nombrado albacea en su testamento. Le entrega la carta sellada con gesto solemne.

—Le ruego la mayor discresión.

—Yo mismo iré a dejarla a Valladolid —asegura Matienzo.

—Le deseamos la mejor suerte, capitán —dice Aranda—. Rezaremos cada día por usted.

Magallanes se despide de ambos con un abrazo. No hay nada más que agregar. Los ve conversar con Pedro de Valderrama, el capellán de la armada, mientras él desciende a la despensa.

Saluda al despensero con un apretón en el brazo.

—¿Todo bien? —pregunta Magallanes mirándolo hacia arriba. Es una cabeza más bajo que el oficial.

—Todo bien, capitán —responde el hombre con los brazos cruzados y las piernas muy abiertas. Porta en su cinturón un cuchillo a la izquierda y una espada a la derecha.

Recorren la bodega juntos. Magallanes se detiene frente a los sacos de bizcochos que ocupan una parte importante del espacio. Los empuja para ver si están bien amarrados. Luego mira al despensero y asiente. Continúa la revisión. Las pipas de vino y vinagre están ordenadas entre la carne salada y las treinta y cinco cajas de dulce de membrillo que lleva para su dieta personal. Golpea la madera de los toneles como saludándolos. En la otra esquina, en un rincón especial, están las mercancías de rescate. Son los cascabeles, espejos, cuchillos y otras menudencias que dará a los nativos de los lugares ignotos que visitará a cambio de víveres, leña y grasa para calafatear. Bajo ellas están los cofres que más importan. Contienen rollos de telas finas de Italia y Flandes, mucho terciopelo, gorros de colores, ropa de Turquía y otros artículos de lujo. Revisa las amarras y comenta al despensero que todos esos artículos serán cambiados en las Molucas por clavo de olor. Sus ojos oscuros le brillan. El despensero sonríe satisfecho mientras revisa las amarras de la caja de vasos de vidrio de Venecia. Siguen caminando. Magallanes espera haber pensado en todo.

*

Antonio Pigafetta tiene la mirada y el aspecto de un joven de veinte años, aunque en realidad tiene casi el doble de esa edad. Instala sus bártulos en el entrepuente haciéndose espacio entre marinos que hablan su idioma. Con su capa de terciopelo sobresale en elegancia. Sus paisanos curiosos le buscan conversación. Uno se llama Bautista y podría ser su hijo. Le cuenta que es grumete y que es la primera vez que se embarca. Otro se llama Giovanni y es calafate. Más allá está Antonio, el carpintero, un hombre mayor. Los tres son de la República de Génova. Pigafetta se sienta en su estera, saca su cuaderno de tapas de cuero, lo abre en la primera página aún en blanco, respira profundo y anota la fecha: *20 de septiembre de 1519*. Antonio le cuenta a Giovanni que vivió mucho tiempo en Florencia y que vio con sus propios ojos a Miguel Ángel esculpir su *David* de cinco metros. Pigafetta escucha la conversación. Él también ha visto esa escultura del hombre en pose de un dios. Tenía diez años cuando su padre lo llevó a conocerla… Una campana detiene la recién iniciada cadena de recuerdos. El capitán llama a reunión en la cubierta.

*

Magallanes apenas puede disimular su fuerte acento portugués. Junto a él están los oficiales de su nao capitana: el piloto Esteban Gómez, un portugués cuarentón de carácter raro, no fácilmente clasificable; el maestre genovés Juan Bautista Punzorol, afable, cincuentón y experimentado en la navegación; y el contramaestre Francisco Albo, un griego de unos treinta y cinco años que viste una boina negra. Con su mirada semisonriente, da la impresión de ser una buena persona. Los marinos, pajes y grumetes se sientan en el suelo a escuchar las instrucciones del capitán general. Les informa que cada noche habrá tres rondas de guardias. La primera comenzará al ponerse el sol, la segunda a media noche y la tercera antes del amanecer. Pigafetta anota todo…

—De la primera guardia estaré a cargo yo mismo en la Trinidad y mis capitanes en las otras cuatro naos —explica.

Todos se dan vuelta a mirarlas. Se ven ordenadas en el muelle detrás de la Trinidad. En la San Antonio se observa agitación. Gente que iza velas, suelta amarras, sube y baja escaleras… El capitán agrega que los pilotos organizarán la segunda guardia y los maestres la tercera.

—¿Entendido?

Los marinos responden a coro:

—¡Entendido, mi capitán general!

—Entonces, ¡todos a sus puestos en Nombre de la Santísima Trinidad, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios!

Una hora más tarde, aprovechando una ráfaga de viento propicio que hincha las velas, las cinco naves se despiden con una descarga de artillería. En el muelle queda una multitud haciendo señas insistentemente hasta que se desvanecen en el horizonte.

*

Pigafetta observa la tierra alejarse. Oficialmente va de extranumerario y cronista. No tiene que maniobrar el barco porque no sabe nada de navegación. Será un observador privilegiado de la vida flotante. El puerto es ahora una línea oscura y difusa. Allá quedaron los temerosos, los que no se atrevieron a probar suerte, los que, tal vez, algún día se arrepentirán.

En cierto modo, durante sus 39 años de vida ha sido siempre un cronista y espera seguirlo siendo. Lo suyo es dejar constancia. Un extranumerario en el viaje de la vida. Cuando tenía veintidós años fue nombrado cronista oficial de la República de Venecia. Como tal, anotaba todos los acontecimientos importantes de la ciudad. En ese tiempo los reinos europeos se quejaban de que los venecianos querían estar bien con Dios y con el diablo. Por un lado, participaban en las armadas europeas para frenar a los turcos otomanos en el Mediterráneo y por otro, mandaban embajadas amistosas al sultán Mehmet I para mantener las buenas relaciones con él. No dejaron de ir al Levante a buscar especias, seda y porcelana después del desastre del 29 de mayo de 1453: la apocalíptica caída de Constantinopla. Tampoco las cortes de los reinos del norte dejaron de demandar los productos que llegaban allí desde el Lejano Oriente por la Ruta de la Seda. Era una de las tantas contradicciones en que transcurría la vida de los nobles europeos. Los venecianos sabían que al comerciar con los turcos los enriquecían, que con esos ducados ellos pagaban a sus soldados en los Balcanes. El sueño del otomano era ocupar Viena, la capital de los Augsburgo, y apoderarse desde allí de toda Europa. Aquella dinámica peligrosa se nutría únicamente de la vanidad humana.

Pigafetta mueve la cabeza y mira hacia la costa. Ha desaparecido completamente. Ahora todo es mar. Se sonríe. España también quiere sacar provecho del negocio de las especias. No quiere ser menos que los portugueses. Recuerda cuando llegó a Venecia la noticia de que Vasco de Gama había encontrado la ruta marítima a la India doblando África por el sur en 1492; se sintió como un cañonazo sideral. Muchos comerciantes venecianos temieron la ruina, pero al final se consolaron pensando que era mejor que todo quedara entre cristianos. Las galeras ya no iban a Constantinopla a buscar mercancías, sino a Lisboa.

En los primeros días de navegación rumbo a Tenerife pasa mucho tiempo en la cubierta observando. El buen tiempo lo permite. El piloto Esteban Gómez sufre de mal humor crónico. Mira a Magallanes con resquemor. Gómez y Magallanes se conocen desde su juventud, cuando ambos eran pajes en la corte del rey Juan II de Portugal. Pigafetta intuye resentimiento y envidias reprimidas en el corazón del piloto. Le busca temas a su paisano Juan Bautista Punzorol, que es un tipo nostálgico y muy conversador. El maestre le habla de su esposa Blanca y de sus tres hijos: dos niñas adolescentes y un muchacho llamado Diego que va como paje en la nao Victoria. Le informa en su idioma y bajando la voz que también Magallanes lleva un hijo en la Trinidad.

—Se llama Cristóbal Ravelo.

Pigafetta asiente con cierta sorpresa. Confirma algo que intuyó cuando conoció a Magallanes en el Alcázar Real de Sevilla. Decide no mencionarlo en su crónica.

*

A la hora de almuerzo los únicos castellanos en la mesa del capitán en el castillo de popa de la Trinidad son el capellán Pedro de Valderrama y el alguacil mayor Gonzalo Gómez de Espinosa. Aunque Magallanes se ve a sí mismo como uno de ellos. Antes de partir a Sevilla se desnaturalizó oficialmente de Portugal.

El capitán habla poco con los demás y mucho consigo mismo. Dice lo justo y necesario, pero sabe filtrar de la conversación aquello que le sirve. Tiene sus propias preocupaciones… Por una parte, el peligro de que carabelas

portuguesas lo puedan interceptar en el mar abierto, y por otra, Juan de Cartagena, el capitán de la nao San Antonio. El rey lo ha nombrado en el último minuto *conjunta persona* y veedor general de la Armada del Moluco. Sabe que eso de conjunta persona no es más que un apelativo simbólico para subrayar que se trata de una empresa castellana, porque Cartagena no tiene experiencia en la navegación. Su principal cualificación es ser sobrino del obispo de Burgos, el confesor del rey. Teme que Cartagena y los capitanes de las naos Concepción y Victoria vayan conjurados contra él. El asunto le preocupa, pero confía en que sabrá afrontar la situación llegado el momento. Como hombre de fe, sigue los consejos que dio Jesús a sus apóstoles…

Mirad que os envío como corderos entre lobos. Sed, pues, prudentes como las serpientes y sencillos como las palomas.

El vínculo familiar entre Cartagena y el obispo Juan Rodríguez de Fonseca era parte del repertorio de secretos a voces que corrían en Sevilla. Todos sabían que los *sobrinos* de los dignatarios de la Iglesia eran, en realidad, sus bastardos. Bebe de su caña de vino y observa a sus comensales que escuchan entusiasmados a Pigafetta. El italiano comenta la carta de Américo Vespucio en la que el famoso navegante aseguró que la tierra en que desembarcó Colón no era la India, sino un nuevo mundo, un cuarto continente situado entre Oriente y Occidente. Magallanes piensa que el vino ha soltado la lengua del italiano cuando levanta su copa y repite las palabras de Vespucio:

—*Novum mundum appellare licet*[1].

Todos lo secundan con un *salud*, menos él. Sus pensamientos van y vienen como las oscilaciones oceánicas… *Fonseca no le ha hecho ningún favor a su bastardo*, se dice. *Veedor general de la Armada, sí, pero conjunta persona…* Menea la cabeza… *Dar a ese jovencito ignorante las mismas atribuciones que a mí…*

—¡Absurdo! —Se le escapa.

Todos lo miran. Magallanes no reacciona.

Pigafetta continúa sus historias. Cuenta anédotas del papa León X. Comenta que prohibió a Leonardo da Vinci realizar autopsias y disecciones de cadáveres, argumentando que el alma humana es divina. Punzorol apunta:

—Pero Leonardo también veneraba el alma humana. Para él toda la energía y el poder de la persona tenía su sede allí. No hay que olvidar que, además de artista, era filósofo.

Pigafetta añade que Leonardo compraba pájaros en el mercado para dejarlos en libertad mientras Magallanes se retira discreto a su camarote. Allí anota en su cuaderno personal:

En el mar las influencias no sirven. A las naos las mueve el viento, si se sabe manejarlas, y no las voluntades de los poderosos.

Se acerca a la ventana. El mar está calmo y la isla de Tenerife a la vista, a medio día de navegación.

*

Pigafetta es el primero en bajar a tierra. El puerto en que anclan se llama Monterose. Aprovecha los tres días que la armada se queda allí para conversar con gente de otros barcos. Hans Berger es uno de los cuatro alemanes que van en la armada. Es maestre y lombardero de la nao Concepción. Lo ve concentrado leyendo un libro en latín y se ríe cuando lee el título: *Stultifera navis*[2]. El alemán le sonríe también.

—¿De qué se trata? —pregunta el italiano.

—De locos como nosotros.

—¿Puedo saber de dónde es usted?

—De Núremberg, ¿y usted?

—De Vicenza. Soy langobardo.

—Yo nací en Núremberg pero he vivido casi toda mi vida en Augsburgo, la ciudad en que reside el banquero que ha financiado esta expedición.

—El mundo es pequeño —comenta Pigafetta.

—Veremos —dice Beger—. Si es pequeño llegaremos pronto a nuestro destino y volveremos cargados de especias. Y usted, ¿en qué barco va?

—En la nao capitana. Soy el cronista de esta armada.

Berger lo queda mirando.

—No sabía que llevábamos un cronista.

—Yo mismo se lo propuse al rey don Carlos.

—Felicitaciones. Muchos son los llamados y pocos los elegidos. ¿Cómo consiguió audiencia con el rey?

Pigafetta sonríe y no contesta. Cambia de tema…

—En Sevilla todos decían que de esta expedición no va a regresar nadie.

Beger se encoge de hombros y luego comenta con cierta displicencia:

—El destino es una fuerza poderosa. Algunos disfrutan de una breve existencia en tierra firme y otros en el mar llegan a ser longevos. Yo prefiero volver rico de las Molucas a vomitar pobreza por las calles de Sevilla, Núremberg, Augsburgo o donde sea.

*

Antes de seguir el viaje, Magallanes llama a los capitanes de las otras cuatro naos a la Trinidad para comunicarles las reglas de navegación. Los tres capitanes castellanos Juan de Cartagena, Gaspar de Quezada y Luis de Mendoza suben juntos y se paran frente a él con los brazos cruzados y las piernas levemente abiertas. Son jóvenes. Ninguno tiene más de treinta años. El capitán y piloto de la nao Santiago, la más pequeña de la armada, se ubica a cierta distancia de ellos. Juan Serrano tiene más de cincuenta años y es un piloto reconocido de la Casa de Contratación. Magallanes explica que la Trinidad debe ir siempre adelante. Los castellanos se miran con complicidad. Ninguno dice nada, ni da muestra de aprobación o rechazo. *Con el hombre callado, mucho cuidado*, piensa Magallanes. Luego explica las señales de banderas y de luces para el día y la noche:

—En la popa de la Trinidad se mantendrá un farol colgado en un sitio eminente para que usted, Juan de Cartagena, lo pueda ver siempre y repita las mismas señales a la nao Concepción y desde allí a las naos Victoria y Santiago.

Cartagena asiente levemente. Pigafetta toma nota.

—Escuchen bien —prosigue Magallanes—. Si se encienden dos luces es señal de que hay que moderar la marcha. Tres luces es temor al mal tiempo, por lo que habrá que recoger velas. Un disparo de cañón indica baja profundidad. ¿Alguna duda?

Nadie dice nada. Magallanes prosigue mientras se toca la barba.

—Los pilotos tienen la obligación de mantener el contacto con la nao capitana y guardar el orden estricto que he señalado.

—Todo ha sido dicho ya en Sevilla —espeta Juan de Cartagena.

Magallanes lo ignora. Mira serio a cada uno de los tres castellanos.

—Recuerden el juramento de fidelidad que han hecho a este capitán general en la iglesia Santa María de la Victoria. Vuelve su mirada a los marinos sentados en el suelo. Cada uno de vosotros debe velar para que ese juramento se cumpla.

Los tres castellanos se miran cómplices. Magallanes da por terminada la reunión.

—Recuerde que debe informarme la ruta antes de partir —pide Cartagena en tono arrogante.

Magallanes reflexiona un segundo. Luego asiente. Le parece que mostrar la ruta de viaje a un inexperto está demás, porque jamás aceptará posibles oposiciones. Es un trámite absurdo. No obstante, al día siguiente, día de la partida, manda a un marino a las cuatro naos con copias de su plan de viaje.

*

El 1 de octubre por la noche vuelven a levar anclas y el viento lanza rápidamente a las cinco naos hacia mar abierto. Los marinos ocupan sus puestos en el estrecho espacio de las naos; trabajan o descansan amontonados entre cajas, pirones, sacos y velas, expuestos al frío, al calor y a la humedad. No hay privacidad. En la popa de cada barco cuelga un columpio en que los hombres se sientan a hacer sus necesidades a la vista de todos. No obstante, comparten una sensación colectiva de navegar hacia la inmortalidad. Van a donde nadie ha ido. Magallanes se encarga de recordarles que la Providencia los acompaña. Cada orden suena como una oración:

—Soltar el cabo del trinquite en nombre de la Santísima Trinidad, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios…

Los marinos experimentados miden la velocidad con un cabo largo jalonado de nudos y un reloj de arena e informan al capitán que avanzan a buen ritmo.

*

Excepto para un círculo pequeño de amigos íntimos y parientes, el camarote del capitán en el castillo de popa está prohibido. El capitán pasa mucho tiempo allí estudiando los dos globos terráqueos que lleva en la sala de mapas, un pequeño cuarto adherido a su dormitorio. Los globos incluyen los territorios descubiertos por Colón en las Antillas y por Cabral en la demarcación portuguesa. El sur del Nuevo Mundo es tierra incógnita. Él será quien dé claridad sobre esa parte de la geografía. A ratos relee las cartas que le envió su amigo del alma desde las islas Molucas. Reencontrarse con él es la motivación más íntima de ese viaje. Se trata de Francisco Serrão, un portugués con quien navegó los mares de la India ocho años atrás. Otras veces toma notas en uno de sus diarios. Lleva dos: uno oficial y otro personal.

Todos los días baja a la cubierta en cuanto amanece para estudiar la distancia hacia las otras naos y ver si aparecen otros barcos en el horizonte. Un día le busca conversación Guillermo Tanegui, su experto en lombardas, el único flamenco de la expedición. Quiere saber por qué cojea de la pierna izquierda. Magallanes hace memoria…

—Una lanza me atravesó la rodilla en la Berbería. Eso fue en 1513, sirviendo al rey de Portugal en Marruecos.

El flamenco se sonríe y comenta:

—Nosotros dos tenemos algo en común, ¿sabe?

Magallanes muestra curiosidad.

—Los dos nos hemos desnaturalizado de la tierra en que nacimos.

El capitán asiente serio y pensativo. Tanegui pone su mano en el pecho y prosigue…

—No importa dónde nazcamos porque nuestro auténtico origen lo llevamos en el corazón.

Magallanes le da una palmada en el hombro y el flamenco agrega…

—La patria es un sentimiento.

—Tiene toda la razón —dice el capitán—. De manera retrospectiva podemos nacer donde se nos dé la gana. Lo invito a compartir mi mesa al mediodía.

Allí continúan la conversación sobre la patria.

—Me considero un *hijo del mar* —dice el flamenco con melancolía.

—No sabía que en la Armada del Moluco iba un poeta —comenta Pigafetta.

Todos se ríen, también Magallanes.

—Los mejores hombres de España no son españoles, comenzando por el rey —asegura el *hijo del mar* y agrega con cierta ironía— Don Carlos y yo crecimos en la misma tierra.

*

Continúan avanzando a buen ritmo y con buenas condiciones metereológicas. Punzorol sabe reconocer la profundidad del agua por su color y densidad. La tripulación va tranquila. El Atlántico los acoge.

Magallanes en su camarote, sentado en su sillón rojo de terciopelo, recuerda la última entrevista que tuvo con el rey Manuel en el nuevo Palacio Real a orillas del río Tajo. Se sintió raro al ver tanto lujo. Él solo conocía el palacio antiguo en el castillo de San Jorge, una fortaleza construida por los moros en el lugar más alto de Lisboa. El momento más memorable que vivió allí, siendo paje de la reina Leonor, fue la fiesta que dio su antiguo protector, el rey Juan II, en honor a Vasco de Gama a su regreso de la India en septiembre de 1499. Lisboa no cabía en sí. Se sirve un vaso de jerez y abre su diario personal, pero no escribe nada. Los recuerdos lo asedian. De Gama era el ídolo de su juventud. Desde que lo vio aquel día en el castillo, su gran sueño era emularlo. Si Juan II no hubiera muerto, eso hubiera sido posible, piensa. Todo se lo debe a ese rey. Gracias a él pudo estudiar en la Escuela de Sagres. Sus conocimientos de álgebra, geometría y astronomía vienen de allí. Mira el océano levemente agitado por el viento justo. Tenerife es ahora un punto gris lejano.

El rey Manuel, en cambio, siempre lo despreció.

El palacio nuevo a orillas del Tajo copiaba el estilo de vida de otras casas reales europeas. Grandes jarrones de porcelana en las esquinas del salón principal, y en el centro sillones de terciopelo. Vuelve a verse parado en medio de la sala esperando al rey, preguntándose para qué tanto lujo: ¿para

intimidar? ¿Será esa su función? Se sonrió entonces y vuelve a sonreír en su camarote. Escribe en su diario personal:

Las verdaderas diferencias las marca Dios. Él es quien reparte los talentos y las virtudes.

En una pared colgaba un cuadro que no conocía de Enrique el Navegante. Se quedó observándolo.

Manuel entró a la sala con un semblante que no supo cómo interpretar; podía ser arrogancia o tristeza. Todos sabían que pasaba por un mal momento. Acababa de enviudar. Magallanes cojeó hacia él y le hizo la venia de protocolo antes de entregarle su hoja de vida pulcramente escrita. En ella detallaba sus servicios: el complot que descubrió en Malaca, salvando la vida al comandante Diego López de Sequeira, su participación en la conquista de Goa en 1510, su expedición a las islas Molucas en 1511, la exploración de las costas chinas en 1512 y su paso por la Berbería en 1513. Manuel leyó rápidamente la hoja y comentó displicente:

—No hay aquí nada que ya no sepa.

Magallanes lo mira a los ojos buscando su empatía.

—El mérito supone derecho. Dada la mutilación de mi pierna, pensaba que *Su Majestad* tendría a bien aumentarme la moradía**[3]** en medio cruzado mensual en reconocimiento por mis servicios.

Manuel miró su pierna y se aclaró la garganta. Magallanes recordó lo que decían las malas lenguas. Que su cojera era fingida. Cuando el rey se miró las manos enguantadas sintió venir el rechazo…

—A decir verdad, yo a usted no lo tengo en alta consideración. Además, no me gusta la gente pedigüeña.

Lo sintió como una puñalada de injusticia en el centro de su corazón. Respiró profundo y confió en su capacidad de salir bien de la situación.

—Ya que no asiente en aumentar mi moradía, tal vez pueda encontrar para mí un puesto en su flota de la India o en las armadas que van a las tierras descubiertas por Cabral en el Nuevo Mundo. Es bien sabido que…

Fue cuando Manuel lo interrumpió con la respuesta definitiva:

—No. No tengo lugar en mis flotas para usted. Ni en la de la India, ni en la de Brasil. Tampoco en la de la Berbería, donde usted ha dejado un mal recuerdo.

Magallanes iba a decir algo en su defensa, pero Manuel hizo un gesto con la mano a un criado.

—Entonces le pido que me permita vivir donde mis servicios sean mejor retribuidos.

—Por mi parte, no hay problema —dijo el rey, repitiendo el gesto al criado para que hiciera pasar al siguiente.

Se despidió con una venia y se retiró de la sala y del palacio tan rápido como se lo permitió su cojera. Después caminó largamente por la ribera del Tajo. Vinieron a su mente las palabras de Job cuando recibió la noticia de haberse perdido sus ganados:

El Señor me lo dio y el Señor me lo quitó.

Observa por la ventanilla. Las olas ondean igual que sus recuerdos. Anota en su diario personal:

La vida se está encargando de enmendar aquel agravio.

Baja a la cubierta en busca de su hijo. Como no lo encuentra manda a un paje a buscarlo.

*

Llevan tres semanas de navegación en mar abierto. Hacia ningún punto cardinal se ve tierra. Una noche sin luna ni nubes, Magallanes se queda después de la última oración en la cubierta observando las estrellas en busca de Saturno. Su profesor en la Escuela de Sagres, el cosmógrafo Ruy Faleiro, le enseñó a distinguir al planeta más alto entre las constelaciones. Saturno es su favorito porque protege al hombre con ideas propias y lo incita a ponerlas en acción. Se demora en localizarlo, cerca del cinturón de Orión. Medita sobre su extensa órbita y respira profundo. Luego sube a dormir y al otro día ordena a su piloto cambiar el rumbo hacia el suroeste. Gómez lo mira desconcertado, pero obedece. Conoce bien a Magallanes. Sabe que no tiene alternativa. Cualquier desacato será el último. El maestre Punzorol espera a que el capitán se retire a su camarote y sube a hablar con él. Pero Magallanes no quiere ser interrumpido. Está con su hijo Cristóbal. Punzorol insiste, entra en su habitación y le habla con confianza y buena voluntad.

—No entiendo este cambio de planes. Esta no es la ruta consignada por Colón y Vespucio.

—Mire esto —le pide el capitán.

Le muestra una carta de marear y le indica el lugar en que se encuentran.

—Por estas aguas navegan nuestros enemigos portugueses. En Tenerife me enteré de que Manuel ha enviado carabelas a interceptarnos.

—No me extraña. Lo mismo hizo Juan II con Cristóbal Colón —comenta Punzorol y se retira.

*

Después de medir la latitud al mediodía, Punzorol cuenta a Pigafetta que él y Magallanes se conocieron cuando navegaban juntos en los mares de la India. Por eso lo invitó a formar parte de la Armada del Moluco como maestre de su nao.

—Es un hombre hermético, pero buena persona —comenta el cronista.

Punzorol asiente y agrega:

—Es un nauta osado, inteligente y pío.

—Mi mentor Chierigati me enseñó que hay dos clases de hombres: están los que no expresan lo que sienten, como Magallanes, y los que hablan sin sentir lo que dicen.

—Los últimos son mayoría —apunta Punzorol, quien a continuación se explaya sobre las bondades del carácter de su esposa Blanca, que lo espera en Sevilla. Pigafetta lo escucha con paciencia, sacando sus propias conclusiones… *Lo que el barco anda, el corazón lo desanda,* piensa y sonríe.

Paralelamente, en la popa, el capitán enseña a su hijo Cristóbal a leer las tablas de longitudes de Ruy Faleiro. Quiere hacer de él un gran navegante. Le cuenta que Faleiro sabía mucho de cosmografía y astronomía, pero poco sobre los seres humanos. Por eso tuvo que dejarlo en tierra, aunque la idea de llegar a las islas Molucas navegando hacia occidente había sido principalmente suya. Una locura de Faleiro que él convertiría en realidad.

*

Juan de Cartagena, el capitán de la nao San Antonio, se ha dado cuenta del cambio de rumbo. Irritado e impulsivo se adelanta en una chalupa y pide hablar con Magallanes. Los marinos observan la escena desde la cubierta con curiosidad morbosa. Juan Cartagena recién ha cumplido veinte años. Magallanes lo dobla en experiencia y edad.

—¿Por qué no me avisó del cambio de rumbo? Usted tiene la obligación de consultar todo conmigo —le grita Cartagena desde la chalupa.

Magallanes, asomado por la borda, hace gala de tranquilidad. Le responde displicente:

—Yo no tengo que darle cuentas a nadie de mis decisiones. Si quiere suba a mi nao para leerle la parte de las capitulaciones que me da autoridad absoluta sobre esta armada.

Cartagena mira a su alrededor. Advierte las miradas y contraataca:

—No es así. Usted tiene la obligación de consultarme. Recuerde que soy conjunta persona.

Magallanes, lejos de perder la compostura, le responde con voz tranquila.

—Yo no me debo a nadie más que a la Corona de Castilla. Buenos días en nombre del rey.

Regresa a su cuarto mientras Cartagena vuelve a la nao San Antonio entre murmullos. Pigafetta sigue a Magallanes para expresarle su apoyo.

—No es bueno el mando de muchos. Que uno solo sea el jefe. Lo dice Homero en *La Iliada*.

—No conozco ese libro —replica, sin tratar de ocultar su mal humor.

—Pero quizás sí conozca a Roger Bacon, fraile de Oxford del siglo XIII, para quien el capitán de un barco era comparable al intelecto en un ser humano. El capitán lleva adelante el barco de la misma manera que el intelecto hace prosperar a los hombres.

—Me sorprende su cultura.

—Desde que me fui a vivir a Venecia con 20 años no he hecho otra cosa que leer. Primero como cronista de la ciudad y luego como secretario del obispo Francisco Chierigati. Él tenía más de mil libros en su biblioteca.

—Tome asiento si quiere y hágame compañía —ofrece Magallanes.

El cronista abre su cuaderno para relatar lo que ha ocurrido con Juan de Cartagena mientras Magallanes sigue rememorando…

Portugal le cerró sus puertas cuando él se sentía llamado a hacer grandes hazañas. Tanto en su vida como en el mundo era el tiempo de traspasar límites, no de aceptar barreras arbitrarias. Intuyó que *algo* se le iba a ocurrir, *algo* iba a pasar. La vida le daría una nueva oportunidad. Y ese algo llegó dos semanas después con la carta de Francisco Serrão enviada desde la isla de Ternate en las Molucas. Su texto se lo sabe de memoria…

He encontrado aquí un mundo nuevo, más grande y rico que el de Vasco de Gama. Únase a mí. Aquí no le faltará nada para ser feliz…

La carta no pudo ser más oportuna. En ella le informaba, además, que tenía el negocio del clavo de olor en sus manos. Se lo había quitado a los moros. Era el hombre de confianza del rey de Ternate. Abre su diario personal y escribe:

Los portugueses como Serrão son los verdaderos héroes de este tiempo y no personas como Manuel, que nunca han salido de su palacio. Manuel solo cosecha lo que otros siembran y riegan con su propia sangre.

*

Llega noviembre y la navegación continúa con buenos vientos alisios en popa, que los castellanos llaman *solana*. El mar sigue siendo su aliado. Las naos avanzan solas. La temperatura aumenta conforme se acercan a la línea equinoccial. Eso hace que en las partes bajas de la nao la mezcla de olores se haga cada vez más insoportable. No obstante, los grumetes voltean cada media hora los relojes de arena cantando con buen humor:

Bendita sea la hora en que Dios nació y Santa María que lo parió y San Juan que lo bautizó.

Mientras Magallanes en su camarote repasa la situación de su armada. Muchos oficiales de su tripulación han sido nombrados por el obispo Juan Rodríguez de Fonseca. No solo los tres capitanes castellanos de las naos San Antonio, Concepción y Victoria, también el contador general, Antonio de Coca. De Coca es otro *sobrino* de Fonseca. Pero hasta ahora el hombre se ha

mostrado discreto. No arrogante como Juan de Cartagena. Después de este último, su peor enemigo es el capitán de la nao Victoria y tesorero de la armada, Luis de Mendoza, un hombre de mirada fría. Cada vez que lo ve, recuerda la máxima de tener cuidado con el hombre callado. Para vigilarlo ha nombrado piloto de la Victoria a Vasco Gallego, a quien conoce desde su juventud. López de Carvallo, otro amigo de juventud, cumple la misma función en la nao Concepción, donde Fonseca nombró capitán a Gaspar de Quezada.

Andrés de San Martín, el cosmógrafo sevillano que va como piloto en la nao San Antonio, le parece buena gente. Despierta su confianza. Porta consigo muchos libros de astronomía, entre ellos el *Almagesto* de Ptolomeo y el *Tratado de la Esfera* de Sacrobosco. Piensa aprovechar la primera ocasión para ordenar que se cambie a la nao Trinidad.

La nao que menos dolor de cabeza le da es la Santiago, porque en ella va de capitán y piloto Juan Serrano. Es un hombre de baja vanidad y con mucha experiencia en el mar. Cinco años antes fue capitán de una de las carabelas de la expedidión de Pedrarias Dávila al Darién. Con él van muchos franceses, y los extranjeros de la armada, en general, son de confiar. No se resienten cuando un portugués les da órdenes. Al contrario, son gente agradecida por la oportunidad que se les ha brindado. Intuye que ante cualquier eventualidad serán sus aliados pasivos o activos. No son pocos; 105 de los 260 tripulantes de la armada son extranjeros.

Y en la Trinidad tiene un aliado incondicional que es Gonzalo Gómez de Espinosa, el alguacil mayor. Fue uno de los primeros en sumarse a la empresa y le ayudó a levantar gente en Sevilla.

Punzorol golpea su puerta. Magallanes lo hace pasar. Es un italiano alto, rubio de ojos claros. Un tipo bien parecido, además de tranquilo. En él no hay agresividades latentes. Le avisa que se están acercando a las islas de Cabo Verde.

—Debemos mantener la distancia —dice el capitán y baja con él a la cubierta.

Dos horas más tarde pasan frente a las islas portuguesas. El lombardero flamenco comenta que allí habitan unos hombres negros muy pacíficos que los portugueses venden como esclavos. Vaticina que la venta de esclavos africanos será el gran negocio del futuro.

Magallanes se retira internamente de la conversación. Vuelve a pensar en las maquinaciones del obispo Fonseca. Llegado el momento hará los cambios necesarios en la armada. Anque ya no se ve, España aún está cerca.

*

El sol recién ha alcanzado su punto más alto cuando de pronto se levanta un viento fuerte que apaga el fogón de la nao Trinidad. El cielo se oscurece en espacio de minutos y un rayo cae en el agua frente ellos, seguido de otro y otro… El mar se agita. Los grumetes se asustan, pero los marinos experimentados saben bien qué hacer. Punzorol asume la dirección de los aprendices. Magallanes le pide que tenga paciencia con ellos porque la marinería es un talento que a algunos se les da más que a otros. La nao se bambolea. A ratos parece que se va a volcar. Pigafetta se aferra con fuerza al palo mayor y reza en voz alta. Su ropa, como la de todos los marinos, se moja completamente. Sus dientes castañean por el miedo y el frío. La tormenta dura algunas horas hasta que aparece una luz que baila en el mástil mayor. Un marino grita con alivio:

—¡Fuego de San Telmo!

Todos miran el palo.

—La tormenta pasará pronto —asegura Punzorol.

—¿Cómo la sabe? —pregunta Pigafetta.

—Ah… La *sperienza* vale más que la *sapienza* —replica el maestre más tranquilo.

Cuando vuelve la calma, Pigafetta y muchos marinos se dejan caer en sus esteras extenuados. Magallanes recorre las partes bajas de la nao y felicita a sus hombres. Abraza a su esclavo Enrique, que compró en Malaca diez años atrás. Lo lleva como traductor a las Molucas.

*

Pasada la costa de Guinea vuelve la calma. Pero en esa zona intertropical el viento se torna demasiado débil. En la nao San Antonio el cosmógrafo y piloto Andrés de San Martín da vuelta varias veces la ampolleta de doce horas sin que las naos avancen a la velocidad esperada. En la Trinidad el párroco Pedro de Valderrama pide en sus oraciones de la mañana y de la noche que Dios y los santos les envíen vientos propicios.

Pigafetta recuerda lo que ha leído en el diario de Colón:

A cien leguas al poniente de las Azores se ven otras estrellas.

Junto al contramaestre griego Francisco Albo se dedica a observarlas. Informa a su nuevo amigo que la palabra castellana *desear* proviene del latín *desidero*, que a su vez proviene de *sidera* y significa estrellas.

—Cada vez que nombramos la palabra *deseo* evocamos sin saberlo a los astros —explica el cronista.

Albo es un hombre culto y de mente rápida. Pigafetta le ha prestado su astrolabio para que mida la latitud diariamente. El griego ha comenzado a llevar un cuaderno bitácora de esas mediciones. Es originario de la isla Axio en el mar Egeo, la patria de Homero. Escapó a España el año 1500 huyendo de los turcos otomanos y en Sevilla conoció a su esposa Juana, que lo ayudó a echar raíces en Andalucía. No obstante, sueña con volver algún día a su isla. Mientras otros se quejan por la falta vientos, él cita a Píndaro:

—*Las velas caídas por falta de viento siempre están listas a estremecerse con brisas nuevas*.

*

Juan de Cartagena echa la culpa de la prolongada calma a Magallanes y deja de rendirle los honores correspondientes en su saludo nocturno. Le dice…

—Dios os salve, señor capitán y maestre y buena compañía.

Eso de *buena compañía* le parece a Magallanes una nueva detonación de arrogancia. Las peleas entre ambos están en boca de todos. Es evidente que Cartagena no quiere aceptar un rol subordinado en la armada. Magallanes, seguro de sí mismo, le manda a decir con el maestre de la nao San Antonio, el vasco Juan de Elorriaga, que quiere ser saludado como capitán general a secas; nada de maestre ni buena compañía. Pero Cartagena no piensa ceder.

La noche siguiente ni siquiera lo saluda personalmente. Manda a Elorriaga. Magallanes se siente rebajado a un juego infantil. Pero no quiere que el conflicto escale. Existe la posibilidad de que Cartagena se dé cuenta de que una cosa es lo que acordó secretamente con su padre y otra es la realidad de la armada. Se encierra en su camarote y relee la carta de su amigo Francisco Serrão, su aliado mayor. Eso siempre lo tranquiliza. Vuelven los recuerdos…

Después de la conquista de Malaca en 1511 e instalado el virrey Alburquerque, fueron enviados a tomar posesión de las islas Molucas. Partieron en tres naos. Una iba al mando de Antonio de Abreu, otra al mando de Serrao y la tercera bajo su propio mano. Serrao naufragó, pero se salvó y logró llegar a Ternate, donde todavía vive. Abreu y él regresaron a Malaca con las carabelas cargadas de clavos de olor. En una de sus cartas Serrao le asegura que las Molucas están en la demarcación castellana, según lo fijado en el tratado de Tordesillas[4]. Es la información que virtió en su última carta al rey Carlos antes de partir. La carta que Matienzo ya ha de haber llevado a Valladolid.

Da un palmotazo a su escritorio. Las Molucas son castellanas y él se las va a quitar a Portugal. Pero antes tiene que encontrar el paso a la Mar del Sur. Baja de buen humor a la cubierta. Albo le informa que se encuentran próximos a la línea equinoccial.

*

La tercera semana de noviembre hace los primeros cambios en la tripulación. Andrés de San Martín pasa a la nao Trinidad sin puesto fijo, Esteban Gómez lo reemplaza como piloto de la San Antonio y Francisco Albo asciende a piloto de la Trinidad.

Gómez acepta el descenso de malas ganas. Porque ser piloto de la segunda nao después de llevar el timón de la nao capitana es claramente un descenso. A Pigafetta le parece admirable la entereza con que Punzorol ha aceptado el ascenso de Albo. No muestra en ningún momento molestia por verse sobrepasado por el griego. Su mentor Francisco Chierigati decía con razón que la vida era taller de jerarquías.

Albo celebra su ascenso con buenas ocurrencias y contando a los marinos historias de *La Odisea*, libro que se sabe de memoria. Los marinos lo

escuchan fascinados… Eolo, dios de los vientos, hijo de Poseidón, entregó a Ulises un odre cuando este llegó a su isla durante su *nostos* o viaje de regreso a casa. En el odre estaban todos los vientos encerrados, menos uno, que con la fuerza de su soplo lo llevaría a su patria, Itaca. Pero los marinos que acompañaban a Ulises, creyendo equivocadamente que el odre contenía tesoros que el caudillo les ocultaba, lo abrieron mientras él dormía y los vientos se escaparon. A consecuencia de ello sufrieron una gran tempestad.

*

Del cuello del cosmógrafo San Martín cuelga un hilo de cuero y en él, amarrada, una amatista en forma de estrella. Es su talismán. Todas las noches estudia las estrellas. A veces lo acompañan Magallanes y Pigafetta. Una de esas noches les muestra la constelación de Virgo y Albo se acuerda de lo que escuchó en su patria, que allí suele refugiarse Dyké, la diosa de la justicia griega. Comenta, timón en mano, que la diosa recuerda desde arriba a los hombres que la justicia ya no habita en el mundo sublunar. Hay que invocarla. Magallanes observa las estrellas un largo rato y luego, en su cabina, a la luz de una vela, compara el firmamento que ha visto con los datos de su tabla astronómica. Sabe que pronto ya no habrá más tablas para comparar. Todo dependerá de los conocimientos y capacidades de su cosmógrafo y de su propia intuición.

San Martín sigue observando las estrellas solo en la cubierta durante varias horas. Cuando el marino Ginés de Mafra entra a hacer la segunda guardia de la noche se fascina al verlo medir posiciones estelares con sus instrumentos y tomar notas en su cuaderno. Parece un viejo sabio. Protegido del viento por su capote azul de mar y su bonete, Mafra lo observa sin hacer ruido. Surge en él el deseo de entender. ¿Será San Martín un descifrador de secretos siderales? No hace preguntas para no importunar. Él es solo un marino de vientiséis años. Siente el peso de la jerarquía. El astrónomo observa la constelación de Aries, que quiere decir carnero, como el carnero alado del vellocino de oro. Es la constelación que los griegos dedicaron al amor entre el argonauta Jason y Medea. Anota sus coordenadas sin saber que está siendo observado. ¿*Será un secretario del universo*?, se pregunta Mafra. Da vuelta la ampolleta que mide las horas dos veces sin dejar de observarlo.

Recién cuando el cosmógrafo recoge sus instrumentos dispuesto a bajar a dormir se atreve a hablarle.

—¿Ha podido leer en los astros el destino de la armada?

San Martín se asusta. Mafra levanta su vela para mostrar su rostro. Es una noche sin luna.

—¿Es cierto que Dios habla por medio de las estrellas? —insiste el marino.

—¿Te crees merecedor de conocer los secretos del cosmos? —inquiere San Martín en tono paternal.

Mafra no sabe qué decir.

—Porque la casa de la sabiduría ha estado reservada a pocos desde siempre.

Mafra se encoje de hombros.

—Piénsalo. Otro día me respondes. Buenas noches.

*

La primera tormenta después de dos semanas de calmas desesperantes no proviene de la atmósfera, sino de la nao Victoria. Luis de Mendoza comunica a Magallanes que el maestre siciliano Antonio Salomone ha sido sorprendido cometiendo *pecado contra natura* con un grumete. Magallanes ordena apresarlos a los dos de inmediato. Otra vez se adelanta en un esquife Cartagena y sube a la Trinidad indignado a increparlo.

—Usted toma decisiones sin consultarme. Eso no lo acepto.

Magallanes quiere dar de una vez por terminado el conflicto. Corta por lo sano. Lo agarra por las chorreras de la camisa y le dice dos palabras:

—Sed preso.

Manda a dos marinos corpulentos que lo pongan en el cepo y nombra en su lugar a Antonio de Coca. El contador tampoco es de su confianza, pero no quiere enardecer los ánimos nombrando capitán de la San Antonio a Álvaro Mezquita, su primo, o a su cuñado Duarte Barbosa. Cauteloso, deja esos cambios para más adelante.

La noticia de la destitución de Cartagena corre rápidamente por todas las naos. Nadie parece sorprenderse. Que Magallanes sea claro, serio y duro con quien considera un obstáculo es algo esperado.

Ese día a la hora de almuerzo en el castillo de popa de la Trinidad no se habla de Cartagena, que ha quedado preso en la Concepción, ni de Salomone, que está preso en la Victoria, sino de la falta de viento. San Martín calcula que ella ha causado una demora de dos semanas. Magallanes no dice nada. Está seguro que con el cambio de ruta se ha librado de una emboscada de los portugueses. El rey Manuel, que hizo todo lo posible por impedir ese viaje, no iba a dejar pasar la oportunidad de interceptarlo en el mar. Recuerda los embajadores que Manuel envió a Sevilla para persuadirlo mientras Albo se acomoda su boina negra y comenta que en el año 150 antes de Cristo el estoico Crates de Malos dibujó por primera vez la tierra en su redondés. San Martín y el griego hacen un recuento de los geográfos europeos que aún dudan que la tierra sea redonda. Magallanes escucha y calla.

Dos días después, el cosmógrafo anuncia que han pasado la línea equinoccial. Esa semana la estrella polar desaparece.

*

El viento justo, ni mucho, ni poco y siempre en popa, escribe Magallanes en su diario personal. Pero el viento pocas veces se les presenta así. Es o mucho o poco. Como si las invocaciones de Albo a Eolo hubieran hecho efecto, de pronto se levanta una ráfaga que hincha las velas y trae consigo lluvia y marejadas. La vida a bordo se acelera.

—Esto no es lo que dice Plinio el Viejo en su *Historia natural* —comenta Pigafetta a Punzorol gritando para que lo escuche.

—¿Qué dice?

—Que cruzando la línea equinoccial la vida se hace imposible por los quemantes calores.

Pigafetta prende una vela bajo la cubierta y trata de escribir a pesar de los remezones de la nao.

—¡Ya, muchachos! —grita Magallanes—. La mar no sufre necios ni perezosos. Solo los vivos y diligentes pueden con ella.

El italiano sube a ayudar. Es una noche aterradora. La Trinidad se mece como si fuera de juguete, pero ahora los grumetes saben bien qué hacer. A ratos tienen que sujetarse fuerte de las cuerdas para no caer al mar. Todos rezan en voz alta. La tormenta recién amaina cuando empieza a aclarar.

*

Magallanes anota en su diario oficial:

Por fin avanzamos al ritmo esperado poniendo proa al suroeste.

Han vuelto los vientos alisios.

Estudia en un globo terráqueo las tierras descubiertas por Cabral y exploradas por Américo Vespucio en busca de una bahía para bajar a tierra en el Nuevo Mundo. El globo muestra apenas los contornos de la costa atlántica. Hay grandes espacios en blanco y algunas representaciones puramente especulativas. El continente descubierto por Colón sigue siendo *terra incognita*. Echa a volar la imaginación, pero su hijo lo interrumpe con fuertes golpes en su puerta. Le avisa que hay una discusión en la cubierta. Un alemán ha sacado un cuchillo. Acude de inmediato. Su sola presencia en la escalera de la popa hace que los ánimos se calmen.

—¿Qué pasa? —pregunta serio.

Punzorol le explica que dos marinos genoveses y el alemán han estado amonestándose toda la mañana. Un genovés trató al alemán de puerco protestante y el alemán respondió que los genoveses era unos vendidos porque sacaban buen provecho del comercio con los herejes otomanos. Los marinos italianos hicieron causa común y rodearon al alemán. Uno de ellos lo amenazó con lanzarlo por la borda y él sacó su cuchillo para defenderse.

Magallanes les habla en tono enérgico:

—Estamos aquí para apoyarnos. Es menester que cada uno asegure la vida del otro, porque solo así sobreviviremos. La próxima disputa será castigada severamente con azotes. Y si alguno muere por culpa de otro, su cuerpo será lanzado por la borda amarrado al de quien mató. No lo olviden: en esta nao *pendenciero* es sinónimo de pasto de peces.

Regresa a su camarote. Al día siguiente, cuando hace su visita de inspección bajo la cubierta, observa los rostros severos de los hombres. El

aire está tenso, pero la gente está controlada. Baltasar Genovés, el marino italiano que comenzó la pelea el día anterior, es aliado de Magallanes. Le ayudó en las levas cuando nadie quería anotarse como marino en la Armada del Moluco. Le da una palmada en el brazo y le pide…

—No mas peleas a bordo, ¿de acuerdo?

El italiano asiente.

Por la tarde, cuando las naos bajan las velas mayores para que la tripulación descanse, envía un esquife a la nao Concepción a buscar a su amigo Juan López de Carvallo. Carvallo ha vivido cuatro años en las tierras de Brasil. Sabe cuáles son los puertos en que transitan los portugueses. Estudian juntos los mapas buscando una bahía segura para desembarcar. Carvallo le aconseja evitar Pernambuco, donde los enemigos tienen una factoría. Eligen una bahía mencionada por Vespucio a la que llamó Río de Enero, por haber arrivado allí en ese mes. Carvallo la conoce bien. Los nativos la llaman Guanabara.

*

El 6 de diciembre se escucha desde la cofia del mástil mayor de la Trinidad al marino Tomás Natin gritar:

—¡Tierra a la vista!

Magallanes escribe en su derrotero el nombre de América, como ya antes lo había utilizado el geógrafo Waldseemüller. Luego anota en su diario personal:

Pronto veré a Colón y a Vasco de Gama no como maestros, sino como iguales.

La idea lo hace suspirar. Fueron los dos héroes de su adolescencia. Pero en Sevilla aprendió a respetar a Américo Vespucio. Tuvo la oportunidad de leer sus cartas que circulaban de mano en mano. Baja a hablar con su piloto.

—Es solo cuestión de una semana —le informa Albo.

*

Acercándose al Nuevo Mundo aparece en su mente la imagen del hombre de melena pelirroja y elegantemente vestido con abrigo de terciopelo y alma calculadora que conoció en Lisboa: el mercader burgalés Diego de Haro. La nueva oportunidad que esperaba de la vida después de la negativa de Manuel se la trajo él. De Haro tenía a cargo una dependencia de los Fugger en la ribera del Tajo que armaba barcos a la India. Siguiendo un impulso golpeó a la puerta de su tienda y dijo su nombre al sirviente que le abrió. Dos minutos después salió el mismo Haro al patio interior a recibirlo. Sabía todo de él. Lisboa era una ciudad pequeña y los hechos de los portugueses en el océano Índico eran tema de conversación entre los empresarios. Lo llevó a su lujosa sala llena de artículos orientales y lo dejó que se explayara. Enseguida lo consoló:

—La puerta del océano Índico se ha cerrado para usted, pero la del Atlántico sigue abierta. ¿Conoce al cosmógrafo Ruy Faleiro?

—Claro. En Sagres asistí a sus clases.

—Él dice saber dónde está el paso entre el Atlántico y el mar descubierto por Balboa. Ya hemos financiado una expedición en su busca comandada por Juan Díaz de Solís, que fracasó, como usted debe saber.

Magallanes asiente.

—Pero ese paso existe. Tenemos información confidencial —aseguró.

De la conversación saltaban chispas. El fuego persistente que llevaba dentro tomó nueva fuerza. Vuelve a sentir las ráfagas de energía y lucidez de aquella tarde. *Después de todo, la vida no es tan injuta*, razona. *Injustas son las personas, pero ellas no tienen la última palabra*.

*

Albo ve a Pigafetta escribiendo en cuclillas bajo la cubierta y se le acerca.

—Platón se quejaba de que los poetas están demasiado dispuestos a sacrificar la verdad para hacer más bellas sus historias.

—No es mi caso. Yo no soy poeta. Estoy escribiendo solo la verdad porque ella brilla por sí sola, por decirlo de algún modo. Lo que quede escrito aquí es para la posteridad.

Albo observa el anillo del cronista en el dedo anular de la mano derecha. Es de oro y tiene una gran piedra de ámbar en la que alcanza a distinguir un insecto petrificado. Intuye que hay una historia detrás de ese anillo. Se lleva su curiosidad a la cubierta.

*

Magallanes estudia el horizonte. La tierra está cada vez más cerca y los portugueses podrían estarlo esperando escondidos en alguna parte. Por la noche vuelve a estudiar el globo terráqueo e indica con el dedo el lugar en que podrían estar navegando. Se arrodilla y reza ante el crucifijo que cuelga frente a su cama. Fue una de las pocas cosas que llevó consigo a Sevilla…

Cuando llegó a la ciudad el 20 de octubre de 1517 sintió la efervescencia. Era pura energía. Más, mucho más, que en Lisboa. El rey Carlos I acababa de suceder a Fernando el Católico. El nuevo monarca de la casa de Augsburgo tenía recién dieciocho años. Su juventud le pareció un buen signo y también el hecho de que se hubiese criado en Flandes. El rey era tan extranjero como él.

Portaba una carta de De Haro para un portugués llamado Diego Barbosa, que era alcalde de las Atarazanas y de los Reales Alcázares y comendador de la Orden de Santiago. Los Alcázares eran impresionantes. Formaban una especie de pequeño Estado en la ribera del río Guadalquivir. Magallanes conocía personalmente a Duarte Barbosa, el hijo del comendador. Habían navegado juntos en el océano Índico. Por eso y por la carta de recomendación del empresario, el comendador Barbosa lo recibió con hospitalidad y se entusiasmó con el proyecto. Desde el principio quedó claro que Duarte iría otra vez al Moluco con él, esta vez bajo bandera castellana. Lo invitaron a instalarse en los Alcázares junto a su séquito formado por su hijo Cristóbal, a quien presentó como su criado, su esclavo Enrique de Malaca, su primo Álvaro Mesquita y sus sobrinos Francisco Mezquita y Martín de Magallanes.

Comienza a oscurecer. Magallanes enciende una vela.

La vida le sonrió en Sevilla. Inesperadamente, Beatriz, la hija menor del comendador, se enamoró de él. Lo que no le había ocurrido en quince años, le ocurrió en su primer mes en la capital hispalense. Diego Barbosa lo aceptó como yerno de inmediato. Tres meses después se casó con Beatriz. Mira por

la ventana de su cuarto y se asombra. Es la misma luna llena del día de su matrimonio. Al banquete nupcial en los jardines de las Atarazanas acudieron amigos y conocidos de su suegro, entre ellos algunos oficiales de la Casa de Contratación. Unas cincuenta personas levantaron sus copas y brindaron por los novios y por el éxito del viaje al Maluco. Maximiliano Transilvano[5], un erudito húngaro, secretario personal del rey, expresó en uno de los brindis que siempre hay un dios que lleva al semejante junto al semejante. Y el comendador Barbosa dijo que no le cabía duda que Magallanes escribiría su nombre con letras doradas en los libros de historia. La dote de seiscientos mil maravedíes que recibió de su suegro la invirtió en su empresa.

—¿Será eso la felicidad? —se pregunta con la costa de Brasil en frente suyo.

Vuelve a sentir gratitud por ese momento. Se persigna, junta sus manos, mira el crucifijo y dice:

Gracias Dios mío por el favor concedido.

Reecuerda lo que le dijo una vez el loco Faleiro, que sabía mucho de astrología:

—El cambio de nombre y de lugar puede mejorar la influencia de los cuerpos celestes sobre nosotros.

Cristóbal de Haro, hermano de Diego, también le abrió las puertas de su casa. Vivía en el centro de Sevilla, junto a la plaza de San Francisco, en una mansión. Fue donde vio por primera vez a Maximiliano Transilvano. El secretario del rey era un hombre extremadamente culto; un humanista. La palabra estaba de moda en Sevilla. La gran preocupación del húngaro era el cisma que veía venir en la cristiandad por la popularidad que estaban ganando las tesis del monje Martín Lutero en las naciones del norte. Era la primera vez que Magallanes oía hablar del monje rebelde de Sajonia. Transilvano se quejó de que mientras la cristiandad se dividía, el islam ganaba más y más terreno.

—Ven su triunfo sobre Bizancio como una prueba de la superioridad de su religión ante la nuestra. Imagínese.

Magallanes se limitó a escucharlo. Transilvano bebió un sorbo de vino. Haro se quejó de que con la caída de Constantinopla se perdió la ruta terrestre de las especias y Europa quedó más encerrada que nunca.

—¿Conocen el informe del comerciante Bartolomeo Florentin, que vivió veinticuatro años en la India? —preguntó Haro.

—Claro que lo conozco —dijo Transilvano. Pero no cuenta nada nuevo. Todos sabemos que las especias pasan por doce manos antes de llegar a Europa, todas musulmanas. Cada intermediario cobra diez veces lo que ha pagado porque sabe cuál es el destino final de las mercancías.

—La Europa cristiana —apunta De Haro.

—Pero eso es historia desde que los portugueses les quitaron el negocio —tercia Magallanes—. Cuando Vasco de Gama llegó por mar a Calicut el 17 de mayo de 1498 rompió la barrera del islam. Conozco una ruta marítima que les quitará el negocio a ellos, de la misma manera como ellos se lo quitaron a los moros.

—Cuénteme sus planes, don Hernando —pidió Transilvano.

*

El 13 de diciembre entran a la bahía que los nativos llaman Guanabara en la que hay muchos cerros. Magallanes la bautiza bahía Santa Lucía, por ser el día de esa santa. Así lo consigna en su derrotero o *Patrón Real*. Es amplia. La exploran en busca de un río de agua clara que Carvallo conoce y allí echan anclas. Siente alivio de no encontrar ninguna carabela portuguesa. Lo interpreta como un nuevo signo de la Providencia. En la orilla del río flotan barcas hechas de troncos ahuecados. Carvallo mira en todas direcciones y se sonríe. Anuncia:

—Nos observan.

Al bajar a tierra los hombres se persignan. En ese mismo momento ven un relámpago muy luminoso seguido de un trueno y lluvia. Los nativos salen de sus escondites detrás de los árboles y se acercan a la playa dando claras señales de bienvenida. Son todos hombres. Algunos lucen un tocado de plumas y tienen el rostro pintado. Gritan, saltan y bailan saludando tanto a los europeos como a la lluvia que han traído. Pigafetta recuerda lo que leyó sobre los nativos en una carta de Cristóbal Colón a los Reyes Católicos…

Son seres tímidos, nacidos para obedecer; harán cuantos trabajos se les manden. Bastan tres de los nuestros para poner en disposición a mil de ellos…

*

Lo primero que hace Magallanes es someter a juicio sumario al maestre Antonio Salomone. Lo condena a muerte por garrotes para intimidar a la tripulación y encarga ejecutar su sentencia a tres de sus marinos más corpulentos. Luego se retira de la escena. Los italianos, entre ellos Pigafetta, observan juntos la ejecución de su paisano bajo la lluvia, amarrado de pies y manos. Los nativos se esconden detrás de los árboles y desde allí ven como Salomone se encoge, llora y pide a gritos misericordia mientras recibe golpes de palo en la cabeza. Es el primer muerto de la Armada del Moluco. Los mismos italianos se encargan de enterrar el cuerpo bañado en sangre y con el rostro desfigurado.

La ceremonia fúnebre tiene lugar en su idioma. Un marinero de la Trinidad llamado León Pancaldo pronuncia las palabras de Leonardo da Vinci:

—*La nostra vita è fatta della morte degli altri*[6].

Luego rezan juntos *Padre nostro, che sei nei cieli…*

*

Mientras esto ocurre en la playa, Magallanes y López de Carvallo visitan una vivienda que los nativos llaman *bohío*, en la que viven muchas familias del cacique principal de la tribu tupinambá. El cacique es un hombre mayor y de gran vitalidad. Viste una chaquetilla hecha de plumas de colores. Magallanes se asusta al ver su labio perforado con una gran piedra de alabastro verde incrustada en él. Apenas puede disimular su rechazo. Carvallo lo saluda con familiaridad en una mezcla entre portugués y tupiguaraní. Magallanes, incómodo, deja que él maneje la situación. Echa un vistazo a la vivienda mientras Carvallo explica que necesitan muchos víveres porque no han comido frutas frescas desde hace varias semanas y tienen un viaje largo por delante.

La vivienda es alargada, hecha de troncos y un techo de ramas. En su interior hay espacio para albergar a unas cincuenta personas. Admira las grandes hamacas de algodón colgadas de pared a pared sujetas a los troncos.

Algunos nativos, hombres y mujeres, descansan en ellas. Están desnudos, excepto por un taparrabos de tela de algodón. Bajo algunas hamacas hay un fuego encendido. Le parecen una buena idea para sus naos.

Caminando de regreso a su campamento, Carvallo explica al capitán que muchos hombres practican perforaciones de los labios porque eso les da una apariencia feroz.

Pocas horas después, unos treinta nativos y nativas llevan cestos con frutas, patatas, pescado y gallinas al campamento de los europeos junto al río. Los encuentran bañándose desnudos, lavando sus camisas, zaragüelles[7] y capas de mar infectadas de piojos, chinches y hasta cucarachas. Las mujeres dejan los cestos en la playa y los observan con curiosidad. Tienen mucho pelo en el rostro y en el cuerpo. No se pintan el cuerpo ni tienen incrustaciones en los labios, ni aros que alarguen sus orejas. Los europeos salen de inmediato del agua y se lanzan sobre los cestos llenos de frutas que nunca antes han visto: mangos, guayabas, piñas… Comen con avidez. Pigafetta, que está entre ellos, se sorprende del poco pudor que siente al mostrarse así ante las nativas. Las observa cuchichear y les sonríe mientras come.

Las gallinas, los cestos de patatas y el mucho pescado que les han llevado son transportados de inmediato a la nao San Antonio por el despensero y marinos de esa embarcación. Simultáneamente, López de Carvallo y el despensero de la Trinidad bajan mercancías de rescate para dar a cambio de los víveres.

Por la noche Andrés de San Martín oberva la conjunción de Júpiter con la Luna, lo que considera un buen presagio.

*

Pigafetta quiere saber por qué Carvallo puede hacerse entender por los nativos y él le cuenta que llegó a esa bahía en el año 1511 como piloto en la nao Bretoa a cargar palo de Brasil, un árbol cuya corteza sirve para teñir textiles. No le cuenta que fue encontrado culpable del robo de herramientas y castigado a quedarse en la factoría portuguesa cuatro años. Le dice que se quedó por decisión propia y regresó a Europa en 1516 con Juan Díaz de Solís. Le comenta que se ha embarcado en ese viaje para recoger a su hijo mestizo, pero Magallanes no lo deja partir a buscarlo todavía.

Ya en Sevilla Carvallo había asesorado a Magallanes sobre las mercancías de rescate que era conveniente llevar al Nuevo Mundo para el intercambio con los nativos: naipes, espejos, tijeras, cuchillos y otros instrumentos novedosos o prácticos de los que ellos carecen.

Pigafetta queda feliz y asombrado cuando recibe seis gallinas por un rey de oros. Y por otras cartas del mazo consigue que una nativa joven cocine para él en un *bohío* cerca de la playa. Supone que su acompañante ve magia detrás de esos dibujos. Se llama Jacaranda. Le pide que lo invite a su hamaca y a ratos hasta se siente enamorado. Ocupa con ella la misma estrategia que ocupaba con las mujeres venecianas: la hace sentir única y noble. Lamenta no poder mencionarla en su crónica. No es lo que el rey quiere leer sobre la expedición. Solo dirá que las nativas son libres y sensuales, lo mismo que había dicho antes en sus cartas Américo Vespucio.

Otros europeos reciben por un cuchillo seis gallinas. Un peine es convertible en dos gansos y los espejos y tijeras se cambian por pescado suficiente para dar de comer a diez hombres o por cómodas hamacas. Un cascabel se transforma facilmente en un cesto de patatas…

*

Recién después de haber llenado las despensas Magallanes permite a Carvallo ir en busca de su hijo. No será el único oficial que lleva un retoño en la armada. Punzorol va con su hijo Diego, grumete de la Victoria. Álvaro Mezquita, el primo de Magallanes, lleva a su hijo Francisco, un joven de dieciocho años que es paje en la Trinidad. Vasco Gallego, el portugués piloto de la Victoria, va con su hijo «Vasquito». El capitán y piloto de la Santiago, Juan Serrano, lleva a su hijo Francisco. El piloto de la Concepción Juan Rodríguez de Mafra viaja con su hijo Diego, que es paje en la San Antonio. Y entre tanto se ha corrido la voz que Cristóbal Ravelo es hijo del capitán general.

*

Una semana después de la llegada al Nuevo Mundo tiene lugar la misa de acción de gracias a la que asiste toda la armada. Carvallo lleva a Joancinho, un niño de ocho años que se le parece mucho. El capellán Valderrama concentra su sermón en dar un solo consejo a los marinos:

—Mesura.

Explica que cuando el hombre se niega a que lo discipline Dios, entonces lo disciplinará el demonio. Magallanes lo escucha con atención porque tiene muy en cuenta lo que dicen las últimas instrucciones del rey con fecha el 8 de mayo de 1519:

No deberéis consentir que nadie toque a una mujer…

Valderrama alza las manos al cielo y pide:

—Infunde tu virtud dentro de nuestro pecho. Danos tan alto espíritu y aliento…

Muchos nativos están presentes e imitan los gestos de humildad y devoción de los cristianos. Se arrodillan, juntan las manos, hacen la señal de la cruz. También el mestizo Joancinho.

*

Pigafetta se dedica a estudiar la fauna del lugar. Los papagayos y monos ardilla llaman especialmente su atención. Pasa un día entero observando las aves de colores y otro persiguiendo monos, porque tiene la impresión que se burlan de él. Estudia el árbol del cual se obtiene la sustancia que sirve para teñir telas que los portugueses portan en sus carabelas a Lisboa. Es la razón porque han establecido una factoría pocas leguas más al norte.

También se interesa por la religión de los nativos. Como no ve imágenes sagradas en los bohíos, piensa que no creen en nada. Sonsaca información a Jacaranda. Indica el cielo con la mano y se persigna. Ella dice:

—*Tupa*.

Intuye que *Tupa* es un homólogo del Zeus de los griegos, porque Tupa se comunica por medio de truenos o *arasunú*. *Ana* es el espíritu del mal. Para espantarlo hay que tener siempre un fuego encendido en el bohío. A la luna Jacaranda la llama *Yacy*. Es la madre de su raza. Le explica con gestos que el

sol y la luna son los padres de su etnia *abá*. Pigafetta trata de saber si ella cree en el cielo y el infierno, y entiende que no. Anota en su diario:

Para ellos después de la muerte se acaba todo.

Pero existe el *Pora* o espíritu de los muertos. La conversación tiene lugar mientras ella prepara un guiso a base de una planta a la que llama *maíz*. Después de comer le muestra risueño su pene erecto y dice «pene», ella informa:

—*Tapia…*

Días más tarde Jacaranda sube a la nao Trinidad a buscar a su amigo y lo encuentra en el camarote de Magallanes. Entra a la habitación e inspecciona todo sin timidez, como hacía Pigafetta en su bohío. Magallanes y Pigafetta la observan. El italiano se siente incómodo. No puede esconder que se conocen. Jacaranda pronuncia palabras que los europeos no entienden. Le llama la atención un clavo largo de fierro. Lo toma, mira a Pigafetta, se sonríe y lo introduce en su vagina. Luego se retira. El cronista no sabe qué hacer ni qué decir. Magallanes decide ignorar la interrupción.

*

Hans Berger ha conseguido una hamaca y la ha amarrado entre dos árboles en la playa. Tendido sobre ella lee el libro de Lucrecio, *De rerum natura*. Pigafetta se acerca y comenta:

—Lucrecio se refiere allí a la simplicidad, la autonomía y la moderación que perseguía la cultura griega.

Berger asiente sin quitar los ojos del libro.

—¿Son caros los libros en su país? —pregunta el cronista.

Berger niega con vehemencia y hace sonar tres «t» entre lengua y paladar. Deja de leer y le cuenta que en Augsburgo circulan muchos libros, porque los Fugger los mandan a imprimir y los venden por pocos centavos. Explica que en la biblioteca de la Fuggería, un barrio de Augsburgo donde viven los más pobres, hay muchos libros de autores del Renacimiento italiano: Marsilio Ficino, Pico della Mirandola, Vespucio…

—Qué bien —interrumpe Pigafetta—. Con el invento de Gutenberg los libros han salido de los claustros. No cabe duda de que el mundo está

cambiando.

Berger renuncia a seguir leyendo.

Pigafetta comenta que Gutenberg inventó la imprenta un año antes de la caída de Constantinopla. Mueve la cabeza y sonríe. Agrega que los eruditos bizantinos que llegaron a Italia huyendo de los turcos llevaron consigo los manuscritos de Euclides, Ptolomeo, Platón, Aristóteles y que muchos de esos manuscritos han sido impresos por las más de cien imprentas que hay en Venecia.

—Mi mentor Chierigati era amigo de muchos de esos editores, ¿sabe? Era uno de sus mejores clientes.

Berger quiere saber cómo es la atmósfera humana en la nao Trinidad y Pigafetta le informa que Magallanes sabe mantener la disciplina.

—¿Y en la Concepción?

—El capitán Quezada es un desastre. Voy a tratar de cambiarme a su nao en cuanto pueda.

—Bien. Y trae sus libros —pide el italiano.

*

Magallanes busca a su cuñado Duarte Barbosa. Ginés de Mafra informa que tres días antes salieron juntos río arriba y que Barbosa no quiso regresar con él al campamento. Se quedó en un bohío a unas tres leguas de distancia.

—¡Cómo no me avisó!

Mafra no sabe qué decir.

—Vaya de inmediato a buscarlo —ordena enérgico.

Pide a su primo Álvaro Mezquita y a otros dos hombres que vayan con Mafra y les ordena amarrar a Barbosa y llevarlo así a la Trinidad.

Cuando regresan con él lo reprime:

—¡No me puede abandonar! Necesito de su experiencia. No ve que estoy rodeado de enemigos.

Barbosa no sabe qué decir.

—Es que…

—¿Es que qué?

—Es que es cierto lo que decían los Padres de la Iglesia: Dios no destruyó el Paraíso después del pecado —hace una pausa y se sonríe—, lo trasladó a estas tierras.

Magallanes también sonríe y comenta con ironía:

—Tantas Evas desnudas que se entregan por cascabeles, ¿verdad?

—A algunas hay que forzarlas, pero eso hace todavía más sabroso el pecado.

—¡No hable así! Nosotros somos buenos cristianos. No olvide que está bajo mi responsabilidad, más que otros.

Barbosa baja la cabeza.

—También me debo a su padre —explica Magallanes, algo más calmado —. ¿Qué me diría él si regreso sin usted? Le ruego que se controle. Domine su yo inferior, que lo tiene.

Barbosa se acaricia la barba mirando las tablas del piso.

—Como lo conozco y para protegerlo, va a quedar en la Trinidad hasta que zarpemos.

Pide a Mafra que lo amarre a un poste en la cubierta. Barbosa ni siquiera opone resistencia.

—Hasta que volvamos a zarpar. Lo hago por su bien. Lo estoy salvando de sí mismo, cuñado.

Una hora más tarde lo observa desde su camarote. Se ha puesto de pie y mira hacia la playa. Magallanes siente lástima y baja a hablar con él.

—Le parece que la vida aquí es fácil, que es vendimia eterna de frutos prohibidos, ¿verdad?

Barbosa asiente.

Se equivoca. Américo Vespucio pasó un mes en esta bahía durmiendo y comiendo con los nativos. Según él, la vida aquí es brutal, desagradable y corta. Vida primitiva de guerra de todos contra todos. Terminaría muerto y devorado por caníbales.

—Todos contra todos. ¿Y qué me dice de Europa? ¿No es acaso así también? Allá es lo mismo, solo que no se encuentran fácilmente mujeres que endulcen los días.

Vuelve la mirada a la playa y agrega:

—Dios nos ha dado a las mujeres para sobrellevar el peso de la vida.

*

El día siguiente es Navidad. Por la tarde tiene lugar una misa en la playa. Toda la armada está presente, con excepción de Duarte Barbosa. Valderrama explica que el enemigo mayor del hombre es la concupiscencia porque lo incita al mal. Cita el Génesis:

Pues la inclinación del corazón humano es mala. Pero Dios no ha querido dejarnos solos con nuestras maldades y por eso ha enviado a su hijo un día como hoy hace 1519 años…

Terminada la ceremonia los hombres se dispersan. Algunos se quedan en la playa y otros vuelven a sus naos. El grupo de íntimos de Magallanes se reúne en su camarote a beber jerez. Son Álvaro Mezquita y su hijo Francisco, Cristóbal Ravelo, el esclavo Enrique de Malaca, Martín de Magallanes y Duarte Barbosa, a quien ha soltado las amarras, pero no ha levantado la prohibición de bajar a tierra. Los deja manipular los instrumentos de navegación: las agujas imantadas que marcan la dirección del polo norte, los astrolabios, cuadrantes, compases y relojes de arena de media hora, que llaman ampolletas. Uno de los astrolabios es de marfil y es de uso exclusivo de Magallanes. Ese nadie puede tocarlo.

Pigafetta, Francisco Albo, Andrés de San Martín y Ginés de Mafra se quedan en la playa y hacen una fogata. Mafra no se aparta del lado del cosmógrafo en ningún momento. Lo sigue a todas partes con un gesto interesado y sumiso. Beben vino porque Magallanes ha ordenado a los despenseros que sean generosos con el elixir de Baco esa noche. Mafra habla con nostalgia de su esposa Catalina Martínez del Mercado, que lo espera en Jerez de la Frontera. San Martín recuerda a su hija natural. Se llama Juana como la madre del rey Carlos, que en esos momentos está presa en Tordesillas y declarada loca. Pigafetta trata de sonsacar a San Martín información sobre Américo Vespucio. El cosmógrafo confiesa que aprendió mucho de él.

—¿Qué le parece lo que el navegante dice sobre las nativas de estas tierras? Imagino que ha podido corroborarlo.

San Martín se siente incómodo.

—¿Es verdad que son epicúreas? —bromea el italiano.

—Cada una tiene su carácter —apunta Ginés de Mafra. No se puede generalizar.

—Es que están bajo el dominio de Venus —agrega Pigafetta—. Y van desnudas como la diosa.

San Martín se queja de que los hombres de la armada se comportan como si la vida sublunar estuviera a punto de acabarse.

—No sabemos lo que nos espera más al sur —defiende a sus compañeros Mafra.

—Es cierto. Para muchos de nosotros el destino será la muerte —añade San Martín y mira hacia el firmamento.

—Nuestro cosmógrafo es un sabio —asegura Mafra—. Es un discípulo del primer astrólogo, que fue Atlas, el hermano de Prometeo. ¿Verdad?

San Martín sonríe complasciente. Vuelve a mirar al cielo y se retira súbitamente. Mafra lo sigue.

Observa un eclipse de luna. Abre su cuaderno. Por las tablas que ha copiado del *Almanaque perpetuo* de Abraham Zacuto sabe a qué hora está teniendo lugar el mismo fenómeno en Sevilla, su ciudad natal. Sube a la Trinidad para preguntar a los pajes qué hora es y calcula la longitud en que se encuentran a partir de la diferencia horaria.

*

Antes de seguir hacia el sur, Magallanes hace una inspección general en todos sus barcos. Así se entera de que en la Concepción Gaspar de Quezada trata al prisionero Juan de Cartagena como a un amigo. Lo ha sacado del cepo. Ordena a sus marineros que lo pongan nuevamente allí y le dice desafiante a Cartagena:

—He pensado incluso en dejarlo aquí para que se lo coman los nativos como a Juan Díaz de Solís.

Cartagena lo mira con odio y calla.

También en la San Antonio la disciplina deja mucho que desear. Bajo la cubierta encuentra a varias nativas compartiendo las hamacas de los marinos. Magallanes grita a toda voz:

—¡Pecadores!

Agarra fuertemente del brazo a una nativa, sube con ella a la cubierta y la lanza al agua. Otras saltan al mar o se esconden en la centina.

—¿Dónde está Antonio de Coca? —grita.

Nadie sabe decírselo.

Terminada su inspección llama a una reunión de oficiales en la Trinidad para dar a conocer los cambios que ha decidido hacer en la armada. Su primo Álvaro Mezquita es ascendido a capitán de la nao San Antonio, López de Carvallo es nombrado su piloto y De Coca, el *sobrino* del obispo Fonseca, es degradado a sobresaliente de la misma nao. El griego Miguel de Rodas es nombrado contramaestre de la Victoria, puesto que tenía el ajusticiado Salomone. López de Carvallo aprovecha la ocasión para pedir llevar consigo a la madre de su hijo. Magallanes lo considera una desfachatez. Con el gesto y la voz dominante que ya todos conocen le advierte a él y a todos:

—El próximo que suba una mujer a bordo será ahorcado.

Los cambios despiertan el rechazo de algunos y la sorpresa de todos. Especialmente el ascenso de Mezquita, que era apenas un reservista en la Trinidad. Los castellanos murmuran. El más frustrado es Esteban Gómez y apenas lo disimula. Piensa que el puesto de capitán de la San Antonio le corresponde a él. Mezquita no tiene ni su experiencia ni sus conocimientos. Magallanes sabe que a Gómez le gustaría ser el comandante de toda la expedición. Siente sus celos y su envidia en cada mirada.

Fija la partida para el 26 de diciembre, pero le cuesta reintegrar a sus marinos a la disciplina de la Armada. Los lombarderos tienen que disparar muchas salvas para reunir a la tripulación. Zarpan el 27 por la tarde llevando un nativo guaraní en la Trinidad como regalo para el rey. La madre de Joancinho queda gritando en la playa, pidiendo que le devuelvan a su hijo.

*

Pigafetta, muchos oficiales y algunos marineros duermen ahora en confortables hamacas. Aunque dormir es un lujo en la armada. Los hombres echan cortas cabeceadas cuando pueden de día o de noche porque el océano nunca duerme.

Por temor a los portugueses, Magallanes ordena que la San Antonio vaya adelante, porque su nuevo piloto Carvallo conoce mejor que nadie las rutas de las carabelas enemigas.

Avanzan lentamente hacia el sur bordeando la costa del nuevo continente. Magallanes estudia la única carta de marear que consigna las descripciones de Juan Díaz de Solís y Américo Vespucio, los dos europeos que exploraron esa parte de la costa americana. Va ansioso. Otra vez aparecen los recuerdos…

Con la ayuda de Juan de Aranda y Maximiliano Transilvano consiguió una audiencia con el rey de Castilla el 2 de marzo de 1518. Acudió a la cita acompañado de Ruy Faleiro, Critóbal de Haro y el mismo Juan de Aranda, quien como oficial de la Casa de Contratación sabía cómo manejarse en la corte. El obispo Fonseca era el único español en la reunión. Magallanes no supo cómo clasificarlo. No tenía el aspecto del hombre calculador que en realidad era. Lo vio delgado, narigón y turnio con un bigote fino sobre sus labios bien formados. Don Carlos, el joven de dieciocho años, con su labio inferior caído y su mandíbula sobresaliente, balbuceaba apenas el castellano. Alto y rubio, era una cabeza más grande que él. Junto a ellos estaban el cardenal Adriano de Utrech y Guillermo de Croy, el canciller de Estado, que durante la infancia del rey había sido su tutor. En una de las paredes de la sala sobresalía una representación del Juicio Final de un pintor flamenco[8]. Llevaron un globo terráqueo confeccionado por Faleiro. El cosmógrafo fue el primero en tomar la palabra. Explicó en un portugués castellanizado que así como África tenía una forma conal y terminaba en un cabo, así también era la forma del nuevo mundo. Dibujó esta forma adivinada con sus dedos en el globo. Fonseca se le acercó mientras Faleiro explicaba que había confeccionado aquel globo basándose en todo lo que se sabía en Portugal sobre los nuevos territorios descubiertos.

Los consejeros del rey se miraron. Hubo un corto silencio.

—En la Escuela de Sagres, en la que he sido profesor, se guardan como secreto de estado mapas e información que podrían ser de mucho interés para su Majestad.

La expectación subía minuto a minuto. En la corte española conocían la política de secretismo del rey Manuel. Revelar el contenido de los mapas y cartas de marear portuguesas era penado con la muerte. Faleiro y Magallanes podían hacer grandes aportes a Castilla. El rey comentó:

—Mi abuelo Fernando buscó empecinadamente ese cabo sin lograr encontrarlo. Sería gracia divina que me ocurriera a mí dar con el paso en que se juntan los dos océanos.

Magallanes sabía de la expedición enviada por Fernando el Católico al mando del portugués fugitivo de la justicia Juan Díaz de Solís, un condenado a muerte por haber asesinado a su esposa que huyó a Sevilla. Él y uno de los hermanos Pinzón buscaron sin éxito el paso al Mar del Sur y a su regreso a Europa fueron puestos en prisión. Pero Díaz de Solís volvió a embarcarse y esta vez fue muerto por los nativos en las tierras frente a las cuales se encuentra en ese momento Magallanes. Se acerca a la ventana de su camarote y suspira.

Cuando le tocó hacer uso de la palabra fue convincente. Aseguró que después de encontrar el paso al Mar del Sur llegarían pronto a las Molucas. Aseguró que sabía exactamente la situación geográfica de las islas y prometió al rey hacerle llegar esa información en el momento oportuno.

—Una cosa es segura, Majestad. Las Molucas están dentro de la demarcación castellana.

Don Carlos les pidió que prepararan un informe para la Casa de Contratación. Después todo anduvo rápido. Se le asignó el sueldo de treinta mil maravedíes para ayuda de costa, más otros tres mil mensuales como capitán mientras durase el viaje. De Haro propuso financiar toda la empresa, pero el rey decidió que lo financiaría con los dineros de la Tesorería Real. De Haro solo pudo financiar una parte.

Menea la cabeza, esboza una sonrisa y se persigna. Para coronar la gracia, el rey lo nombró caballero de la Orden de Santiago. Jamás había conseguido tanto en tan poco tiempo.

*

La Trinidad ha retomado su función de capitana. Ahora navegan paralelo a la costa para no perderse ninguna posible entrada del mar. La costa se ve peligrosa por los muchos bajíos. Los grumetes aprenden a medir la profundidad del agua asistidos por los marinos experimentados que llevan diez o veinte años navegando.

Reciben el año 1520 en algún lugar desconocido que no aparece en ningún mapa. La noche vieja, Hans Berger, que va en la Trinidad desde que salieron de la bahía de Guanabara, lee en voz alta pasajes del libro *La nave de los locos*. Lo escuchan Albo, Punzorol y muchos marinos y grumetes. Pigafetta juega con su anillo mientras lo oye. El libro trata de un necio que quiere impedir que otros obtengan lo que merecen conforme a sus talentos para no tener que envidiarlos. Lee una frase:

En cuanto nace la virtud, la envidia viene al mundo para atacarla.

—¿Será tan así? —pregunta Albo—. Porque la virtud también puede invitar a la emulación.

Berger sigue leyendo…

*

Magallanes va ansioso y todos lo notan. Se entusiasma cuando el italiano que hace guardia en la cofa del palo mayor dice en voz alta:

—*Monte vidi*.

Algunos repiten *monte veo* y otros dicen *monte video*. No pocos creen que ese es el nombre de la colina que ven hacia el sur. Magallanes anota *Montevideo* en el derrotero.

Mientras se acercan a la costa sufren una tormenta que los obliga a detenerse. El 10 de enero lo pasan rezando con las velas recogidas y al día siguiente continúan. Llegan a un cabo y lo doblan. Magallanes va atento en la cubierta. Ese podría ser el cabo en que termina el nuevo continente. Las cinco naos echan anclas y el capitán general se cambia a la nao Santiago, su nao de reconocimiento, para explorar la nueva ruta. Pigafetta va con él.

*

Los marinos franceses que van en esa nao al mando de Juan Serrano hacen continuas pruebas para comprobar que el agua siga siendo salada, pero después de dos días de navegación tienen que constatar que no lo es. Navegan por un río extremadamente ancho. Serrano especula que en él vierten sus aguas ríos caudalosos que nacen más al interior.

—A juzgar por la cantidad de agua que sale al mar, el nuevo continente debe ser inmenso —opina un marino francés.

Magallanes concluye que es el río que navegó Juan Díaz de Solís con sesenta hombres tres años atrás. La decepción lo aturde. Serrano continúa especulando.

—Eso explica por qué hemos visto árboles cortados con hachas de hierro en la orilla. Los nativos no conocen esos instrumentos.

—Regresemos —ordena Magallanes.

Los dos días siguientes vuelve a ser un maestro de la *reservatio mentalis*. Escucha indiferente las historias de Serrano sobre ocho marinos que fueron devorados por caníbales en la ribera de ese río cuando bajaron a tierra a comerciar. Acerca la nao a la orilla porque ha visto gente entre los árboles. Pide al lombardero que dispare una salva al aire mientras él y otros ocho hombres armados de escopetas saltan a un esquife y reman rápidamente hacia la orilla. Comunican con gestos a un grupo de nativos que los esperen, que no tienen nada que temer.

En la ribera un marino indica hacia el oeste y hace gestos que quieren decir *ancho mar*. Los nativos se miran y se ríen. Todos portan brazaletes y adornos de plata en el cuerpo. Un francés sujeta el brazo de un nativo, un hombre mayor, e inspecciona su brazalete. Constata que es de plata fina de alta ley. El hombre indica hacia el oeste. Da a entender que la plata ha llegado por el río. Le pide que lo espere para mostrarle algo y sale corriendo. Los otros nativos lo siguen. Pero los europeos no quieren esperar. Regresan al esquife y a su nao y vuelven a reunirse con la armada.

*

Navegan cerca de la costa de día y de noche se alejan para evitar los bajíos y echan anclas para no pasar de largo sin ver el estrecho deseado. Todos los

días los grumetes sondean la profundidad esperando que el agua se trague el cable. Cuando no es así, se alejan de la costa para volver a acercarse algunas leguas más al sur.

El agua es de un azul profundo, casi negro. Cada día baja más la temperatura y las horas de luz van disminuyendo. Los lombarderos alemanes Hans Berger y Hans de Aquigrán tienen abrigos de piel. Son los mejor preparados para el invierno. Los otros marinos se las arreglan con sus capotes de algodón y sus bonetes que no sirven de mucho a los 40° de latitud sur con un viento seco y frío que cala hasta los huesos. El desaliento va creciendo. Basta una mirada para contagiarlo. Un marino de la Trinidad comenta a dos vascos que hacen con él la segunda guardia de la noche:

—¿Sabrá el capitán hacia dónde nos lleva? ¿No seremos todos ciegos guiados por ciegos?

También Andrés de San Martín comienza a mostrar escepticismo. Un día comenta durante el almuerzo que los cosmógrafos reales no descartan que el nuevo continente se extienda de polo y polo como una pared. Magallanes lo escucha serio sin decir nada.

—¿Qué opina del atlas del portugués Lopo Homem**[9]**? —pregunta San Martín al capitán.

Magallanes mueve la cabeza enojado y asegura que Homem es un ignorante.

—En el atlas de Homem América se extiende de polo a polo y las Molucas están en un gran lago —explica a los otros comensales el cosmógrafo.

—Eso es una estupidez —protesta Magallanes—. ¡Cómo puede dar crédito a un geógrafo pagado por el rey Manuel para que divulgue noticias falsas! Al igual que África, esta tierra termina en un cabo. Muchos lo han dicho. Seguiremos buscándolo hasta encontrarlo.

San Martín prosigue con sus comentarios:

—Gaspar Corte Real buscó el paso al Mar del Sur en el norte y toda su tripulación murió en el intento.

Magallanes se retira y otra vez se encierra en su camarote. Escribe en su diario personal:

Claro que hay un paso al Mar de Sur y yo lo voy a encontrar.

Rememora… En sus años de servicio en la India y en África dependió siempre de almirantes y virreyes. Cada vez que se vio envuelto en hechos de armas lo dio todo, pero solo multiplicó sus heridas y la fama de sus superiores. Lo sobrecoje la imagen del rostro de Beatriz cuando regresó de Zaragoza con la cruz de gules de la Orden de Santiago bordada en su túnica. Tiene esa mirada grabada en su mente. Es el instante perfecto. Quiere ser visto así por ella el resto de su vida. Será el regalo mayor a su regreso. Otra vez se siente enamorado…

Alea jacta est[10], escribe en su diario personal.

Desistir, jamás. ¡Imposible! Solo hay un camino: hacia adelante.

*

En la Victoria se siente un estruendo seguido de un estremecimiento que detiene en seco la nao. Ha encallado en un banco de arena. Las otras naos echan anclas. Temen que se haya roto el casco de la Victoria. Los pocos marinos de la nao que saben nadar se lanzan al agua para investigar qué ha pasado y ven que han tenido suerte. No hay averías en los maderos. Pero han quedado atascados. Tienen que esperar a ver si con la próxima pleamar la nao flota y pueden continuar. La Victoria es la nao menor, pero la más estable y resistente. Es la que más maravedíes costó a la Corona. Cuando la marea comienza a subir todos están atentos…

—Flota, flota, flota… gritan unísonos los marinos.

Hay aplausos y rezos de agradecimiento. De inmediato se alejan de la costa para pasar la noche.

Al día siguiente sigue la búsqueda. Pero ahora es la nao San Antonio la que tiene problemas. Descubren una vía de agua. Mezquita ordena hacer trabajar las bombas de achique, pero el piloto Esteban Gómez considera que no basta con eso, hay que repararla. Gómez y Mezquita discuten a gritos en la cubierta. Mezquita se impone.

*

El 24 de febrero se enciende una nueva luz de esperanza. Entran en una bahía que Magallanes bautiza como San Matías. Pero ese mismo día ven que allí no hay una vía hacia el otro mar. Se abastecen de agua fresca y continúan.

La próxima bahía se ve más prometedora. Atracan en ella el 27 de febrero y la llaman Bahía de los Patos por las aves que encuentran en una pequeña isla. Nunca antes han visto esas aves. Son patos sin alas[11]. Los seis hombres que se adelantan en el esquife se dedican a cazarlos. Pigafetta toma nota:

Hay tantos y tan mansos, que en una hora cargamos una abundante provisión para la tripulación de los cinco navíos.

Sobre una roca hay varios ejemplares de un animal que podría haber salido del libro de Plinio el Viejo. Pigafetta lo llama «lobo marino»… *hay muchos y son de diferentes tamaños, tienen largos colmillos y no tienen patas… si estos animales pudiesen correr podrían hacernos mucho daño*.

No es fácil rescatar a los seis hombres que bajaron a tierra porque los sorprende una tormenta. Los dejan en tierra dos días y cuando por fin pueden bajar a buscarlos, los encuentran echados entre los lobos marinos para profitar de su calor. Todos juntos matan un mamífero dándole palos en la boca. Luego lo empujan al esquife y allí lo descuartizan y reparten su carne.

*

En marzo sigue bajando la temperatura. Dos hombres mueren de debilidad en la nao Victoria. Los cinco barcos se detienen para que sus cuerpos sean lanzados al mar en una ceremonia fúnebre triste bajo un cielo frío y oscuro. Muchos marinos lloran.

Las quillas cubiertas de algas hacen cada vez menos maniobrables las naos. Gaspar de Quezada manda a decir que hay que reparar urgentemente la Concepción por una vía de agua. Magallanes ordena usar las bombas de achique y continuar.

La decepción está en la atmósfera. Juan de Cartagena pone en duda la existencia del paso al Mar del Sur…

—¿Hacia dónde nos lleva este patizambo? ¿Qué viaje de locos es este?

Quezada lo mira en un silencio cargado de complicidad.

También en las otras naos la tripulación comienza a dudar de que su capitán sea capaz de encontrar el lugar en que confluyen los dos mares. Andrés de San Martín constata que en veinte días han bajado de la latitud 44 a la 47, lo que significa un navegar sumamente lento.

Pigafetta visita a Magallanes en su camarote y lo encuentra sentado frente a un mapa en el que no están consignadas las aguas por las cuales navegan. El italiano expresa la preocupación de todos…

—Pronto llegaremos a las zonas polares. Los días se harán más cortos y la temperatura descenderá al grado cero. No estamos preparados para esos fríos.

Magallanes acaricia su barba mientras lo escucha.

—He pensado en eso. En la primera buena bahía que encontremos hibernaremos para continuar el viaje en la primavera. Así lo he decidido y pronto lo comunicaré a la armada.

—Soy su fiel servidor —asegura Pigafetta.

*

En la madrugada del 31 de marzo entran a una bahía protegida que parece ser el refugio ideal para hibernar. El acceso es estrecho, de unos treinta metros y enmarcado por un acantilado de roca gris; una protección natural contra el viento. En su interior es amplia y tiene suficiente agua dulce por un riachuelo que la parte en dos. Muchos peces saltan junto a las naos como si les estuvieran dando la bienvenida. Magallanes la bautiza bahía de San Julián, por ser el día de ese santo. Bajan a tierra por primera vez después de tres meses. Al mediodía Albo mide la latitud y la anota como siempre en su cuaderno antes de informar al capitán: 49° 20′ sur.

A pesar de ser una bahía protegida sopla un viento persistente. El terreno es llano y cubierto de una hierba corta y espinosa. Cada tantos metros se ven árboles solitarios de troncos resistentes y ramas formadas por el viento. Flamean como el cabello largo de algunos hombres de la armada. Junto al riachuelo hay varios sauces. Ninguno de los árboles de San Julián da frutos dulces como los de la bahía de Santa Lucía, en las tierras de Brasil. Los marinos desembarcan sin entusiasmo.

*

Después de estudiar la bahía, Magallanes llama a los despenseros de sus cinco barcos a una reunión en su camarote. Ellos son Cristóbal Rodríguez, de la Trinidad, Juan Ortiz de Goperi, de la nao San Antonio, Juan de Campos, de la Concepción, Alonso González, de la Victoria y Gaspar Díaz, de la Santiago. Les comunica su decisión de reducir a la mitad las raciones diarias de los alimentos llevados desde España porque en San Julián hay suficiente caza y pesca y necesitarán los otros víveres cuando continúen el viaje en la primavera. Los despenseros se miran. Todos saben que es imposible contradecir al capitán. Cuando ha tomado una decisión, es definitiva. Pero no esconden su escepticismo.

—Esto despertará quejas y protestas —replica con cuidado Cristóbal Rodríguez.

Magallanes lo sabe. Expresa sus reflexiones:

—Todos somos creativos cuando se trata de sobrevivir.

Dos horas después comienzan a sentirse las protestas. En la nao San Antonio nombran una comisión de tres hombres para que traten de persuadir al capitán. La forman Esteban Gómez, el capellán Pero Sánchez de la Reina y Antonio de Coca. Ninguno de ellos goza de la simpatía de Magallanes. No obstante, los recibe. No solo le piden que revoque la orden, sino directamente que regresen a Sevilla. Magallanes los escucha con paciencia porque la paciencia es una de sus virtudes. Luego les explica que no será posible revocar la orden dada a los despenseros y menos aún regresar.

—Si vuelvo a España sin tener una razón de peso seré visto como un traidor. Escuchen, en esta bahía hay suficiente pescado, volatería y conchas de mar. Vino no nos faltará con la ayuda de Dios, de Santa Bárbara, nuestra patrona, y de San Anselmo.

Los tres hombres le comunican con sus miradas que no los ha convencido.

—No olviden que el código marítimo obliga a la tripulación a seguir al capitán hasta el fin del mundo si es necesario —agrega Magallanes tomándose la barba.

Gómez siente que no tiene sentido seguir tratando de persuadir a su enemigo y se retira. Magallanes prosigue explicando a los otros que en las capitulaciones de su expedición el rey le ordena no interrumpir el viaje

mientras cuente con víveres suficientes. Ofrece leerles los puntos que señala, pero los dos hombres deniegan y se retiran.

Minutos después baja a tierra. Es un día despejado, pero el sol apenas alcanza a calentar el suelo. Con la ayuda de dos marinos pregoneros y de Pigafetta llama a una reunión de toda la armada. Los hombres se reúnen en círculo en torno a él. Les informa algo que ya todos saben, porque se ha corrido la voz: pasarán allí el invierno recuperando fuerzas y seguirán en la primavera.

Hay murmullos.

—Lo importante es mantenernos unidos y saber que Dios y la Virgen están con nosotros. Ellos nos apoyarán. Mira al cielo y se persigna. Todos lo imitan. Magallanes prosigue…

—No es gran cosa lo que hemos logrado hasta el momento. Apenas hemos adelantado en 4 o 5 grados de latitud sur a los portugueses. En esta expedición nos hemos puesto metas más altas que las de ellos.

Hace una pausa y se voltea para dirigirse a los hombres que están a su espalda. Entre ellos, Pigafetta.

—Es mejor gastar nuestra fuerza en esta armada a desperdiciarla vagando por las calles de Sevilla. Porque les aseguro que llegaremos a nuestra meta y volveremos con las naos cargadas de clavo a España. Recuerden que tienen derecho a su propia *quintalada*. Cada uno podrá cargar clavo por su cuenta.

Pasa un grupo de cormoranes haciendo alharaca. Todos dirigen la vista hacia el cielo. Magallanes continúa…

—Cuanto mayores sean los trabajos hoy, mayor será la recompensa mañana. No pasaremos hambre, porque en esta bahía hay suficiente alimento. Si sienten frío, hay mucha leña para hacer fuego. Luego vendrá el verano en que no habrá noche, solo día y entonces seguiremos.

Los cormoranes regresan y vuelan en círculo sobre ellos. Mezquita y Serrano aplauden a Magallanes. Quezada y Mendoza se miran y callan. El capitán agrega:

—No olviden que todos hemos contraído un compromiso con la Corona de Castilla y estamos obligados a cumplirlo, aun a costa de morir en el empeño. Esto rige también para mí.

Después de dar por acabada la reunión pide a San Martín que mida la longitud en que se encuentran.

Pigafetta queda pensativo. Lo que ha escuchado le recuerda una frase de Ovidio que citaba mucho su padre: *No merece las cosas dulces quien no ha gustado de las amargas*. Mandó a escribir algo parecido en la parte inferior de la fachada de su casa en Vicenza: *Il n'y a pas de rose sans épines*[12].

*

Quezada y Mendoza no se alegran de que Magallanes haya logrado tranquilizar y dar ánimo a la tripulación. Se reúnen en la nao Concepción a evaluar la situación. Cartagena la resume así:

—Los portugueses lo apoyan. Los otros extranjeros se mantienen neutros. Los castellanos están con nosotros. Somos mayoría.

—No todos los portugueses lo apoyan —apunta Quezada—. Esteban Gómez duda que seguir adelante tenga sentido. He hablado con él.

—Uno más de nuestra parte —apunta Cartagena.

—Somos mayoría —repite Mendoza.

*

Al atardecer, cuando baja el sol, una luz violeta cubre toda la bahía. Incluso el agua absorbe ese color. Cuando también esa luz se va, los hombres se juntan y encienden fogatas. En torno a una de ellas Pigafetta, Albo, San Martín y Mafra escuchan con interés el canto de una lechuza. Mafra camina con cuidado hacia el árbol en que está sentada y logra verla. Vuelve diciendo que sus ojos alumbran en la oscuridad como dos lunas. Los amigos piensan que exagera. Se ríen.

—Parece que aquí no hay gentiles —supone Mafra.

—Imposible con este frío y este viento —acota Pigafetta.

San Martín no está de acuerdo.

—Todo es tolerable —asegura.

—El invierno es una creación del demonio —opina Mafra.

Punzorol se acerca y llama a Pigafetta para transmitirle lo que le ha informado un marino de la Concepción.

*

Pigafetta visita a Magallanes en su camarote y lo encuentra escribiendo en su diario oficial de a bordo.

—¿Puedo pasar?

—Adelante. ¿Alguna novedad?

Pigafetta asiente serio.

—Punzorol manda a decir que tenga cuidado porque los capitanes castellanos planean sublevarse.

Magallanes deja de escribir, se pone de pie, se acerca a la ventanilla y mira hacia la bahía, donde grumetes y pajes están construyendo una cabaña para los oficios religiosos.

—¿Qué pretenden?

La pregunta se la hace él mismo. Pigafetta lo entiende así.

Mira al cronista.

—Nunca han querido aceptar mi autoridad.

El italiano sabe perfectamente a quiénes se refiere.

—Necesito hablar con Mezquita —dice Magallanes y baja a la cubierta. Pide a un paje que lo vaya a buscar.

*

Al día siguiente, el primero de abril, tiene lugar una misa con motivo del Domingo de Ramos. Magallanes acude secretamente armado. Mientras esperan que comience la liturgia, un marino comenta a su vecino que siente nostalgia de escuchar la campana de una iglesia.

—Y yo muero por oler el aroma de los naranjos —dice otro.

Serrano pide silencio.

El capellán espera a los capitanes castellanos, pero no llegan. Magallanes le hace un gesto al párroco para que dé inicio a la ceremonia religiosa sin ellos.

En su sermón Valderrama habla de la entrada de Jesucristo a Jerusalén por la puerta dorada, donde fue recibido con júbilo por la población. Todos decían:

Bendito es el que viene en el nombre del Señor.

Luego hace hincapié en la importancia de estar siempre unidos y de apoyarse mutuamente. Exhorta a dejar de lado las rencillas y resistir juntos.

—Ninguno de nosotros sería nada solo. Pero juntos podremos hacer grandes hazañas y servicios a su Majestad. Que así sea…

Después de la misa Punzorol se acerca a Magallanes y le pide que se cuide.

—Me han dicho que esta noche los capitanes castellanos pretenden mataros.

Se lo agradece con un apretón en el brazo.

Para ver cuán ciertos son los rumores, invita a almorzar a todos sus capitanes. Acude solo Mezquita.

*

La noche del 2 de abril Gaspar de Quezada deja en libertad a Juan de Cartagena y junto con De Coca y treinta hombres armados abordan la nao San Antonio. Entran al camarote de Mezquita, lo engrillan y lo encierran en la cámara del escribano bajo la cubierta. Dejan a un marino armado vigilándolo. Todo ocurre en cosa de minutos. Valderrama, que en ese momento está confesando, les dice:

—*Cum sancto sanctus eris, e cum perversis perverteris*.

Pide que liberen de inmediato a Mezquita. Quezada lo hace callar y le aconseja que no se meta, porque así no le pasará nada. Pero el maestre de la nao, Juan de Elorriaga, los enfrenta. Trata de bajar a liberar a Mezquita.

Quezada lo intercepta y lo apuñala varias veces en el brazo. Viendo esto, el resto de la tripulación se rinde.

Para ganarse a los marinos, Quezada ordena al despensero abrir la bodega y anuncia que se acabó el racionamiento. Cada uno puede sacar lo que quiera. Sin víveres suficientes, piensa, tendrán un motivo más para regresar a Sevilla.

Cartagena vuelve a tomar el mando de la San Antonio y llama a Ginés de Mafra para ofrecerle el puesto de piloto, pero él se niega a unirse a los amotinados. El vasco Juan Sebastián Elcano queda a cargo del timón.

Luis de Mendoza, capitán de la nao Victoria, se suma a los amotinados. Él y Quezada escriben una carta a Magallanes pidiendo que se reúna con ellos en la Victoria. Es una carta conciliatoria, pero Magallanes sabe que lo que quieren realmente es abortar la expedición y regresar a España. Encerrado en su camarote con su alguacil mayor Gonzalo Gómez de Espinosa y su cuñado Duarte Barbosa urden una estrategia. Magallanes escribe una respuesta y la envía con Gómez de Espinosa. Lo acompañan cinco hombres secretamente armados. Mendoza primero no lo quiere dejar subir, pero el alguacil mayor le asegura que va en son de paz con una propuesta del capitán y así lo convence. Es una carta larga en que le pide que recapaciten…

Si la expedición no sigue hacia el Moluco y regresa a España, su majestad Carlos I verá malgastadas sus inversiones de cerca de nueve millones de maravedíes…[13]

Mendoza no alcanza a leer el documento hasta el final porque Gómez de Espinosa le atraviesa un cuchillo en la garganta. Cae muerto ahí mismo. En ese momento Barbosa aborda la Victoria y pregunta a la tripulación de parte de quién están. Los marinos portugueses y extranjeros aclaran de inmediato su lealtad a Magallanes y gritan vivas al capitán. Los marinos castelllanos los secundan. Diez minutos después la Victoria se mueve y se ordena junto a la nao capitana. La nao Santiago, que ha permanecido fiel a Magallanes, hace lo mismo.

Ahora son tres contra dos. Magallanes pide a Albo que mueva la Trinidad hacia la estrecha boca de la bahía para impedir que las naos sublevadas se escapen. Las naos Santiago y Victoria se ordenan junto a ella. La boca de la bahía queda cerrada.

Por la noche, amparado por la oscuridad, Magallanes envía a su hijo a subir secretamente a bordo de la Concepción y aflojar el cable del ancla, de

modo que la nave quede a la deriva. El reflujo del mar la acerca hacia la salida de la bahía y varios marinos de la Trinidad la abordan.

—¿Con quién están? —preguntan.

—Con el rey —responden los marinos y ellos mismos toman preso a Quezada.

Cartagena, al verse perdido, se entrega.

*

Magallanes ha demostrado gran poder de control sobre la situación. Los que querían seguir adelante respiran aliviados. Albo y Pigafetta lo visitan en su camarote. Albo dice en tono didáctico y arreglándose la boina que entre los antiguos griegos la facultad de dar un giro inteligente a las cosas se llamaba *polymetis*.

—*Metis* significa buen consejo y *poly* quiere decir muchos —aclara—. Saber salvar la situación en favor propio es asunto de héroes.

Magallanes lo escucha serio. No opina. Agradece la fidelidad del griego y el italiano con una mirada corta a cada uno y con el ritmo de su respiración.

*

El próximo día tiene lugar un juicio sumario a los cuarenta amotinados en la cubierta de la Trinidad. El escribano Domingo Urrutia lleva las actas. Magallanes es claro:

—A todos los que quieran pasarse de listos, les aseguro que yo sabré anteponer mi responsabilidad de llevar adelante esta empresa ante cualquier adversidad.

Pasa junto a la fila de prisioneros advirtiendo:

—Aquí no se necesita gente astuta, sino gente cumplidora. El barco es una escuela de vida. No se trata solo de manejar bien los cordajes para ceñir el viento. Hay que saber obedecer.

Se detiene junto a Juan Sebastián Elcano y prosigue su arenga:

—Un buen marinero es un buen súbdito real y un óptimo integrante de la sociedad humana.

Regresa junto a su primo Mezquita.

—El código marítimo me da atribuciones de juez y justicia mayor para castigar a los traidores con las penas que me parezcan necesarias. Urrutia, tome nota. Álvaro Mezquita dará a conocer las sentencias.

Cartagena, Mendoza, Quezada, De Coca, Juan Sebastián Elcano y otros treinta y cinco amotinados son declarados culpables del delito de alta traición. Gaspar de Quezada es condenado a muerte, al igual que su criado Luis de Molino. Pero a este último Mezquita le da la oportunidad de salvarse ajusticiando él mismo a su amo. Molina acepta y baja la cabeza. Quezada escupe al suelo.

A Juan de Cartagena, el hombre que empezó todo, lo condena al destierro en San Julián cuando la armada parta en la primavera.

—En España te meterán al calabozo por esta —grita Cartagena en dirección a Magallanes, que observa la situación desde la escalera de popa.

—A la sentina con él y amarrado —ordena Mezquita.

Tres marinos se hacen cargo.

—Y llévense también a su clérigo amigo.

Se refiere a Pero Sánchez de la Reina, otro hombre de confianza del obispo de Burgos, que según testigos alentó a los amotinados.

Todos quedan expectantes respecto a la suerte de los otros rebeldes.

El contador Antonio de Coca y el maestre de la Concepción Juan Sebastián Elcano son degradados a marinos comunes de la nao Victoria. A continuación, Mezquita manda a llamar uno por uno al resto de los acusados y los hace pasar en fila junto a él. Uno a uno deben jurar obediencia al capitán general. Bajo esa condición les perdona la vida. Cuando parece que el juicio ha terminado, un marino pregunta:

—¿Qué pasará con San Martín? Lo he visto simpatizar con Cartagena.

San Martín no entiende. Es una acusación inesperada.

—No es cierto —asegura Mafra—. Nuestro cosmógrado no ha escondido en ningún momento su escepticismo sobre seguir buscando el estrecho, pero nunca ha pensado en amotinarse.

Mezquita lo condena al tormento de la garrucha para que la sentencia sea ejecutada de inmediato. Muchos perciben la injusticia y guardan silencio mientras dos marinos lo desnudan, le atan las manos a su espalda y lo izan por los brazos de una polea. Mafra contiene la respiración. El cosmógrafo grita de dolor y pide misericordia. Magallanes hace una señal para que lo bajen y lo suelten. Todo ocurre en cosa de minutos. San Martín acaricia su amuleto y se viste en silencio. Es un hombre solitario que dice lo que piensa. No es hombre de intrigas ni engaños.

*

Como si adivinaran lo que viene, vuelven a rondar los cormoranes. Están ahí cuando Luis de Molino ejecuta la sentencia dictada a su amo en un cadalso que él mismo ha construido en la playa con la ayuda de los pajes de la nao Concepción. Utiliza un hacha para cortar leña. La cabeza de Quezada roda por el suelo de espinos ante el aplauso de algunos marinos.

—Ahora Mendoza —gritan y parten a buscar el cadáver que todavía está tirado en la Victoria para bajarlo a la playa.

Son unos pocos. No más de quince. Esos pocos que hay en todo grupo humano, en cualquier generación y en cualquier tiempo, que sienten un extraño gusto ante el sufrimiento de sus congéneres. Los que nunca quieren dejar pasar la oportunidad de palpar el dolor ajeno descuartizan el cadáver y lo abandonan en la playa para que se lo coman los cormoranes. Calmarán su conciencia diciendo que amotinarse es traición al rey y los traidores no merecen ser enterrados como cristianos.

*

Pigafetta visita al capitán y lo encuentra escribiendo en su diario personal a la luz de una vela. Magallanes lo saluda sin soltar la pluma y lo hace pasar. El cronista se sienta en una esquina con las piernas cruzadas. Abre su cuaderno, pero antes de comenzar a escribir lo que ha pasado desde que llegaron a San Julián, observa a su anfitrión. Se ve más tranquilo, como quien se ha quitado un peso de encima.

*

—He explorado hacia el sur y he encontrado una colonia de patos sin alas —informa Punzorol—. ¡Acompáñenme!

Unos treinta marinos salen de cacería.

Dos días después, el despensero de la San Antonio grita desde unas rocas: ¡Lobos marinos a la vista!

*

En las semanas siguientes los hombres de la armada que hablan la misma lengua se acercan como si una fuerza invisible los uniera. En tierra, la lengua y su lugar de nacimiento pesan más que la nao en que van. Cuando el capitán manda a realizar faenas como buscar leña, reemplazar tablas podridas de las naos, limpiar las quillas, llenar los toneles de agua, pescar, cazar pingüinos o lobos marinos, los hombres tienden a cumplir las órdenes en grupos que hablan la misma lengua.

Ocupar a la gente es una forma de mantener alejados los pensamientos tristes. En todas las armadas es así. Los portugueses son propensos a un sentimiento bastante contagioso que ellos llaman *saudade* y los castellanos nostalgia. *Nostos* es la palabra griega para el viaje de regreso a casa y *algos* se traduce como dolor. No es fácil evitar que la nostalgia se propague entre los marinos en los días fríos y oscuros de San Julián, pero por la noche, cuando cada uno está solo consigo mismo y el trabajo no los distrae, la nostalgia se instala inevitablemente. Albo piensa en Juana, Punzorol en Blanca, Magallanes en Beatriz… Reaparecen los buenos y malos recuerdos de que está punteada cada vida y pegada a ellos, viene la esperanza. Es el viento interior que los impulsa a seguir ese viaje. Pigafetta se siente cumpliendo el sueño de ver el mundo con sus propios ojos, como hizo Marco Polo. Su crónica también será leída por muchos, de eso no le cabe duda.

*

El 17 de abril a las cinco de la mañana San Martín baja todos sus instrumentos y el *Almanaque perpetuo* de Zacuto para medir la longitud en que se encuentran. Ese día habrá un eclipse de sol. Intuye que el fenómeno ocurrirá cuando en San Julián sean las seis de la mañana y, efectivamente, entre las 6.20 y las 8.20 el sol es tapado completamente por la luna. Eso quiere decir que están a 61° al oeste de la Línea de Demarcación. San Martín sabe por las tablas de Zacuto a qué hora está teniendo lugar el fenómeno en Sevilla. Primero se lo informa al capitán y al mediodía lo pregona en la bahía.

Los franceses, que en ese momento se encuentran reunidos en torno a una fogata fabricando calzado con piel de lobo marino, reciben la información entre risas. Saben que Francia nunca ha aceptado la repartición del mundo entre españoles y portugueses que hizo el papa Alejandro VI después de la llegada de Colón al Nuevo Mundo. Bromean en su idioma. El papa era un español que en realidad se llamaba Rodrigo Borja y tuvo muchos hijos ilegítimos, uno de los cuales fue César Borgia, conocido por su maldad. Recuerdan que el rey Francisco I de Francia pidió al Vaticano ver el testamento de Adán que lo excluía del reparto y se ríen a carcajadas.

*

Albo y Pigafetta observan asombrados una manada de animales que desconocían.

—Parecen camellos, pero más pequeños y sin joroba —apunta Albo—. Uno de ellos bastaría para alimentar a una familia de nativos durante una semana. Debe haber gente viviendo aquí —deduce y mira a su alrededor.

Dos guanacos comienzan a luchar. Se escupen, empujan y muerden. Parece una pelea a muerte, pero no… Inesperadamente, uno de ellos se retira.

Albo se arregla la boina.

—Inteligentes. ¿No le parece? Habría que aprender de ellos. Los humanos no tenemos ese instinto de retirada. Entre nosotros cada pelea es a muerte.

—¿Usted tiene una buena o una mala opinión del ser humano? —pregunta Pigafetta.

—Buena, como mis maestros griegos. El hombre puede aprender mucho y superarse. Mire, ahora son muchos más…

Pigafetta toma nota para no olvidar nada…

Tienen cabeza y orejas de mula, cuerpo de camello, patas de ciervo y cola de caballo. Relincha como este último.

Un marino francés trata de cazar uno. Se acerca con cuidado. El animal espera atento y cuando el francés está casi a su lado, se aleja de un salto. Luego se detiene y observa al cazador como provocándolo. El juego continúa un rato largo haciendo reír a los observadores, que son muchos. Los animales son infinitamente más veloces que los humanos. El lombardero Hans de Aquisgrán tiene una idea más eficaz para cazarlo. Usa su mosquete. Uno cae muerto y todos los demás huyen. Hay gritos de júbilo. El alemán comenta:

—Sentido práctico, eso no cae del cielo.

Ginés de Mafra y otros marinos de la Trinidad preparan el fuego. La carne es buena y alcanza para muchos. Magallanes pide a los despenseros que sean generosos con el vino. Algunos se emborrachan. Después de comer hacen música con cornetas, flautas y violas. Cantan en francés, en italiano, en vasco, en portugués y también en castellano. Un vasco originario de Navarra cuenta historias de su padre, que era cazador. Los europeos no saben que son observados. El disparo ha despertado la curiosidad de un nativo de la etnia aonikenk.

*

El primer día de mayo por la mañana, cuando Pigafetta busca plumas para escribir, se presenta en el campamento un hombre solo. Es una cabeza más alto que el italiano y tiene un cuerpo atlético y bien formado, como el David de Miguel Ángel. El italiano y otros que han notado su presencia lo quedan mirando sin decir nada. Tiene el rostro pintado de rojo con un círculo amarillo alrededor de los ojos. Cubre su cuerpo con pieles de guanaco cosidas a modo de manto que le cubren los hombros y la espalda. Sus pies están cubiertos de las mismas pieles, lo que los hace verse gigantes. Ningún europeo reacciona ante esa aparición inesperada. Todo se reduce a miradas. Tal vez para romper el hielo y expresar que viene en son de paz, el hombre comienza a bailar y a echarse un polvo blanco en el pelo. San Martín se acerca para ver la piedra que le cuelga del cuello; un amuleto. El nativo se lo muestra sin miedo. Se parece mucho al talismán que porta el mismo San Martín.

—Es un patagón —expresa Pigafetta—. Vayan a buscar al capitán.

El nativo quiere ver el talismán del español y el cosmógrafo lo deja. Le hace ver con gestos que es para absorber las fuerzas positivas del universo. El nativo expresa que su amuleto lo protege de las fuerzas del mal. Los dos se sonríen.

Pigafetta le pasa su espejo y el nativo lo recibe curioso. Mueve la cabeza hacia atrás y hacia adelante y dice:

—*Nouremi naki*[14].

Pigafetta lo incita a que se mire. El nativo lo hace. Retrocede y comenta:

—*Tsoneka*[15].

Algunos marinos se encogen de risa. Otros no. Albo observa la escena serio.

—*Tsoneka* —repite el nativo apuntando con la mano abierta a Pigafetta.

Magallanes llega en el esquife portando regalos: un peine, cascabeles, un cuchillo, una camisa y muchos espejos. Otros nativos, hombres y mujeres, que observaban la situación escondidos desde detrás de un sauce, se acercan con cuidado. Los marinos les hacen gestos con sus brazos y manos. Abren el círculo para ellos. Todos reciben espejos de regalo y todos se miran y repiten:

—*Tsoneka, tsoneka…*

Más que su rostro, que han visto desde siempre en el rostro de sus parientes, amigos y enemigos, les llaman la atención los barcos. Se acercan a la playa comentando su asombro en su idioma. Magallanes pide a Pigafetta que lleve a dos de ellos a la Trinidad con el pretexto de mostrarles la nao y luego los deje allí como rehenes porque quiere llevarlos de regalo al rey. Pigafetta les transmite la invitación con gestos obvios. El nativo le muestra la palma de la mano en señal de despedida y se aleja corriendo a gran velocidad llevándose un cuchillo y un espejo. Los otros lo siguen. Magallanes los queda mirando y se queja:

—¡Inalcanzables!

*

El aonikenk regresa al día siguiente. Esta vez se hace acompañar por su mujer. Pigafetta observa con atención su vestimenta. La capa del hombre con la piel hacia adentro está pintada con dibujos geométricos en colores azul, rojo y amarillo. La de la mujer tiene la piel hacia afuera y se ve cosida a la altura del hombro, seguramente con tendones del mismo animal. El hombre porta un arco de caña muy delgado y flechas con punta de pedernal. Indica hacia el oeste y dice:

—*Wanaku*.

Apenas se puede distinguir un grupo de mamíferos entre los arbustos.

Minutos después llegan otros diez nativos, hombres y mujeres, al campamento de invierno de la Armada del Moluco. Todos con sus rostros pintados y sus cuerpos cubiertos de pieles. Portan pieles para comerciar. El nativo les muestra el cuchillo que le han regalado el día anterior y señala que quiere cambiar las pieles por ese objeto práctico. Pigafetta y Albo reaccionan de inmediato. Cada uno obtiene una piel de *wanaku*. Mafra y San Martín hacen lo mismo y tres franceses… En pocos minutos las pieles han cambiado de dueño. Después del intercambio los nativos muestran uno de sus bailes ceremoniales a modo de agradecimiento. Muchas veces repiten la palabra *Setebo*.

—Debe ser una conjura al diablo —elucubra Pigafetta en voz alta.

—¿Y eso usted cómo lo sabe? —pregunta San Martín.

—Es evidente.

Los europeos aplauden y los nativos hacen lo mismo, imitándolos. Dicen algo que por la expresión de los rostros parece significar: ¡*Qué raras son las costumbres de estos hombres*!

Magallanes pide a cuatro marinos que tomen a dos nativos y los suban a la Trinidad. La orden tiene carácter de urgente. Pero no es fácil. Cuando los marinos se acercan, los nativos se alejan como antes los guanacos. Pigafetta tiene otra idea. Junto con Mafra regala cascabeles, espejos y tijeras a dos muchachos. Cuando ellos tienen las manos llenas, les ofrece grillos de hierro. Ellos sonríen. Pigafetta les hace un gesto ofreciendo ponérselos en los tobillos para que los transporten con sus pies. Ellos asienten, pensando que es una costumbre de los europeos transportar así las cosas. Cuando se dan cuenta de la trampa, ya es demasiado tarde.

—*Terro, terro*[16] —se quejan y tratan de correr, pero se caen.

Los otros nativos huyen a toda velocidad, mientras varios marinos suben los dos rehenes a la Trinidad. Los jóvenes tratan de zafarse, gesticulan y se desesperan en el lenguaje universal de los seres humanos. No saben por qué los llevan al barco, si los van a matar, si se los van a comer o qué pasará con ellos.

*

Albo ve a Pigafetta escribiendo sentado sobre un árbol caído junto a una pequeña fogata personal. Se le acerca y le habla en tono recriminatorio.

—Bastante penoso el espectáculo de ayer.

—Solo obedecí órdenes.

El griego lo mira escéptico y con una pisca de desprecio. Pigafetta sonríe con liviandad y dice:

—Hago mal, pero conozco el bien.

—Plagio. La cita es de Eurípides y la dice Medea: *Veo lo mejor y lo apruebo, pero sigo lo peor*.

—Mi conocimiento de las tragedias griegas es muy limitado —confiesa Pigafetta—. Pero sí recuerdo una cita de San Pablo: *No hago el bien que quiero…*

—*… sino que obro el mal que no quiero* —termina Albo la frase.

Los amigos se quedan en silencio escuchando el soplo del viento. Es un día gris. Las nubes arman varias capas que tapan categóricamente el sol. Todo se ve y se siente inhóspito. Albo continúa con sus comentarios incisivos:

—¿Sabe lo que dijo Julio César al ser informado que la Biblioteca de Alejandría estaba ardiendo y con ella la historia de la humanidad?

—Claro que lo sé. Dijo: *No importa, es una historia de infamia*. Lo cuenta Plinio el Viejo. El mismo que afirma que un historiador honesto rara vez relata hechos agradables.

—Y usted, ¿relata hechos agradables?

—Digo la verdad.

Albo emite un ruido gutural y lo mira escéptico. De pronto los alcanza una ráfaga de viento. Los dos se acomodan las pieles para cubrirse mejor la espalda. Albo prosigue comentando…

—Plinio sostiene que la descripción completa de un lugar y sus gentes requiere la incorporación de sus mitos y fábulas. ¿Qué sabe usted de esta gente?

Pigafetta menea la cabeza negando. Lo corrige en tono pedagógico:

—Eso lo dice Estrabón.

—Como sea…

Pigafetta mira hacia la planicie que tienen en frente.

—Lo único que sabemos de ellos es que tenemos un enemigo común.

—¿Y este sería?

—Este viento frío. Dios hizo al hombre para que habitara las zonas templadas. Todo lo demás es sacrificio.

—¡Y recién estamos a fines de mayo! —se queja Albo mientras se arregla la boina que ya no es negra, sino gris.

*

Dos días después la escena se repite. Pigafetta escribe sentado en un tronco y Albo se le acerca.

—*Nulla dies sine linea*[17] —explica Pigafetta. No quiero olvidar nada.

Sigue escribiendo concentrado.

—Hoy fui a ver a los patagones a la Trinidad. Están con Cartagena y su párroco amigo. Por lo menos bajo la cubierta no sopla viento. Uno de ellos me hizo preguntas que no entendí.

El griego reflexiona un momento y agrega:

—¿Serán tan diferentes a nosotros? ¿Seremos tan superiores como pensamos? Porque el engaño con que los hicimos prisioneros no puede ser visto como señal de superioridad. ¿Usted qué opina?

Pigafetta deja la pluma y lo mira sonriente.

—Usted tiene el extraño talento de reducirlo todo a términos morales.

Albo siente que le han dado permiso para filosofar.

—¿En qué consiste nuestra superioridad? ¿En las armas que llevamos?

Él mismo se responde negando con la cabeza.

—Cuando dejemos a Cartagena aquí desarmado será un hombre a la intemperie, igual que cualquier patagón. Y si los castellanos vienen a buscar sus huesos algún día no podrán distinguirlos de los otros restos humanos que encuentren.

Se escuchan cantos italianos. Los genoveses han hecho un círculo alrededor de una fogata. Albo continúa sus especulaciones.

—Es problable que el ser humano viva simplemente sus circunstancias y las ame, porque ama la vida.

Pigafetta se sabe la canción, es un tema popular italiano. La canta en silencio, mientras Albo continúa…

—Las almas de los patagones y las almas de los italianos. ¿Diferencias?

Pigafetta comenta con ironía:

—La diferencia radica en que nosotros tenemos un alma con cuerpo y ellos tienen un cuerpo con alma.

Él mismo se ríe de su ocurrencia. Pero Albo no le sigue la corriente.

—No hay diferencias sustanciales. Por el momento, los habitantes de estos parajes esperan la primavera con la misma ansiedad con que la esperamos nosotros.

—Ellos están acostumbrados al frío. No conocen otra cosa —asegura Pigafetta.

—Eso es lo único cierto —dice Albo—. Aprenden a vivir con él desde que nacen. El alma humana es una tabla sin escribir sobre la que se pueden anotar toda suerte de costumbres e ideas.

*

El 21 de junio Andrés de San Martín anuncia el solsticio de invierno. Explica a Mafra y otros compañeros que lo escuchan que es el día más corto del año

pero a partir de ese momento volverá la luz. Cada día con más fuerza.

—Me hace bien escucharlo —dice Mafra.

Muchos marinos tienen el ánimo por el suelo. La oscuridad, el frío y el viento persistente los hacen sentirse como argonautas a la intemperie, sin diosas ni Medeas que los protejan. Solo el capitán se mantiene firme. Se le ve una vez al día recorrer la bahía y hablar con su gente. El resto del tiempo lo pasa en su camarote. Está preocupado. Hace más de un mes que ha mandado a Juan Serrano con la nao Santiago a inspeccionar la costa más al sur y todavía no tiene ninguna noticia de ellos. Teme que hayan naufragado. Muchos sospechan lo mismo.

Por eso es grande la alegría cuando una semana después aparecen en el campamento tres marinos de la Santiago irreconocibles. Tienen los pies azules de frío y con cortaduras por la vegetación espinosa por la que han caminado durante once días. Traen la noticia que la Santiago ha naufragado varias leguas más al sur en un río generoso de pescado que han bautizado Santa Cruz. Informan que han cruzado el río en una balsa y caminado en parte por la costa, alimentándose de mariscos y en parte por el interior, por la presencia de pantanos cerca del mar. Magallanes quiere saber qué ha pasado con la tripulación y siente alivio al enterarse que todos se han salvado, menos un esclavo de Serrano. Los hombres se han quedado en la ribera del Santa Cruz para recoger lo que pueda servir de la nao y las mercancías que el agua arroja. Los náufragos aseguran que en esa bahía hay lobos marinos y que su situación geográfica es mejor que la de la bahía de San Julián. Magallanes organiza el envío de un saco de bizcocho y comienza a planear la partida.

*

Ahora la muerte trabaja a la vista de todos. El 12 de julio de 1520 fallece el calafate de la Trinidad, un genovés. Todos los italianos que van en la armada participan en su entierro. También Pigafetta. Se llamaba Felipe Troci. Sus amigos cuentan que provenía de un barrio de Génova llamado Quinto, donde había nacido Cristóbal Colón. Los genoveses lloran en el entierro. El difunto gozaba de la simpatía de quienes lo conocían. Pigafetta comenta a Albo que las acciones humanas son contagiosas, que probablemente todos los

genoveses que van en la armada se han inspirado en Colón y que seguramente en las tabernas de Génova solo se hablaba de sus viajes.

—¿Y usted, también se inspiró en Colón? —pregunta Albo.

Pigafetta niega con la cabeza.

—Más bien en Marco Polo. No soy descubridor, soy cronista.

*

Decidido a llevar también una nativa de regalo a su rey, Magallanes manda a López de Carvallo con seis hombres en su busca. Entre ellos van Pigafetta y el armero de la Trinidad. Parten vestidos con corazas de metal para protegerse de eventuales flechas con puntas de pedernal enhierbadas[18], el arma más peligrosa de los nativos del Nuevo Mundo.

Caminan por terrenos espinosos pasando por matorrales. A ratos les sopla un viento fuerte en contra que parece querer detenerlos. Los pocos árboles que encuentran en el camino con sus ramas doblegadas no pueden protegerlos. Caminan medio día sin encontrar seres humanos. El armero propone regresar.

—Por aquí no vive nadie, sería de locos.

Carvallo ordena seguir.

Caminan otras dos horas separándose a ratos en grupos de a dos hasta que el armero descubre algo que podría ser humo o niebla y todos siguen esa huella. Dan con una vivienda humana en medio de arbustos y se acercan sigilosamente. Está hecha de decenas de cueros de guanaco cosidos sobre un armatoste de maderos. Un nativo sale del toldo alertado por el ruido de los metales. Los apunta con su arco. El armero se apronta a disparar, pero Carvallo le ordena esperar.

—No queremos que huyan.

Carvallo alza las manos para señalar que han llegado en son de paz. Otros nativos curiosos salen del toldo a ver qué pasa. Los dejan acercarse. Todos los europeos alzan las manos, menos el armero. Él lleva las manos a su espalda para esconder la escopeta. Un hombre mayor con el rostro pintado y vestido con pieles les abre su vivienda y los invita a pasar.

En medio del toldo hay un fuego encendido y en torno a él, sentados sobre pieles, hombres, mujeres y niños. Los europeos se miran cómplices. Aceptan la invitación a sentarse junto a sus anfitriones y a comer una carne que asan sobre piedras en el fuego. La acompañan de unas raíces ácidas y jugosas que llaman *nalcas*. Los europeos no muestran ningún sentimiento mientras comen. Apenas hablan. Apenas se miran. Todo es cautela. Ya han decidido cuál de las cinco mujeres del círculo van a llevar. Es una nativa de rasgos simétricos y ojos grandes y alargados.

Cuando llega la hora de dormir, tanto los europeos como los aonikenk dejan un vigía para que cuide sus sueños. Los europeos nombran al armero. Él y el guardia nativo se miran de reojo toda la noche. A ratos se sonríen. Cabecean, se asustan, se despiertan y se tranquilizan. El nativo se encarga de mantener el fuego vivo hasta el amanecer.

Cuando vuelve la luz todo se acelera. Carvallo sujeta a la elegida del brazo y sale con ella del toldo empujándola. Pero su marido reacciona con rapidez. Entierra una flecha envenenada en la cara del armero y en la conmoción la mujer logra soltarse. Todos los nativos, también la elegida, huyen rápido y zigzagueando entre los árboles. Imposible alcanzarlos. Imposible dispararles. En menos de un minuto desaparecen. Un ave de pecho muy rojo canta desde un árbol cercano como quejándose o pidiendo una explicación. Los europeos se resignan. Toman las pieles y queman los maderos.

—¡Que se jodan! —comenta Carvallo mientras prende fuego a los palos.

Los ven arder un rato y luego regresan al campamento. Allí se encuentran con una cruz inmensa que Magallanes ha mandado a plantar frente al mar.

Al día siguiente el rostro del armero se hincha tanto que sus ojos desaparecen. Antes de morir alcanza a participar en la toma de posesión oficial de esas tierras en nombre del rey de España. Magallanes las bautiza con el nombre de Patagonia.

Después de la ceremonia Valderrama se ocupa del armero. Muere antes de que salga la luna y es enterrado de inmediato junto a la cruz.

*

El 24 de agosto de 1520, casi cinco meses después de su llegada a la bahía de San Julián, la Armada del Moluco vuelve a zarpar llevando como rehenes a dos nativos de la etnia aonikenk. Juan de Cartagena y su párroco son abandonados en el lugar con un bizcocho y un litro de vino para cada uno. El bastardo de Fonseca se arrodilla y suplica que no lo dejen allí porque sabe que será su muerte segura. De su arrogancia inicial ya no queda nada. Su párroco amigo alza sus manos al cielo y reza un *Padrenuestro* pidiendo misericordia.

*

El mar abierto los saluda con una tormenta. Una vez más las naos se mecen como cáscaras de nuez. Mientras los marinos luchan en la cubierta por mantener el control, Magallanes baja a la bodega a asegurarse de que los víveres estén bien amarrados y sorprende a Antonio Genovés en *pecado contra natura* con un grumete. Se enfurece y actúa de inmediato. Ni siquiera informa al escribano. Llama a su despensero y juntos lanzan al genovés por la borda. El mar encrispado se lo traga en el instante, pero eso Magallanes ya no lo ve. Vuelve a la bodega a interrogar al grumete. Este asegura que fue obligado. Magallanes le cree y le perdona la vida. Pero le advierte:

—Has visto lo que te pasará si vuelvo a sorprenderte pecando o escucho alguna queja sobre tu comportamiento.

El grumete asiente asustado. Llora. Se persigna. Agradece.

*

Al entrar por el río Santa Cruz en busca de los náufragos pierden otro hombre. Esta vez la muerte se lleva al carpintero Martín de Gárate. Cae al agua y se ahoga ante la vista de todos. A pesar de eso, viven el reencuentro con emoción. Francisco Serrano, el hijo del capitán de la Santiago, llora al volver a ver a su padre. Magallanes también se alegra. Los dos capitanes se respetan y estiman. Los franceses de la tripulación de la Santiago cantan y bailan. Por la tarde Valderrama lee una misa de acción de gracias por el reencuentro. Se vive un momento de gran devoción junto a las tablas viejas de la nao desaparecida que el río Santa Cruz ha devuelto a la orilla.

A la hora del crepúsculo Magallanes se dirige a sus hombres para informarles sus planes. Está dispuesto a seguir adelante hasta la latitud 75 sur si es necesario.

—Si no hallamos el estrecho en esa dirección, tomaremos rumbo al este e iremos a las Molucas pasando por aguas portuguesas.

Por último informa que partirán después de haberse abastecido de leña y agua y cuando el clima les sea más favorable.

*

La lista de muertos sigue creciendo. Ahora le toca al marino Jorge Alemán. Cuando los apellidos de los marinos son difíciles de pronunciar, los castellanos les ponen el nombre de su país o región de orígen. Siguiendo el ejemplo de los italianos, los alemanes lo entierran y se despiden de él en su idioma. Quedan solo tres de ese país en la armada: Colín Baso, grumete de la San Antonio y los lombarderos Hans de Aquisgrán y Hans Berger. Después del entierro hacen una fogata y conversan largamente alrededor de ella. Albo y Pigafetta los observan. Albo comenta que la divina Providencia ha decretado un pacto misterioso de amor entre el hombre y su tierra natal.

*

La armada pasa todo el mes de septiembre pescando y salando sus capturas y almacenándolas en las despensas de los barcos, juntando leña y llenando los toneles de agua.

El 1 de octubre Magallanes ordena a todos prepararse para seguir el viaje. Valderrama dedica las dos primeras semanas de octubre a confesar. El 14 de ese mes hace la última misa en Santa Cruz. En ella pide por el alma de los marinos muertos y por los vivos, para que encuentren el paso entre los dos mares, puedan llegar a las Molucas, cargar su quintalada, sobrevivir el viaje de regreso y vivir de esas rentas el resto de sus días… Amén.

*

El 18 de octubre vuelven a zarpar. Si a alguno le pareció que el capitán practicaba un nepotismo desenfrenado, nadie se atrevió a expresarlo. Ahora los capitanes de las naos son: Magallanes en la Trinidad, Álvaro Mezquita en la San Antonio, Juan Serrano en la Concepción y Duarte Barbosa en la Victoria. Ginés de Mafra, gracias a las clases de astronomía de Andrés de San Martín, asciende a maestre de la Concepción. El puesto de piloto de esa nao, que tenía Juan Sebastián Elcano, recae sobre el griego Miguel de Rodas. Esteban Gómez sigue de piloto en la San Antonio. Queda descontento con los cambios, pero se resigna. No hay ascenso posible para él en la armada de Magallanes. La tripulación de la nao Santiago se reparte entre las otras cuatro naos.

Cuando llegan a mar abierto los sacuden lluvias torrenciales. Los marinos de la Trinidad se contagian mutuamente sus miedos. Un grumete irlandés que antes iba en la Santiago asegura que el paso buscado no existe por la sencilla razón de que la Tierra no es esférica, sino plana. Con los dientes castañeantes por el frío grita:

—Estamos llegando al final. En cualquier momento nos caeremos a la nada.

—¡A callar! —grita San Martín.

El irlandés lo ignora. Asegura haber visto el fin del mundo dibujado en mapas de ciertos sabios de su país. San Martín avisa a Magallanes y el capitán ordena ponerlo en el cepo por tratar de infundir miedo a la tripulación. Desde allí sigue gritando que el fin de la tierra está cerca.

Cuando la tormenta amaina y el sol se vuelve a mostrar por algunas horas, San Martín trata de tranquilizar a los marinos con una clase de astronomía:

—La Tierra es una esfera. Todos los sabios lo han dicho.

—Una esfera en medio del universo —agrega Albo—. Las estrellas y el Sol giran en torno nuestro…

—No lo sabemos con exactitud —rectifica San Martín, irritado.

—Ptolomeo y Aristóteles no pueden equivocarse —insiste Albo.

*

Siguen varios días de sol en los que sopla el viento justo. Las naves se van solas y las clases de astronomía continúan en la cubierta de la Trinidad. Como muchos astrónomos de su tiempo, San Martín ve contradicciones entre sus propias mediciones y el sistema ptolomeico que ve la Tierra en el centro del universo. Explica a Mafra, Albo y Pigafetta las ideas de Pitágoras, quien en el siglo V antes de Cristo intuyó que no era la Tierra, sino *Helios* quien ocupaba el lugar central. El asombro produce silencio. Albo añade lo que sabe:

—Aristóteles lo contradijo y muchos lo siguieron.

—Es cierto —dice San Martín— pero el heliocentrismo volvió a tomar fuerza con Aristarco de Samos, que vivió en el siglo III antes de Cristo en Alejandría. Este astrónomo sostenía con vehemencia que los planetas giran alrededor del Sol.

Pigafetta se sonríe. Tan absurda le parece la idea. Albo insiste en debatir a San Martín.

—Pero Ptolomeo rechazó la tesis de Aristarco y restauró la posición privilegiada de la Tierra en el centro del universo.

—Es cierto —admite San Martín. Se rasca la cabeza y sube a hablar con el capitán.

*

Al mediodía del 21 de octubre de 1520, día de Santa Úrsula y sus Once Mil Vírgenes, Albo mide 52° de latitud sur. Por la tarde ven una punta de tierra que penetra en el mar. Se acercan y descubren un gran banco de arena sembrado de esqueletos de ballenas. Magallanes y San Martín elucubran que han dado con la ruta migratoria de esos cetáceos del Atlántico al Mar del Sur o viceversa. Las cuatro naos doblan el cabo. Magallanes lo dibuja en su derrotero y lo bautiza Cabo de las Once Mil Vírgenes. Ante ellos se abre una vía marítima que podría ser el paso que buscan. Envía a Mezquita y Serrano a explorar.

*

Por la noche sufren una tormenta que los obliga a desvestir los palos y dejarse arrastrar al garete por el estrecho durante treinta y seis horas. Pasan el tiempo rezando y leyendo la Biblia. Regresan los miedos hasta que ven otra vez el fuego de San Telmo y la tormenta amaina. Albo, lleno de optimismo, comenta que Posidonio fue el primero en suponer que se podía llegar a la India navegando desde España hacia occidente.

—¿Y eso cuándo fue? —Quiere saber Magallanes.

—En el año 100 antes de Cristo.

Un grupo de albatros vuela en círculos sobre ellos. Las aves parecen comentar lo que ven: dos barcos perdidos en la geografía. Nunca antes había pasado una casa flotante por allí. Magallanes se siente ansioso. A la hora del crepúsculo el cielo adquiere un color rojo aun más intenso que en los atardeceres de San Julián y Santa Cruz. De pronto el mundo se vuelve irreconocible.

Por la noche ven fogatas y humo al otro lado del estrecho. Pigafetta sospecha que son señales que se mandan los nativos para advertir la presencia de extraños. Magallanes no descarta que sean sus hombres. Se persigna y reza. Por la noche tiene pesadillas. Sueña que la San Antonio y la Concepción han naufragado. Solo quedan la Trinidad y la Victoria. Pasa el día siguiente de pie en la cubierta mirando hacia occidente. Por la noche pide a San Martín que lea su destino en las estrellas.

El cosmógrafo no ha olvidado el tormento denigrante que le hicieron en San Julián, no obstante, obedece. Haciéndolo se siente un buen súbdito del rey y un buen cristiano. Su humildad parece sobrehumana. Es capaz de sufrir las peores injurias sin llenarse de odio. Mafra lo adjudica a la enseñanza de las estrellas. Ellas son las únicas con quien San Martín se comunica verdaderamente. Las cuestiones de los hombres son secundarias para él.

*

Todas las noches ven fogatas a babor. Ya no les cabe duda de que son nativos. Los suyos ya hubieran fabricado una balsa para alcanzarlos. La presencia,

aunque lejana, de seres humanos los hace sentirse menos solos en esa inmensidad. Pigafetta comenta que los habitantes de las tierras del sur deben ser como los dos rehenes que llevan en la Trinidad…

—Gente cuya naturaleza es la impotencia.

—¿Se refiere a que no pueden cambiar su situación? —pregunta Albo.

Pigafetta asiente.

Magallanes juega con su barba mientras se aleja de ellos. San Martín lo sigue. Albo continúa reflexionando:

—Apuesto que sienten que dominan todos los artificios que necesitan para su supervivencia. Y a lo que no saben se sobreponen con rituales. Así se mantienen en forma. Porque de eso se trata al final de cuentas, de mantenerse en forma. ¿No le parece?

—Mantenerse en forma —repite Pigafetta y pone cara de extrañeza.

—Sentir que pueden hacer algo, aun cuando no pueden hacer nada.

Pigafetta mira hacia occidente. Deja a Albo reflexionando solo. Al griego no le importa…

—Saber no saber permite seguir viviendo, a pesar de la impotencia. Y la forma en que se manifiesta este saber no saber son los rituales. También los antiguos griegos los tenían. El abismo que la impotencia, el miedo y la muerte abren en la superficie de la vida, lo tapamos con rituales. Los cristianos no somos una excepción.

El griego baja a la bodega. Lleva agua fresca a los dos aonikenk. Uno de ellos está débil, apenas puede beber. El otro le suplica algo en su idioma. Albo se alza de hombros y regresa a la cubierta. Escucha como San Martín explica a Magallanes lo que le han contado sus amigas las estrellas.

*

Otro día sin que regresen Serrano y Mezquita. Ya han pasado cinco días desde que partieron. Pero Magallanes está tranquilo porque San Martín asegura que volverán. Mafra quiere entender cómo lo sabe y de qué manera los astros influyen la vida de los hombres y San Martín intenta una explicación.

—Los cuerpos celestes imprimen en nosotros *algo* en virtud de lo cual elegimos y tomamos decisiones. Es lo que comunmente se llama intuición.

—¿Usted piensa que ella viene de las estrellas?

—¿De dónde sino?

Pigafetta, que también pasa todo el tiempo en la cubierta ansioso, no está de acuerdo. Él tiene otra explicación para la intuición, pero no quiere contradecirlo. San Martín afirma que las estrellas tienen a sus favoritos.

—El Sol, Venus y Mercurio ayudan a los reflexivos.

Uno de los aonikenk lanza un grito porque ha muerto su compañero. Llora y se lamenta en su idioma con palabras que nadie entiende. Palabras que en el lenguaje de las emociones no necesitan traducción. Pronuncia insistentemente una frase:

—*Kkomshkn e winne awkkoi 'a'ien*[19].

El cadáver del nativo es lanzado por la borda mientras el sobreviviente trata de safarse para irse con él. Siente que su amigo ha regresado a su mundo y lo ha dejado solo. No cesa de quejarse y llorar.

*

Después de diez largos días de espera escuchan salvas de cañón. Las dos naos regresan con las banderas izadas en los palos mayores. Serrano llega en un esquife a la Trinidad con buenas noticias:

—El estrecho se alarga más y más hacia el oeste y el agua sigue siendo salada.

—¿Y la profundidad? —pregunta Magallanes.

—Muchas brazas y corrientes menguantes que hacen pensar en una pronta salida al mar abierto. Es el agua más helada por la que jamás he navegado.

Todas las naos celebran la noticia con salvas de artillería. Esa misma tarde Magallanes llama a sus tres capitanes y a sus oficiales a una reunión en la nao Trinidad para tomar posesión del estrecho en nombre del rey de España. Por sugerencia del párroco Valderrama lo bautiza *Estrecho de Todos los Santos*, por ser ese el día en que se encuentran. Pigafetta quiere que lo llamen *Streto Patagonico*. Gómez de Espinosa y Mezquita opinan que debe llamarse

Estrecho de Magallanes, pero ya está dado el nombre y así queda consignado en el derrotero.

*

El viaje continúa sin mapas, porque ningún europeo ha pasado antes por allí. Navegan a ciegas. La intuición del capitán es su única guía. Las naos se adentran en cada fiordo, de los que hay muchos. Albo y Pigafetta van en la cubierta de la Trinidad tratando de dibujar los contornos de la geografía, el complejo entramado de estuarios por los que pasan. Aquí y allá bostezan y se estiran sobre la arena gris de las playas los ya familiares lobos marinos. Cada tantas leguas ven glaciares de color azul celeste y textura rugosa. Son de una belleza espectacular. Pigafetta trata de describirlos en su crónica, pero su imaginación se siente incapaz de expresar esa belleza en palabras. Las naos se detienen frente a uno de ellos para que grumetes y pajes bajen en esquifes a llenar cubas con hielo. Luego siguen navegando por el laberinto.

Llegan a una isla que parte el estrecho en dos brazos. En ella se ve un arroyo de agua fresca. Algunos marinos comienzan a murmurar que es hora de regresar, porque quedan pocos víveres y el estrecho se extiende más de lo esperado. Magallanes pide a sus despenseros un inventario de los alimentos que hay en las bodegas de las cuatro naos y el informe es de su agrado. Tienen víveres para tres meses. Con el objeto de terminar con los murmullos y no dar más lugar a quejas, escribe una carta a todos sus oficiales pidiendo que le comuniquen sus pareceres sobre seguir o regresar…

Yo, Fernando de Magallanes, caballero de la Orden de Santiago y Capitán General de esta armada que Su Majestad envía al descubrimiento de la Especiería, hago saber a mis capitanes, pilotos, maestres y comandantes de ella, como tengo entendido que a todos os parece cosa grave estar yo determinado a seguir adelante, por pareceros que el tiempo es poco para hacer este viaje en que vamos. Y por cuanto yo soy hombre que nunca menosprecié el parecer y consejo de nadie, antes todas mis resoluciones son puestas en práctica y comunicadas generalmente con todos sin que persona alguna sea de mí afrentada… os mando que todo aquello que sentís que conviene a nuestra jornada, así para seguir adelante como para nos tornar, me déis vuestros pareceres por escrito, cada uno de por sí, declarando las causas y razones por las que debemos seguir adelante o dar la vuelta, sin

tener respeto de cosa alguna por la que dejéis de decir la verdad. Con las cuales razones y pareceres diré el mío y mi determinación para resolver la conclusión a la que debemos llegar. Fecho en el Canal de Todos los Santos, en frente del río de la Isleta, en jueves 21 de noviembre de 1520 en 53°.

Magallanes ha pensado más en el rey y en la Casa de Contratación que en sus oficiales al redactar la carta. Será de gran valor cuando Fonseca le pida explicaciones por la muerte de Juan de Cartagena. Sabe que Serrano, Mezquita y Duarte de Barbosa querrán continuar. Junto con él, ya son mayoría.

Las respuestas no tardan en llegar. Esteban Gómez y Andrés de San Martín aconsejan regresar a España. Gómez propone volver a Sevilla para armar una expedición más grande y mejor equipada, ahora que conocen el lugar en que se encuentra el estrecho. Magallanes sonríe al leer su respuesta. Gómez esperará que le den a él la comandancia general de esa nueva expedición. Andrés de San Martín aconseja seguir buscando hasta mediados de enero y, si no encuentran hasta entonces la salida del estrecho, regresar para no sufrir otro invierno en esas latitudes. Recomienda hacer pausas durante las cuatro horas que dura la noche para que los marinos descansen y se repongan.

Al ver que tiene la mayoría a su favor, Magallanes llama a sus oficiales a la Trinidad para comunicarles oficialmente que ha decidido seguir adelante.

—Si es necesario, comeré el cuero con que está forrado el palo mayor de esta nao con tal de cumplir con mi palabra empeñada al rey.

*

Los días se hacen cada vez más largos. La temperatura sube semana a semana. Junto con el calor ha vuelto el entusiasmo a la armada. Ahora todos miran hacia adelante. Llegan a un cabo formado por una alta masa de tierra y lo doblan hacia el norte, única ruta posible. Magallanes pide a Albo que registre en su derrotero los giros y accidentes del estrecho con tanto detalle como sea posible. Está seguro que volverá a pasar por allí. A ratos los acompañan delfines que saltan hacia adelante, lo cual es visto por los marinos como un buen augurio. Los apluaden. Saltan con ellos. El lombardero inglés, a quienes los marinos llaman maestre Andrés, echa una red al agua y la saca

al cabo de dos horas llena de moluscos. Entre ellos unos como pelotas de espinas que contienen en su interior lenguas naranjas. Los bautizan «erizos de mar». Es el primero en probarlos y recomendarlos. Todos tiran sus redes al mar. Hay un banco de ellos. La redes salen llenas de moluscos y cangrejos de diversos tamaños.

Navegan entre islas mayores y menores por mares profundos y bajíos. Cuando piensan que el estrecho se acaba, vuelven a aparecer islas. El laberinto parece interminable. Albo escribe:

… y pasando este estrecho hallamos otra bahía pequeña, y después hallamos otro estrecho de la misma manera que el otro y después hallamos una bahía muy grande y hallamos unas islas y en una de ellas medimos la latitud que era de 52° y un tercio…

En casi todas las islas hay densos bosques con muchos tipos de helechos y árboles doblegados por el viento. A ratos los acompañan albatros que se dirigen como ellos hacia el norte.

*

Pigafetta pasa mucho tiempo escribiendo y dibujando en la cabina del capitán. Ya ha delineado unos diez mapas de la parte sur de la geografía bautizada por Waldseemüller como *América*. Magallanes lo asiste; se trata de tener un registro preciso de las islas y canales por los que pasan. Los interrumpe Albo. Avisa que han llegado a un lugar en que el camino se bifurca en dos salidas hacia el sur y hacia el norte. Los capitanes de las cuatro naos se reúnen en la cubierta de la Trinidad a deliberar. Magallanes decide mandar nuevamente a las naos Concepción y San Antonio a inspeccionar hacia el sur, mientras la Trinidad y la Victoria echan anclas y esperan. Punzorol y Cristóbal Ravelo reman a la pequeña bahía frente a ellos y regresan con la noticia de que allí hay un río rico en sardinas.

Reencontrase con su naturaleza terrícola les hace bien. Vuelven a sentir la firmeza, la estabilidad y el cobijo de la tierra firme. Algunos marinos se dedican a recoger sardinas con sus redes. Pigafetta recolecta nalcas; los tallos largos y ácidos que probó en la vivienda aonikenk. La recomienda a sus compañeros. Todos mastican el apio con una sensación de felicidad,

conscientes de estar en medio del buscado estrecho que los llevará al Mar del Sur. ¡Si en Sevilla lo supieran!

Pigafetta escribe en su crónica:

En el estrecho se encuentran a cada media legua con puertos segurísimos, inmejorables aguas, madera de cedro, peces, sardinas, mejillones, apio, hierbas dulces y amargas. Pero los bancos de arena y arrecifes subacuáticos son una constante amenaza.

Magallanes agrega un nuevo nombre en su derrotero: bahía de las Sardinas.

*

Gonzalo Gómez de Espinosa arma el esquife mayor de la nao Trinidad y parte con el barbero de la nao Concepción, Hernando de Bustamante, el lombardero flamenco Roldán de Argote y el marino sevillano Alonso Bocacio a inspeccionar el estrecho hacia el norte.

—Que Dios los acompañe —los despiden sus compañeros.

Los cuatro hombres reman un día completo hasta que comienza a oscurecer sin encontrar la salida del laberinto. Bajan a tierra en una bahía en que ven huellas humanas: un bohío abandonado, sepulturas, los restos de una ballena muerta y más atrás, escondida en el bosque, una canoa grande en la que caben muchas personas. La estudian y se sorprenden de la ingenería.

—Con esta barca se pueden navegar grandes distancias —opina Gómez de Espinosa—. Es señal de que el Mar del Sur está cerca.

Pasan la noche en el bohío y continúan remando en cuanto sale el sol.

Otra vez los acompañan delfines que nadan hacia adelante a ambos lados de su esquife. Parecen decir con entusiasmo: ¡*Sígannos*! Los músculos de los brazos se cansan, pero las mentes quieren continuar. A medio día avistan una isla y en ella un cerro. Roldán de Argote, Bocacio y Bustamante lo suben, y Gómez de Espinosa queda esperando en el esquife. La soledad en el fin del mundo se le hace extraña. Reza un Padrenuestro. Siente nostalgia por su pueblo Espinosa de los Monteros[20], al que espera regresar victorioso algún día. Su madre no imaginará hasta dónde ha llegado su hijo. ¿Vivirá todavía?, se pregunta. Reza un Avemaría por ella. Aparecen imágenes de un joven de

quince años que se va de su casa para probar suerte. Siente ternura con él. Se alimentó de limosnas en Valladolid y Salamanca hasta que llegó a Sevilla. Allí trabajó cargando mercancías en las naos. Ese niño ahora se ha hecho hombre y ha llegado a donde ningún otro ha ido… De repente un grito de júbilo que viene desde el cerro. El flamenco es el primero en avistar el mar abierto. Los tres hombres vuelven corriendo al esquife. Reman al río de las Sardinas sin hacer pausas.

La noticia hace caer de rodillas a Magallanes.

*

Dos días después regresa la nao Santiago con malas noticias: la San Antonio se ha perdido. Magallanes pide a su astrólogo que consulte las estrellas y San Martín le informa que ha regresado a Sevilla. Esteban Gómez ha tomado el mando de la nao y hecho prisionero a Mezquita.

—Lo más probable —dice Magallanes en voz baja, apretando el puño de su mano izquierda.

—Lo siento —dice con sinceridad San Martín.

—Yo también.

Se encierra en su camarote. Por su mente desfilan recuerdos de la Escuela de Sagres, cuando Gómez y él estudiaban y soñaban juntos. Lamenta que se haya llevado a su primo, uno de sus aliados incondicionales. Teme por su vida. Intuye que lo obligará a firmar una declaración en su contra. Lamenta también la pérdida de víveres y mercancías de rescate que van en la sentina de la nao. Por ser la de mayor tonelaje, llevaba la mayor cantidad de alimentos.

A pesar de que no le cabe duda de que Gómez ha desertado, ordena buscar la nao durante seis días. En cada recodo disparan una salva de tres cañonazos y esperan. Magallanes imagina que el escribano de la nao San Antonio ha hecho causa común con Gómez. Se llama Jerónimo Guerra y es el hombre de confianza del comerciante Cristóbal de Haro. No es un aventurero ni un explorador, sino un hombre de negocios. De pie en la cubierta imagina las historias que contarán Guerra y Gómez al obispo Fonseca. Le dirán que el motín de San Julián fue un acto heroico de los castellanos para salvar a la tripulación de las garras de un mal capitán. Mueve la cabeza. Sabe que su

posición en Castilla es débil. Aunque se desnaturalizó de Portugal, en España siempre fue visto como un extranjero sospechoso.

El sol se ha puesto en el horizonte. Enciende una vela. Elucubra que la estrategia de Gómez será tratar que el rey le retire su confianza y a su regreso lo encarcele para poder liderar él mismo futuras expediciones a las Molucas. No le costará encontrar aliados. Cuando el obispo Fonseca se entere de la suerte de su *sobrino*, tomará partido por él. El dolor no lo dejará ver con claridad… *Omnis homo mendax*[21], escribe en su diario personal. Se sirve un vaso de jerez y lo bebe al seco. Aparece la imagen de Beatriz y la pena aumenta. La posibilidad de que le dejen de pagar su sueldo de tres mil maravedíes mensuales le aprieta el corazón. Pero su suegro tratará de defenderlo, de eso no le cabe duda… Vuelve a tomar la pluma:

Así como se tejen las intrigas de los hombres, así también se deshilachan. Yo llevaré la verdad a mi regreso.

Baja a la cubierta en el momento en que pasan por una isla con un cerro alto. Allí echan anclas para pasar la noche y al día siguiente ordena dejar un palo alto plantado en la cima del cerro y enterrar a su lado una olla con un plano de la ruta que van a seguir. Luego vuelven al río de las sardinas a llenar sus toneles de agua y abastecerse de leña y pescado.

*

Pigafetta pasa mucho tiempo en el camarote del capitán. Él también piensa que Gómez ha desertado. Magallanes se desahoga con él. Le comenta que la San Antonio siempre fue la nao más conflictiva. Primero la iba a comandar Ruy Faleiro, pero fue declarado loco y alejado de la armada. Juan de Cartagena nunca pudo deponer su vanidad. De Coca no servía para nada y Esteban Gómez esperó el momento para desertar.

—Nunca lo vi sonreír. Siempre estaba amargado —cuenta Pigafetta.

—El problema serán los portugueses. Cuando los desertores regresen a Sevilla, los embajadores de Portugal mandarán de inmediato la noticia a Lisboa. La reacción de Manuel será enviar barcos a las Molucas para interceptarnos. Un peligro más que tendremos que afrontar.

Pigafetta muestra su temperamento optimista:

—Arribaremos a las Molucas antes de que Gómez llegue a Sevilla.

—Dios lo oiga.

*

Al mediodía del 21 de noviembre de 1520, exactamente un mes después de haber entrado al estrecho, parten hacia el Mar del Sur. El agua es profunda y el viento justo. Los barcos se van solos. Pigafetta escribe eufórico en su crónica:

Creo que no hay en el mundo mejor estrecho que este.

Al último cabo con que se topan lo bautizan cabo Deseado.

El 27 de noviembre, cuando el sol está en su punto más alto, tres naos con sus velas henchidas llegan al Mar del Sur. En ellas van ciento setenta y siete europeos. Ahora el Nuevo Mundo descubierto por Colón es una línea alargada a estribor. Lo que hay allí es un misterio y así se quedará. Explorarlo será cosa de otros.

Avanzan rumbo norte. Olas suaves golpean rítmicamente las naos. El color del agua oscila entre azul oscuro y cobalto. El viento es constante y perfecto. Magallanes ha decidido mirar hacia adelante. Tiene razones para estar contento: se ha cumplido el sueño para el cual trabajó durante cinco años. Imagina el rostro orgulloso de su esposa recibiéndolo en Sevilla. Se acaricia la barba y sonríe. Se consuela pensando que los desertores no podrán hacer nada contra él. El rey no lo va a encarcelar a su regreso, porque habrá cumplido lo prometido. Piensa en su amigo Serrão, a quien en su última carta anunció su posible viaje a las Molucas…

Dios mediante lo volveré a ver, bien sea a través de Portugal o de Castilla, pues así es como se han decantado para mí las cosas. Espéreme, aunque habrá de transcurrir algún tiempo antes de que las cosas mejoren para nosotros.

*

Los marinos matan el tiempo contando historias. Pigafetta comenta que Colón y Vespucio nacieron el mismo año, y ambos un año después que Leonardo da Vinci. El hecho de que Colón haya muerto en 1506 convencido de haber llegado a la India estremece a los marinos. No lo sabían. San Martín comparte anécdotas sobre la tumba del navegante. Fue enterrado contra su voluntad en Sevilla. Su hijo Diego ha hecho todo lo posible por trasladarlo a Santo Domingo, sin que Fonseca se lo permita.

Magallanes se sonríe. Podría aportar sabrosas historias sobre los muchos conflictos que tuvo Colón en vida con Fonseca, historias que le contó su suegro, pero no lo hace. Como siempre, habla más consigo mismo que con los demás. Albo aporta anécdotas de Diógenes de Sinope, el filósofo griego que vivía en un tonel en la plaza de Atenas y se reía de las vanidades humanas. Diógenes pensaba que al hombre no lo educa el conocimiento de las cosas, sino el conocimiento del hombre.

Pigafetta observa a los marinos y se pregunta ¿qué los mueve? ¿El deseo de salir de la pobreza? Con excepción de Diógenes de Sinope y sus sucesores anacoretas, nadie quiere ser pobre. Ningún pobre, salvo Diógenes y Francisco de Asís, ha sido apreciado por los hombres. Hans Berger expresó el sentimiento de muchos cuando dijo que prefería volver rico de las Molucas a vomitar pobreza por las calles de Sevilla. No obstante, que los marinos sean capaces de tantos sacrificios por una vil quintalada lo estremece. Su motivación es otra. Él no busca oro, sino gloria. Hace rodar su anillo en el dedo, mira el insecto petrificado en el ámbar y se sonríe con optimismo. El oro se acaba, pero la fama que da la grandeza nunca muere, ni después de la muerte. Una quintalada sí, pero de gloria, eso es lo que él busca.

*

El 18 de diciembre, cuando Albo mide 32° de latitud sur, cambian el rumbo hacia occidente. Todos piensan que llegar a las Molucas será cosa de días, máximo de una semana. Valderrama ya prepara la misa de Navidad en la Especiería.

Pero no. La misa de Navidad tiene lugar en medio del océano. Cuando las naves se detienen para celebrar el nacimiento de Cristo, en todos los puntos cardinales se ve solo mar. Hasta donde la vista alcanza, un mar de olas suaves

y más allá el horizonte colindando con el cielo azul intenso. Mientras Valderrama lee la misa, los marinos se abrazan. Algunos lloran. La incertidumbre y la nostalgia los acerca. Valderrama agradece a Dios los constantes vientos del suroeste en popa que los hacen avanzar a buena velocidad y sin contratiempos. Alza los brazos con un gesto tranquilizador…

—Él Señor está con nosotros.

Abre sus brazos y mira hacia el mar como si lo quisiera abrazar.

—Agradezcamos a este mar que nos acoge…

—Lo llamaremos *Océano Pacífico* —anuncia Magallanes.

Parece ser una idea del momento.

—¡Sí! —gritan todos al unísono.

*

Magallanes conversa con Gómez de Espinosa en su camarote. Le relata sus andanzas en el océano Índico con su amigo Francisco Serrão y le lee pasajes de sus cartas. Gómez nota la ilusión que siente Magallanes de volver a encontrarse con él. Está seguro que Serrão lo espera en Ternate y que gracias a él podrán cargar mucho clavo de olor.

Y en la parte baja de la nao, Pigafetta aprovecha la tranquilidad y la rutina de la navegación sin contratiempos para estudiar el idioma aonikenk. Se sienta junto al nativo sobreviviente con su cuaderno abierto. Le muestra su mano y pronuncia la palabra *mano*. El nativo entiende la intención, pero no dice nada. Lo mira extrañado. Es la primera persona que le habla en semanas. Pigafetta sonríe, le muestra el codo y dice *codo*. El nativo dice *oli* y hace un gesto para indicar que quiere beber. Pigafetta le pasa un jarro con agua. Luego escribe en su cuaderno:

Vocabulario de los patagones:

Oli: agua.

Chene: mano.

Cotel: codo.

Pigafetta indica su boca.

—*Chian* —dice el rehén y añade *coté* mientras indica sus amarras.

Pigafetta entiende que coté significa amarras, pero podría significar también quíteme las amarras, desáteme. El italiano le muestra una cruz y la besa. Se la acerca a la boca al nativo y él también la besa. Entiende que es el modo de pedir favores entre sus captores. Surge la esperanza de que después de ese gesto lo podrían soltar. Pero el conjuro de la cruz no sirve. Pigafetta sigue preguntando…

Sol: calex cheni.

Mar: aro.

Va a la bodega a buscar un bizcocho a modo de agradecimiento. El nativo le grita:

—*Kkomshkn e winne awkkoi 'a'ien*[22].

Por la noche la interrogación continúa…

Estrellas: settere.

Luna: qenkon.

Antes de dormir le lee todas las palabras que le ha nombrado. El joven aonikenk se sumerge en un largo silencio y repite:

—*Kkomshkn e winne awkkoi 'a'ien*.

*

El sol sale y se esconde en el mar con indiferente puntualidad. Al mediodía es implacable y por las tardes, cuando está bajo, deja una estela de luz melancólica en el agua. Hay atardeceres en que se ve gigante en un cielo color violeta. Es un espectáculo bello… pero esa belleza ha perdido su fuerza paralizadora. Ahora la incertidumbre lo opaca todo.

Magallanes comienza a desesperarse, pero no lo demuestra en ningún momento para no desanimar a sus hombres más de lo que ya están. Revisa su derrotero del estrecho con los nombres de los ríos e islas. Agrega detalles. Se acaricia la barba. La geografía recorrida lleva ahora su marca. La posteridad jamás se olvidará de su paso por allí, porque cuando regrese a España con sus derroteros, los nombres que le ha dado a los lugares serán los que los grandes cosmógrafos consignen en sus mapas. Los nombres de la geografía contarán la historia de su paso por allí por los siglos de los siglos.

Pigafetta entra en su camarote y se sienta discreto en una esquina a escribir. Los dos se miran y se sonríen. Magallanes hace ahora un recuento de la participación y méritos de cada uno de sus hombres para que sean retribuidos justamente.

Por la noche él y Pigafetta bajan a la cubierta. El cielo está despejado y sin luna. Las estrellas se ven más brillantes que nunca. La Vía Láctea sobresale con una claridad que nunca tiene en el hemisferio norte. San Martín comenta que para Pitágoras ella albergaba las almas de los hombres antes de nacer.

—¿Usted lo cree? —pregunta Pigafetta.

—No sabemos —dice el cosmógrafo.

Observan una constelación de cuatro estrellas luminosas que apuntan hacia el sur.

—Parece una cruz tendida. Estas deben ser las cuatro estrellas que cantó Dante —elucubra—. Se entusiasma y recita los versos de memoria:

Y a la derecha vuelto alcé la mente
al otro polo y vide cuatro estrellas
que solo vio la primera gente.

¡*Qué alegre el cielo de sus chispas bellas*!

Oh viudo septentrión que está privado
eternamente de la vista dellas.

—Pero esta constelación solo es visible desde este hemisferio. Dante no puede haberla visto —replica San Martín.

—La adivinió —acota Pigafetta—. El vagabundo Dante Alighieri simplemente adivinó que esta constelación sería un día la guía de los marinos del austro.

Pigafetta, Magallanes, San Martín y Mafra se quedan largo rato estudiando el firmamento. Magallanes fija la mirada en dos nubes de estrellas que son nuevas para San Martín. Ninguno de sus maestros las menciona.

—Las bautizaremos *Nubes de Magallanes* —propone Pigafetta.

El joven aonikenk los observa desde su prisión bajo la escalera de popa. Repite varias veces la palabra *Chiols*[23], pero nadie lo escucha. Y si lo escucharan, no lo entenderían.

Esa misma noche muere y es lanzado al agua.

*

—Esta galleta sabe cómica —se queja un marino.

—Reíd entonces —responde el despensero.

Las provisiones escasean y las ratas se multiplican. Ahora los hombres tienen que compartir sus bizcochos con ellas. Su alimento diario huele a orines de roedor. Y el tocino se ha podrido porque en la despensa de la Trinidad la temperatura es insoportable. Los marinos se baten entre el asco y la necesidad. Los estómagos hambrientos se sienten como un puño apretado en la mitad de los cuerpos.

Cada día avanzan 60 o 70 leguas. Y mientras ellos avanzan, el horizonte retrocede. Pasan las horas ensimismados, apáticos, medio despiertos, medio dormidos. Los ojos han perdido el brillo y nadie discute con nadie. Todas las fuerzas se concentran en sobrevivir. El hambre los ha llevado a un estado que Albo llama *amekhania*. Se sienten extraviados en algún punto de la esfera, como si su Dios, a quien nunca dejan de rezarle, los hubiera perdido de vista.

Pigafetta comenta a Albo que si sus vidas se apagaran en medio de esa nada, sus seres queridos lo deducirán de su no-regreso.

—Regresaremos —asegura Albo con una firmeza que contagia. Para darle ánimo le recita el *Tetrafármaco* de Epicuro:

> *No temas a dios,*
>
> *no te preocupes por la muerte.*
>
> *Lo bueno es fácil de conseguir,*
>
> *lo espantoso es fácil de soportar.*

Cada mañana se renueva en la tripulación de la armada la esperanza de ver tierra ese día; y cada noche trae la ilusión de verla al día siguiente. La esperanza es lo que los mantiene vivos después de casi dos meses de navegación sin que sus ojos vean más que mar y firmamento. Rara vez pasan aves migratorias muy alto, lo que indica que no hay tierra cerca. Las aguas son profundas. La cuerda no alcanza a tocar fondo.

*

Vasco Gallego, el capitán de la nao Victoria, y un marino italiano del mismo barco muestran síntomas de una enfermedad rara. Tienen las encías hinchadas y sangrantes. El barbero Hernando de Bustamante, el que más sabe de medicina en la Armada, ha oído hablar de síntomas similares. Intuye que puede ser el mal de Loanda, una enfermedad conocida por los marinos portugueses. Presume que se debe a la falta de comida fresca. Nunca antes han pasado estos marinos tanto tiempo sin consumir alimentos frescos. Magallanes también ha visto esos síntomas en sus viajes. El barbero aconseja frotar las encías con agua de mar y dar a los enfermos su ración de agua diaria con una cucharada de azúcar. Pero en los días siguientes los enfermos empeoran. Sus músculos se endurecen. Todos los movimientos les duelen. Los otros marinos observan con interés el desarrollo de la enfermedad… cualquiera puede ser el próximo.

La muerte de Gallego, uno de sus hombres más fieles, entristece al capitán. En la madrugada del 25 de enero de 1521 se traslada a la nao Victoria con Valderrama, Pigafetta y Albo para despedirlo. Magallanes informa que

Vasco Gallego lo siguió de Lisboa a Sevilla con mucha ilusión y le ayudó en los preparativos del viaje. Lo lanzan por la borda con la ayuda de una tabla y rezan por él mientras su cuerpo se hunde en el agua.

Al mediodía muere el otro marino enfermo. Nuevamente suenan tres campanas para avisar a la tripulación, pero esta vez no se detienen cuando el cuerpo es lanzado al mar. Pigafetta busca las palabras para describir esas desgracias…

Demasiado sacrificio. Ojalá nunca tenga que volver a pasar por aquí.

Recuerda la reflexión de Leonardo da Vinci: *La vida de cada uno está hecha de la muerte de otros*. Busca a Valderrama para que lo confiese. El párroco lo consuela.

—El sacrificio es el que mantiene el curso de la vida. Por el sacrificio se mantiene la creación y finalmente por el sacrificio se alcanza la perfección.

*

Todavía es 25 de enero cuando Tomás Natin grita:

—¡Tierra por fin!

Divisan una isla pequeña y deshabitada que bautizan San Pablo para recordar el día de la conversión del apóstol. Las tres naos dan una vuelta completa a la isla sin encontrar un lugar donde fondear. El agua es de un azul intenso, casi negro. El escandallo que mide la profundidad no alcanza a tocar el fondo en ninguna parte. Apenas se divisan algunos árboles. No se ve agua dulce, ni aves, ni animales. Continúan.

Una semana después dan con otra isla deshabitada. Una nueva luz de esperanza. Pero tampoco en ella se ve agua dulce, ni frutos comestibles, ni encuentran un lugar donde fondear. La bautizan Desventurada y desisten de bajar a tierra. Pero en el mar que la rodea hay muchos peces. Lanzan todas las redes al agua y sacan doradas, albacoras y bonitos. Es una fiesta. Cocinan lo recogido con la poca leña que les queda y luego de dar gracias a Dios por ese regalo siguen navegando.

*

Magallanes se encierra con San Martín a estudiar los mapas y a corregir todo lo que aprendieron en Sagres y Sevilla. El cosmógrafo recuerda lo que decían los antiguos griegos, a quienes estudió en su juventud y Magallanes se ríe con sarcasmo mientras lo escucha. Aristóteles aseguraba que en el planeta había más tierra que mar y que la franja de mar que separaba Hispania de Asia no podía ser muy grande. Séneca se basó en él cuando afirmó que el mar entre Europa y la India podía franquearse en pocos días.

—¡Todos fueron unos charlatanes! —afirma Magallanes con vehemencia.

Se acerca a la ventana. La luna acaba de salir del agua dejando una estela que llega hasta la popa de la Trinidad. Los dos bajan a la cubierta. Allí está Pigafetta echado en su hamaca tratando de leer con la tenue luz. Magallanes manda a buscar a Valderrama.

*

Al amanecer hay una misa en la cubierta de la Trinidad. El párroco invoca en su prédica:

Dios dador de vida, veedor solitario del cielo, conocedor de todos los caminos, llévanos a nuestro destino deseado…

Por la noche del tercer día de febrero Andrés de San Martín consulta las estrellas para hacer un horóscopo que Magallanes le ha encargado. Pigafetta lo observa con desconfianza mientras juega con su anillo. Él no cree en la astrología. No piensa que el destino del hombre esté escrito en el cielo. Su lema es *sors anima filia*: el destino es hijo del alma.

La suerte mayor es el carácter de cada persona. Ese es su verdadero destino. Lo ha comprobado muchas veces en su vida. También Magallanes lo confirma. De su carácter emana una fuerza contagiosa que los ha llevado a recorrer esa inmensa superficie terrestre o… marina. Para Pigafetta la astrología se parece al arte de la adivinanza. Creer en ella esconde un ingenuo optimismo que no hace mal porque, después de todo, pensar que las estrellas se ocupan del destino de los hombres reconforta. No obstante, le parece improbable que la respuesta si van a llegar a las Molucas pueda encontrarse en el alineamiento de Saturno con la Tierra, penetrado por Marte…

*

El 4 de febrero divisan otra isla desierta. Tampoco allí encuentran un lugar donde fondear. Pero sí ven muchos tiburones. La bautizan isla de los Tiburones y siguen navegando con los vientos alisios en popa.

Un marino vasco aún tiene energías para contar que ha oído hablar de unas islas que en realidad son tortugas gigantes que emergen de las profundidades para que los confiados desembarquen en ellas.

—¡A callar! —le grita Magallanes.

*

El 12 de febrero cruzan la línea equinoccial por segunda vez mientras el escorbuto sigue ganando víctimas. Ahora casi todos conocen los síntomas. A algunos afecta más que a otros, como en una lotería.

En su camarote Magallanes trata de dormir, pero no puede. Sus pensamientos son como estrellas fugaces que despuntan y se funden en otros pensamientos. Cuando logra conciliar el sueño tiene pesadillas. Manuel ha mandado una armada desde Malaca que lo está esperando en las Molucas. Su amigo Serrão es atacado por un portugués en la playa. Él trata de acercarse en su nao para ayudarlo, pero no avanza… Despierta sudando y preocupado.

¡Que poco lo conocía Manuel! ¡Y qué intrigas tejió para impedir su viaje! Infectó Sevilla de agentes que hicieron correr todo tipo de cuentos y rumores para desprestigiarlo. Uno de sus embajadores le ofreció llevarlo de vuelta a Portugal donde, aseguró, Manuel lo recibiría con honores. En su rostro se esboza una sonrisa irónica. Se da vuelta en la cama. Otro lo visitó en la casa de su suegro y le dijo que en Portugal todos lo veían como un traidor. También mandó intrigantes a la corte. Carlos de Castilla vio el peligro y ordenó a la Casa de Contratación que le pusieran guardaespaldas. Recién vuelve a conciliar el sueño al amanecer. Pero no alcanza a dormir mucho porque Andrés de San Martín lo despierta. Quiere estudiar los globos terráqueos en la sala de mapas. Luego comenta con su tranquilidad de siempre:

—Según este globo, ya tendríamos que estar pasando por las islas Molucas.

—Esos globos no sirven de nada —se queja Magallanes.

Pero queda preocupado. En las instrucciones el rey ha dejado claro que todos sus privilegios se perderán si las tierras que descubre están dentro de la demarcación lusitana…

La principal cosa que vos mandamos y encargamos es que de ninguna manera consistáis que se toque ni descubra ninguna isla dentro de los límites del serenísimo rey de Portugal…

*

Llevan dos meses y medio de navegación y el océano siempre con la misma inocencia, la misma tranquilidad. Su Dios no les manda señales. Los marinos sanos esperan ver por fin tierra y los enfermos esperan la muerte. Diez hombres han encontrado ya su tumba en el océano Pacífico. Entre los muertos está el rehén tomado en las tierras de Brasil. Otros treinta hombres están enfermos. Tienen la piel agrietada, las manos y pies llenos de llagas y las articulaciones visibles en todo el cuerpo. El grumete Juan Gallego grita, después de devorar una rata apenas cocida en agua sucia, que están en el infierno.

—¡Nos hemos muerto y no nos hemos dado cuenta!

Nadie lo hace callar. La muerte se encargará esa misma tarde.

*

Pigafetta pasa la mayor parte del tiempo en el camarote del capitán. Magallanes comparte con él su dulce de membrillo. El italiano goza de toda su confianza. Siempre fue así desde que se presentó en los Reales Alcáceres con una carta del rey. Eso fue en mayo de 1518, cuando estaban en plenos preparativos.

—La Armada del Moluco no es el lugar ideal para un notable italiano —le comentó, después de leer la carta en que el rey lo nombraba cronista oficial de la expedición.

—Sí lo es cuando se quiere viajar y ver con los propios ojos el mundo.

Magallanes le echó una mirada escrutante. Tenía ante sí a un hombre bien parecido de ojos claros y pelo oscuro risado. Vestía elegantísimo. Que fuera algo más joven que él le pareció bien. Intuyó a un aliado. Pigafetta le mostró su astrolabio.

—¿De dónde lo sacó?

—Lo traje de Venecia.

Mientras Magallanes inspeccionaba el instrumento, el italiano le contó que había leído los relatos de viajes y cartas de Colón y Vespucio…

—Además, hablo cinco idiomas.

Se notaba ansioso. Acariciaba el ámbar de su anillo mientras enumeraba sus méritos. Magallanes le devolvió el astrolabio y miró la joya. Le llamó la atención el insecto petrificado en la piedra. Pigafetta le contó que lo había heredado de su padre. Le explicó que era su amuleto.

Lo invitó a quedarse en los Alcázares y a ayudar en los preparativos del viaje.

Siguiendo la divisa de Leonardo, que dice que los movimientos del alma se conocen por los movimientos del cuerpo, Pigafetta lo observa sin que él lo note. Admira su carácter y su fuerza de voluntad. Tanto entiende y comparte su batalla por llegar a la Especiería, que lo que piensa que piensa el capitán se ha enredado en sus propios pensamientos.

Magallanes nota la fidelidad del italiano. Siendo como es, el cronista de la expedición, su incondicionalidad le hace bien. En la vida se necesitan aliados. Es tan incondicional como su hijo Cristóbal o como su primo Álvaro Mezquita, Gómez de Espinosa o Juan Serrano. Cierra su cuaderno y busca un mapa para trazar en él con la mano una línea imaginaria de la ruta que ha seguido desde que salió de Sevilla. Llama al italiano con un gesto.

—Todos los cosmógrafos se han equivocado, ¿sabe?

—Es que ninguno salió a ver el mundo. Nosotros llevaremos la noticia fresca de las verdaderas dimensiones de este planeta. Figúrese usted, capitán.

Pigafetta vuelve a su esquina a disfrutar del silencio íntimo que los envuelve.

—Pero hay uno que no se equivocó —dice después de un rato largo.

Magallanes lo mira con cara de interrogación.

—Séneca hizo decir a su Medea que algún día una tierra sería revelada más allá del Mar Océano.

—¿Cómo lo supo?

Pigafetta se alza de hombros.

Otra vez silencio.

*

Son las últimas mañanas de febrero. La travesía por el océano Pacífico ya lleva cien días. En la cubierta el sol consuela, castiga, tortura… Magallanes escribe en su diario personal:

La muerte puede ser nuestro último gran enemigo, pero esta hazaña es enemiga de la muerte.

Un cardúmen de peces pasa muy cerca de las naos. ¡Un regalo! Los marinos sanos lanzan redes. La pesca de todas las naos alcanza para comer varios días. Los que se veían condenados a morir de inanición, reviven. La muerte puede esperar. Valderrama lo agradece con oraciones en la cubierta de la Trinidad. Pero en algunos marinos la calavera ya está demasiado avanzada. Apenas pueden masticar. Se les han caído casi todos los dientes. Son huesos con ojos que todavía se mueven, pestañean y miran apáticos a sus compañeros.

—Una sola tormenta y moriremos todos —comenta Pigafetta a Magallanes—. Porque, ¿quién va a maniobrar las naos?

Magallanes no le escucha. Está sumido en sus recuerdos…

Todos en Sevilla decían que la suya era una empresa demasiado arriesgada. Fue una de las razones porque le costó tanto encontrar hombres para la tripulación. Aunque mandó a Gonzalo Gómez de Espinosa a leer levas por las plazas, mercados y otros lugares públicos de Sevilla. A Cádiz mandó a Juan Bautista Punzorol y a Málaga envió a Baltasar Genovés. Pero esas levas

encontraron poco eco. Los potenciales marinos preferían embarcarse en las carabelas que salían a las Antillas, las tierras descubiertas por Colón. Tuvo que encargarse él mismo de juntar gente. La ciudad estaba llena de vagos llegados desde otras regiones de Europa en busca de una oportunidad. Sería una armada de europeos. Sabía que eso podía traerle problemas con la Corona, pero era la única solución.

Pronto se corrió la voz de que Magallanes aceptaba extranjeros en sus barcos y pagaba el sueldo de un año en adelanto. Fueron tantos los que quisieron enrolarse que hubo que hacer una selección. Alistó a 31 portugueses, 27 italianos —la mayoría genoveses y a algunos venecianos— 16 franceses, 7 griegos, 5 flamencos, 3 irlandeses, 3 alemanes y 1 inglés. Los alemanes y el inglés son sus especialistas en lombardas y otras armas fabricadas en sus tierras.

Han resistido bien, piensa. *Si han ayudado a conducir estas tres naos hasta aquí, no han vivido en vano. La historia los recordará*.

Enrique, su esclavo, se entiende bien con todos. Su ayuda será indispensable cuando lleguen a las Molucas. El despensero tiene órdenes de darle una buena ración de dulce de membrillo cada día porque allí parece estar el secreto de la supervivencia. En quienes comen dulce de membrillo no se ceba el escorbuto. Abre su diario personal pero no escribe nada porque el capellán Valderrama golpea a su puerta.

—Capitán, ¿tiene un momento?

—Adelante.

El religioso nunca pierde la compostura. Su sotana está raída y ya no tiene zapatos. La barba casi le tapa el crucifijo de oro. No obstante, sigue siendo una persona agradable, un buen representante del género humano.

—Hace tiempo que no se confiesa —le dice.

—Lo estaba esperando.

*

—¡Tierra a la vista! —grita el vigía desde la cofa del palo mayor de la Trinidad.

Es el día 5 de marzo de 1521. Han pasado ciento diez días desde que entraron al océano Pacífico. Nadie le cree porque no se ve tierra por ninguna parte. Lo ignoran. Al mediodía Albo mide la latitud: 12° norte.

El vigía vuelve a gritar…

—¡Tierra, tierra!

Pero no la ven. Magallanes promete regalarle cien ducados si es cierto y sube él mismo a la cofa. Entonces no le cabe duda…

—¡Tierra, bendita tierra! —grita.

Los lombarderos disparan salvas. Punzorol iza el pendón de Castilla. Valderrama reza la bendición que tenía preparada para ese momento:

Bienaventurados aquellos que no pierden su curso en la amplitud del océano. Bienaventurados aquellos cuyo barco no se hunde y con alegría llegan a puerto.

Canta el *Laudate Domine* y todos lo secundan. El vigía Pedro Navarro recibe de Magallanes los cien ducados prometidos.

*

Delante suyo se dibujan con cada vez mayor nitidez tres islas cubiertas de bosques con playas de arenas muy blancas. El mar calmo se va haciendo transparente conforme va perdiendo profundidad. De azul profundo pasa a celeste-turquesa. A babor aparecen playas en que se ven pequeñas embarcaciones ancladas y seres humanos desnudos que los observan. No estar más solos en la geografía es un alivio y un peligro a la vez. Pero luchar contra seres humanos sin armas de fuego es un juego de niños al lado de luchar contra la inanición y la muerte. En la travesía del océano han aprendido que la naturaleza puede ser el enemigo más poderoso. Mata con indiferencia. Los nativos de la isla se acercan en sus barcas con sorprendente rapidez. En cosa de minutos se ven rodeados de embarcaciones pintadas de rojo con una vela triangular hecha de un tejido tosco de hojas.

—Parecen velas latinas —comenta Pigafetta.

Las barcas tienen timón en proa y en popa en forma de pala. Los nativos van desnudos, a no ser una tela de hojas con que cubren sus genitales. Tienen

el cabello liso, negro y largo hasta la cintura. Algunos lo llevan amarrado. Sin miedo trepan a la Trinidad. Los marinos más sanos tratan de impedirlo, pero el capitán ordena que los dejen subir. Quiere saber si ha llegado a las islas Molucas. Los nativos se tapan las narices e intercambian frases. Sus rostros denotan asco y compasión. Magallanes pide a Enrique que pregunte el nombre de la isla que tienen en frente, pero los nativos no lo entienden.

—No —informa Enrique—. No son las Molucas.

Los intrusos estudian las madejas de sogas y cordeles. Todo les llama la atención. Los europeos no saben cómo reaccionar cuando uno de ellos toma un hacha y la lanza a sus compañeros en la barca como quien cosecha la fruta de su propio árbol. Punzorol quita a otro una caja de clavos y grita:

—¡Son ladrones! Al agua con ellos.

Bustamante da una bofetada a un nativo y este se la devuelve. Entonces saca un machete de su cinturón y lo hiera en la espalda mientras Berger dispara una lombarda. El estruendo hace que todos corran y se lancen al agua portando lo que han podido recoger. Los malogrados hombres de la Trinidad respiran aliviados. Pero los nativos les han hecho ver su vulnerabilidad.

—La bautizaremos isla de los Ladrones[24] —propone Magallanes.

Punzorol quiere bajar a tierra en busca de agua y comida, pero Magallanes prefiere seguir a otra de las tres islas. Ya han recogido las anclas cuando ven a los nativos acercarse nuevamente llevando bandejas con fruta y pescado. El capitán ordena esperar. Pero esta vez no los dejan subir a las naos. Tres marinos bajan con sus esquifes a recibir los alimentos y les dan cascabeles y espejos a cambio. Mientras esto ocurre en la proa, otros nativos cortan los cabos que unen el bote personal de Magallanes en la popa y lo remolcan hacia su isla. La tripulación queda sorprendida de la rapidez y ligereza con que lo hacen.

—¡Ladrones! Les daremos su merecido —grita el capitán.

El sol está a punto de ponerse. Punzorol propone alejarse de la isla de los Ladrones para pasar la noche a resguardo y regresar al día siguiente. Él mismo se queda toda la noche vigilando en compañía de su paisano León Pancaldo. Pigafetta los acompaña y escribe a la luz de una vela lo que ha pasado en el día. Pancaldo comenta:

—¿Qué le parece? Hasta ahora nos habíamos otorgado el derecho único y exclusivo de tomar todo lo que necesitábamos de los nativos.

Pigafetta hace una pausa y un amago de sonrisa. Pancaldo continúa…

—Esto demuestra que el espíritu del saqueo se haya expandido por todo el orbe. También en estas tierras. Parece ser un atributo de Adán.

El cronista sonríe y sigue redactando.

*

Al amanecer del día siguiente Magallanes prepara una campaña de escarmiento. Mientras sus compañeros se alistan para el ataque, uno de los enfermos pide a Punzorol que le lleve los intestinos de algún nativo. Punzorol se estremece y lo ignora, pero Pigafetta toma nota de esa petición en su crónica.

Preparan un esquife con cuarenta marinos, los pocos sanos que quedan en la armada.

—¡Escarmiento a los ladrones! —grita Magallanes.

—¡Que se jodan los ladrones! —Lo secunda un marino de la nao Victoria.

—¡Que se jodan! —Se escucha en coro.

Los nativos huyen hacia un bosque cercano a la playa. Siete de ellos son alcanzados por los mosquetes y caen heridos o muertos. Andrés Bristol, el lombardero inglés, es herido por una flecha que le atraviesa el estómago de lado a lado. Magallanes manda a un hombre a llevarlo al esquife y él mismo se hace cargo del mosquete. Ya no quedan nativos en los bohíos. Todos han huido al bosque. Se sienten con libertad para saquear lo que encuentran: toneles de madera llenos de arroz y canastos repletos de unos frutos redondos y duros color marrón que nunca antes han visto[25]. Otra fruta verdeamarilla es más fácil de comer[26]. Después de tomar los comestibles prenden fuego a las viviendas. Dos marinos descubren a una mujer escondida en un bohío. Antes de incendiar su casa la violan. Primero uno, después el otro. La mujer lucha con todas sus fuerzas. Grita y pide ayuda.

Desde varias chozas se escuchan llantos femeninos. Una nativa corre a toda velocidad arrancando de un marino. Este alcanza a tomarla de su cabello, que es largo, pero ella sigue corriendo con agilidad. El marino se cae y ella se salva en la densa vegetación de la selva tropical.

Los otros observan la situación desde las naos. Cuando las llamas empiezan a consumir las chozas de la pequeña aldea gritan con entusiasmo:

—¡Que se jodan!

Los adelantados regresan después de algunas horas con muchas cestas llenas de alimentos. Pigafetta describe la fruta verdeamarilla en su crónica como *higos de medio pie de largo*. El rescate consiste, además, en patatas dulces, arroz, algunas aves y dos cerdos.

Una mujer grita y gesticula en la playa y se arranca los cabellos. Pigafetta supone que es la esposa de uno de los siete nativos que, según el informe de los adelantados, han muerto en el asalto. Así lo consigna en su crónica.

*

De inmediato matan uno de los cerdos y lo asan en la Trinidad. Por primera vez se alimentan como manda su Dios. Los adelantados comentan que las mujeres de la isla tienen buena figura. Un marino asegura que son como Evas de cabello negro muy liso y largo.

—A algunas el pelo les llega hasta el suelo —informa otro.

Después de comer levan anclas rumbo al oeste. Al verlos partir, los nativos se acercan en sus barcas a toda velocidad y les disparan flechas envenenadas que no los alcanzan. Las naos hacen un giro inesperado y pasan muy cerca de ellos volteando sus barcas. Se escuchan gritos y maldiciones en el agua y risas en la cubierta. El único que no se ríe es el lombardero inglés. Por la noche morirá a causa de la flecha envenenada. Bustamante no pudo extraerla de su cuerpo. La Trinidad apenas se detiene cuando su cadáver es lanzado al agua a la luz de la luna.

Al otro día Albo mide 10° de latitud norte. Magallanes escribe en el diario oficial: *Hoy se cumple un año y medio de travesía*.

*

Antonio de Coca está más muerto que vivo echado en una esquina de la nao Victoria. Para él y los otros enfermos Magallanes ha guardado uno de los cerdos.

El 16 de marzo anclan frente a una isla que se ve desierta. No hay embarcaciones de nativos en la playa. Su arena es blanca y fina y la vegetación de fondo es tropical, con árboles frondosos en muchos tonos de verde**[27]**. Bajan todos a tierra y llevan con ellos a los enfermos. Pajes y grumetes improvisan una tienda con maderos y techo de unas hojas grandes de un árbol abundante en la playa. Los despenseros sacrifican el otro cerdo y junto con Bustamante se encargan de alimentar a los enfermos.

Antonio de Coca apenas puede masticar. Ya no le quedan dientes ni fuerza. El aliento de la vida se esfuma poco a poco. Pide hablar con Magallanes, pero él tiene otras cosas que hacer. Dibuja en su derrotero la isla en que se ecuentran y busca un nombre para ella.

—¿Qué le digo a De Coca? —pregunta Bustamante.

—Que el cuerpo de los traicioneros se vuelve maligno de tanto sentir asco de sí mismo.

Esa misma tarde muere y es enterrado en la isla. Valderrama hace una ceremonia corta para el *sobrino* del obispo Fonseca. Albo y sus amigos griegos cantan el *Kyrie eleison*.

*

Magallanes presiona a San Martín para que mida la longitud. Le urge saber si todavía está en la demarcación castellana. El cosmógrafo observa la posición de los planetas conocidos por él: Saturno, Júpiter, Marte, Mercurio y Venus y compara sus mediciones con las tablas que le pasó Faleiro. Llega al grado 189 al oeste de la Línea de Demarcación. Magallanes no le quiere creer. Eso significaría que están en tierras portuguesas. No, imposible, piensa. Estas islas corresponden a Castilla, lo mismo que las Molucas.

Al día siguiente manda a un grupo de hombres sanos a explorar el interior de la isla. Lo forman Cristóbal Ravelo, su esclavo Enrique, Francisco Mezquita, Francisco Albo, Pigafetta y Hans Berger. Al resto de la tripulación le da libertad para pescar, recolectar frutas y cazar a su antojo. Él se dedica a

admirar el lugar al que ha llegado. Se le ve pasear contento por la playa arrastrando su pierna izquierda. ¿*Para qué hizo Dios este paraíso, si no se lo asignó a nadie*?, se pregunta. El mar se ve quieto como un espejo. El aire es limpio y transparente. Mira a su alrededor. Está rodeado de una multitud de islas. Se sienta en la arena y escribe en su diario:

Este paraíso no puede haber sido hecho solo para gentiles, ni para las fieras que habrá en su interior, ni para las aves que anidarán aquí en sus viajes…

El grupo que ha mandado a reconocer el interior regresa antes de que se ponga el sol con dos toneles llenos de agua, muchos higos largos y otras frutas. Bustamante informa con entusiasmo que hay mucha madera buena en el bosque. Elucubra que allí podría encontrarse escondida la Fuente de la Juventud que los conquistadores buscaban en la Florida. San Martín propone bautizarla isla Encantada. El capitán prefiere llamarla Aguada de los Buenos Indicios. Como es el quinto domingo de cuaresma, día de la resurrección de San Lázaro, da ese nombre a todo el archipiélago. Pide a Pigafetta que dibuje un mapa de las islas[28].

*

Lejos del aire fétido e insalubre de las naos y con ayuda del agua fresca y de las frutas tropicales, los marinos se recuperan rápidamente en el recién reencontrado paraíso. Pero no todos. La ruleta de la muerte no se detiene. El contraste entre el estado final de algunos y la luminosidad de la atmósfera que los rodea despierta las miradas compasivas de sus compañeros. Los sanos se alejan de los desahusiados. El piloto de la nao Concepción, Juan Rodríguez de Mafra, sabe que ha llegado al paraíso a morirse. Antes esperaba ver tierra, ahora espera el consuelo de la muerte. Sus músculos están rígidos. Le duele cada movimiento. Ya no le quedan dientes para morder la carne de cerdo que le dan. Ve su destino aciago reflejado en el gesto de Pigafetta cuando le sirve agua y trozos pequeños de carne. Porque aun en la peor agonía su cuerpo sigue pidiendo alimento. Con cada bocado que logra tragar sus ojos vuelven a brillar por instantes.

Tres días después del desembarco fallece y es enterrado junto a De Coca. Esta vez el mismo Magallanes se encarga de las exequias. Con voz crispada

por la pena informa que Rodríguez de Mafra fue un piloto notable de la Casa de Contratación y como tal pasó gran parte de sus 51 años de vida navegando. En su juventud acompañó a Cristóbal Colón a las Antillas. Participó en el descubrimiento de las tierras que los portugueses llamaban Brasil y estuvo en Cuba y el Darién. Fue uno de los primeros que intuyó que Cuba era una isla…

Después de tapar el cuerpo con la arena blanca, Albo y sus amigos griegos vuelven a cantar el *Kyrie eleison*.

Más tarde el capitán pasea con Valderrama por la playa confesándose. Muchos observan el momento exacto en que el párroco lo absuelve de sus pecados en la orilla con un sol poniente a sus espaldas.

*

La soledad de los europeos en la Aguada de los Buenos Indicios dura poco. Una semana después de su desembarco ven acercarse cinco barcas. Los hombres se alistan para luchar, pero los nativos hacen señas de que vienen en modo pacífico. No obstante, el capitán pide a sus mosqueteros que estén preparados.

Los cuerpos desnudos de los nativos están engrasados con una substancia que despide un olor agradable. Algunos tienen tatuajes y llevan brazaletes de oro. Todos portan un machete. El que parece ser principal tiene los dientes rojos. Magallanes lo saluda ofreciéndole su mano, gesto que el nativo no entiende. Piensa que el europeo le está pidiendo algo. Sonríe y le da una nuez de regalo. Le indica que es para masticarla[29]. Magallanes finge complacencia, pero no la introduce en su boca. Manda a tres hombres a buscar mercancías de rescate a las naos.

Pigafetta trata de comunicarse con uno de los nativos y entiende que la isla se llama Homonon. A sus embarcaciones les dicen balangay. Lo anota en su crónica antes de que se le olvide. Estudia con interés los frutos que los nativos bajan de sus barcas y abren con ayuda de piedras en medio de gran entusiasmo. Son los mismos frutos que han visto y desechado en la isla de los Ladrones. Los nativos han bajado un saco lleno de ellos. Pigafetta es el primero en probar el líquido que contienen. Se regocija. Comenta que es delicioso. Todos quieren probarlo. Los cocos vuelan por el aire. Y los nativos bajan más de sus *balangay*. Siguiendo sus instrucciones, acompañan con su

pulpa el pescado seco y ahumado que también les ofrecen. Todo es consumido de inmediato y es una nueva inyección de energía para la tripulación. A cambio les dan espejos, cascabeles y cuchillos, que los nativos reciben con curiosidad.

El cacique da a entender a Magallanes que quiere seguir comerciando con él. Le pide que lo espere. Promete regresar dentro de dos días con más alimentos. Los nativos se despiden dando saltos en la arena. Pigafetta también salta recordando un dicho veneciano:

—*Dove fai ciò che vedi*[30].

*

Duarte Barbosa sugiere que la grasa que obtienen al cocer la pulpa del coco con su agua puede servir para calafatear las naos. Pigafetta se suma a un grupo de marinos que se aboca a cosecharlos. Está encantado con ese fruto. Anota en su diario:

Una familia de diez personas puede vivir con el fruto de dos cocoteros cien años.

Mientras esperan a los nativos cambian las tablas podridas por nuevas. Las naos también han sufrido la travesía del océano Pacífico y todavía queda mucho por delante. ¿Cuánto? Nadie lo sabe.

*

Los nativos regresan en cinco *balangay* llenos hasta el tope de cocos, naranjas y un tonel de madera rebosante de vino de palma. Son unos veinte hombres y tres mujeres. También ellas van desnudas, a no ser una corteza de árbol flexible con que cubren sus partes íntimas. Esta vez el vocero es un hombre mayor con grandes pendientes de oro que alargan sus orejas casi hasta los hombros. Magallanes hace una señal a Hans Berger que él entiende de inmediato. Pocos minutos después trona un gran cañonazo. Los nativos saltan, corren y miran en todas direcciones. No así las tres mujeres. Ellas se mantienen firmes. El capitán explica con gestos al hombre de los aros que el

ruido proviene del barco y es un saludo especial para él. Él indica a las mujeres.

—También es un saludo para ellas —se corrige Magallanes.

El ambiente se relaja cuando los nativos les dan a probar vino de palma en cáscaras de coco. Los europeos vacían el tonel en pocas horas. Se emborrachan, bailan, se revuelcan en la arena. Algunos se quedan dormidos con una sonrisa dibujada en el rostro.

Pigafetta se sienta junto a dos nativos alrededor de una fogata. La curiosdidad de ellos es inmensa. El cronista nota que nunca antes han visto gente de una etnia diferente a la propia. Es la primera vez que llega un barco europeo a esa isla. Estudia sus armas. Son como arpones muy finos hechos de palo y espinas de pescado. Piensa que con ellas jamás podrán matar a un ser humano. Aunque la flecha que mató al lombardero Bristol lo desmiente.

Al día siguiente se preparan para continuar el viaje. Magallanes conversa largamente con Duarte Barbosa y luego comunica a sus hombres los cambios en la armada: Cristóbal Ravelo es ascendido a capitán de la nao Victoria. Duarte Barbosa, que tenía ese cargo desde que salieron de San Julián, queda como piloto de la Victoria y asesor de Ravelo. Luego ordena a todos confesarse.

Mientras los hombres hacen fila junto a la ramada de Valderrama, un marinero llamado Gonzalo Vigo habla con el capitán. Le pide permiso para quedarse en la isla. Sus argumentos son convincentes:

—No será la última vez que su majestad don Carlos mande una expedición a las Molucas. La próxima vez que su merced pase por aquí, tendrá en mí a su traductor.

*

Diez días después de su arribo al paraíso continúan su viaje rumbo al oeste. Los acompañan una luna llena y vientos propicios. Magallanes se encierra en su camarote satisfecho por haber dado a su hijo el puesto que le tenía reservado. Su cuaderno personal está abierto sobre su mesa. Reflexiona… *¿Qué busco? ¿Descubrir nuevas tierras como Colón? ¿Hacerme rico comerciando especias? ¿Volver a ver a Serrão? ¿Vengarme de la ingrata*

Corona de Portugal? ¿Dar a mi hijo lo que le corresponde, ya que no fui capaz de reconocerlo?

Apenas han avanzado pocas leguas cuando Pigafetta cae al agua. Nadie lo ve. Se salva sujetándose de una cuerda y grita pidiendo ayuda. Punzorol manda a dos pajes con el esquife a recogerlo. Faltó poco para que se ahogara. Ginés de Mafra grita:

—¡Casi se nos ahoga el cronista!

Magallanes sale de su cuarto asustado. Lo llama a su camarote, le pasa unas calzas suyas y lo reprime mientras el italiano se quita la ropa mojada.

—¡Usted tiene la obligación de cuidarse!

El italiano tirita de frío y de miedo.

—Si se muere, lo mando a ahorcar, ¿entendió?

Él asiente. Se persigna. Mira su anillo y lo besa.

*

Navegan por un mar color turquesa entre islas de arena blanca con vegetación abundante. Entre los árboles sobresalen las palmeras y los helechos gigantes. Por la noche echan anclas para no encallar en los muchos bajíos. Cuando es poco profunda, el agua es casi transparente y en su fondo se ven arrecifes con puntas que podrían dañar las naos. Son hermosos pero peligrosos, hogar de peces de muchos colores. A Magallanes no le cabe duda de que ha descubierto un archipiélago del cual no se tiene noticia en España. Vuelve a leer las capitulaciones. Aunque leerlas no es necesario, porque se las sabe de memoria…

Es nuestra voluntad y queremos en todas las islas que vosotros descubrieres haceros merced de todo el provecho e intereses de la veintena parte de las ganancias con el título de adelantado y gobernador…

El documento le permite declarar propias dos de las ocho primeras islas que descubra. La idea lo hace suspirar. Su corazón se acelera. El rey se obligó a abstenerse de enviar otra expedición a las Molucas por un período de diez años. O sea que no tiene por qué preocuparse. Esas islas serán suyas. Juega con su barba. Vuelve a suspirar. Anota esos pensamientos mientras bajo la

cubierta Hans Berger lee el libro *Fortunatus* a Pigafetta para tranquilizarlo y darle ánimo. El italiano aún no se repone del susto. Berger le cuenta:

—Un joven chipriota perdido se encuentra de pronto en el claro de un bosque en Turingia con la vírgen de la buena suerte. La vírgen le da a escoger entre seis virtudes: sabiduría, riqueza, fuerza, salud, hermosura y una vida larga.

—Una vida larga —responde sin pensar Pigafetta.

—¿Quiere saber por cuál virtud se decide el joven?

Pigafetta juega con su anillo.

—¿La riqueza?

—Así es. ¿Qué opina?

Pigafetta se alza de hombros.

*

El 28 de marzo de 1521, Jueves Santo, ven humo en una isla lejana y se dirigen hacia allá. En el trayecto aparecen más islas a babor y a estribor, pero ellos navegan hacia el humo. Magallanes expresa que podrían estar llegando a las Molucas. El humo podría provenir de un volcán que hay en una de las islas del archipiélago. Pero no hay tal volcán. El humo emana de una quema de árboles. Punzorol dirige la Trinidad hacia una playa vasta y blanca. Los lombarderos alemanes disparan sin piedra a modo de saludo mientras los marinos baten banderas en son de paz. Tres embarcaciones salen a recibirlos. En cada una van cuatro o cinco hombres semidesnudos de pelo negro liso y largo, como en las otras islas del archipiélago. Magallanes los invita con gestos a abordar su nao, pero ellos declinan cuidadosos. Un nativo lo invita a su embarcación. Magallanes manda a Enrique.

—Decidles que venimos en son de paz y necesitamos víveres —le pide.

El esclavo baja y después de un rato grita con entusiasmo:

—¡Comprendo lo que dicen, capitán, comprendo!

Enrique se siente como regresando a casa. Tenía diez años cuando Magallanes lo compró en Malaca. De eso hace ya nueve años. Lo entienden, pero no hablan como él. Esa no es su patria. Pero ella no debe estar lejos.

Pigafetta quiere saber cómo se llaman las embarcaciones.

—Boloto —informa Enrique después de preguntar a su interlocutor.

—¿Y la isla?

—Limasawa —informa el traductor.

Magallanes muestra al nativo una bolsa de clavo de olor y le pregunta con gestos si tienen algo así en su isla.

—*Gomode* —comenta el hombre.

Indica hacia el oeste y hace un gesto fácil de entender que quiere decir *mucho*.

Los nativos invitan a Enrique a su isla. Magallanes no sabe si confiar o no, pero el malayo lo convence y parte con ellos, mientras el capitán se encierra en su camarote a estudiar sus mapas para tratar de adivinar el lugar en que se encuentran. Valderrama lo interrumpe. Le informa que ha muerto un marino portugués.

Lo llevan en el esquife a aguas más profundas y lo lanzan al mar mientras el capitán reza en el idioma del muerto.

*

Enrique regresa al día siguiente acompañado del rey de Limasawa y un séquito de ocho hombres. El rey se llama Colambu. Es un hombre apuesto con el torso tatuado y el pelo negro azabache que hace resaltar sus pendientes de oro. Una tela de algodón le cubre de la cintura a las rodillas. De su cinturón cuelga una daga cuya empuñadura es también de oro. Tiene tres puntos dorados en cada diente que resaltan cuando sonríe. Les lleva varios tazones grandes de porcelana llenos de arroz, una cesta con jengibre y un lingote de oro. Magallanes acepta todo, menos el oro. Los hombres de la armada no entienden. Punzorol quiere saber la razón de esa extraña negativa.

—Después se lo explico —dice el capitán.

Pigafetta toma uno de los tazones y lo investiga para cerciorarse que es el mismo material tan apreciado en Venecia. Todo parece decir que son gente acostumbrada a comerciar. Donde hay porcelana, han llegado alguna vez comerciantes chinos.

Magallanes invita al rey y a sus acompañantes a abordar su nao. Ordena al despensero traer botas de vino y a dos marinos subir de la bodega una túnica de tela amarilla a la turca y un gorro rojo para el rey y espejos para sus ocho acompañantes. Los hombres reciben todo con sendas reverencias. A continuación el capitán los invita a subir al castillo de popa. Pero antes pide a su hijo Cristóbal que se vista con su armadura de lujo y se presente así ante sus huéspedes. Abre para ellos uno de los baúles de armas y disfruta viendo a Colambu asombrarse con las ballestas, mosquetes, fusiles y escopetas. Colambo pide tomar en su mano una escopeta, pero Magallanes deniega el permiso y cierra el baúl. Lo lleva a la sala de mapas y le muestra las lanzas apiladas en la pared. Compró mil de ellas, pero algunas se hundieron con la nao Santiago y otras van de regreso a Sevilla en la San Antonio. Le explica que lleva cuatro por cada miembro de la tripulación. Colambu toma una lanza y estudia su punta de acero. En ese momento irrumpe en la sala un hombre envuelto en metal de la cintura a la cabeza. Los nativos se impresionan. No han visto nunca algo así. Necesitan tiempo para reaccionar… Colambu sonríe primero y luego adopta una actitud sumisa. Magallanes pide a Pigafetta que dé sablazos a la coraza de su hijo para que sus huéspedes vean la resistencia del metal. El rey comenta:

—Un hombre así puede combatir contra cien de nosotros.

Enrique traduce. Magallanes asiente y explica que tiene en cada barco cincuenta hombres armados de esa manera. Luego hace un gesto a Hans Berger… El estruendo que se escucha minutos después es tal, que Colambu da un salto hacia atrás. Enrique explica que es solo un saludo, digno de tan importante visita.

Magallanes siente que ha logrado el efecto esperado. Para bajar la ansiedad de sus huéspedes les muestra sus mapas e instrumentos de navegación. Con mucha paciencia les explica el derrotero que han seguido desde España hasta Limasawa. Colambu no sale de su asombro. En un momento se pone serio y pide a Magallanes un vaso. Con la daga que pende de su cinturón hace un tajo en su pecho y vierte gotas de su sangre en él. Enseguida pasa la daga a Magallanes y él abre su camisa y hace lo mismo. Los fluidos rojos son mezclados con vino de palma que ambos jefes beben por partes iguales. Los oficiales de la Trinidad aplauden y lo mismo hacen los acompañantes de Colambu. Magallanes y Colambu son ahora *casicasi*, vale decir, hermanos de sangre.

Para Colambu ha llegado el momento de retirarse. Pide que lo acompañen dos europeos a su isla. Magallanes manda a Pigafetta y nuevamente a Enrique para que le sirva de traductor. En el boloto Pigafetta quiere saber por qué todos mascan la nuez que les deja la boca y los dientes rojos. El rey asegura que es su fuente de energía. Si no lo mascara, enfermaría y moriría. Le ofrece probarlo, pero el italiano declina con amabilidad.

*

El italiano se siente viviendo lo que soñó vivir cuando pidió permiso al rey de Castilla para embarcarse en la Armada del Moluco. Al llegar a su isla, Colambu y sus acompañantes levantan las manos al cielo. Luego miran a los recién llegados, ellos hacen lo mismo…

—*Dove fai ciò che vedi*.

Nativos hombres y mujeres salen de sus chozas a recibirlos. Con su ropa sucia y rota, el italiano se siente como una *rara avis*. Llegan a una casa de madera con techo de hojas de palma apostada sobre palos a la que suben por escaleras. Allí los espera una cena a base de cerdo asado, verduras y arroz. Hay muchas jarras llenas de vino de palma. Las mujeres de la casa visten una falda de corteza de árbol y tienen el torso desnudo. Llevan su pelo negro largo y suelto. Una de ellas le sirve un pernil. Pigafetta no sabe qué hacer; es Viernes Santo. Un buen cristiano no debe comer carne ese día. Pero… ¿cómo explicarlo? Colambu lo mira y lo apunta con el puño cerrado. Pigafetta piensa que le va a pegar, pero ve que otros comensales hacen lo mismo con su vecino. Otra vez copia lo que ve y luego come con buen apetito.

Después de cenar se escabulle. Camina sonriente por un poblado cuyo nombre desconoce. Pide con un gesto a una joven que lo acompañe en su paseo. Ella duda. Él insiste. Saca un espejo que lleva en el bolso de cuero que cuelga de su cinturón y se lo ofrece. Ella lo acepta con curiosidad. El extranjero con el pelo risado, el rostro sonriente y un cuaderno bajo el brazo se ve sucio, pero no peligroso. Los andrajos le dan un aspecto inofensivo. Al poco andar pregunta a la mujer el nombre de un árbol grueso. La nativa responde entre risas. Se asombra cuando el extranjero se apoya en el mismo árbol a escribir en su cuaderno. Todo en él es misterioso, también el tintero de vidrio que cuelga de su cinturón. Pigafetta trata de tomarle la mano y ella la

suelta. Continúa flaneando por el sendero del pueblo. El cronista hace una pausa en cada árbol y lo dibuja. Ella le dice el nombre. Antes de volver a la casa de Colambu le lee los nombres que ha anotado y disfruta del asombro de su guía.

La cena está servida. Esta vez a base de pescado. ¡Qué alivio! El tacto y los buenos modales no lo obligarán a seguir pecando. Enrique está completamente borracho. Canta canciones que solo él conoce y se ríe solo. Pigafetta nunca lo había visto tan feliz. Esta vez los acompaña el hijo mayor del rey. Es muy parecido a su padre y viste de la misma manera con un velo de seda en la cabeza. Asegura a Pigafetta que en Limasawa hay unas pepas de oro del tamaño de una nuez. Eso es lo que él entiende. Enrique está demasiado borracho para traducir.

Esa noche se queda a dormir en la morada de Colambu y al día siguiente, cuando Cristóbal Ravelo llega en el esquife a buscarlos, se despide del rey y su hijo con un beso en la mano, copiando lo que hace Enrique.

*

Albo le informa que en su ausencia ha habido una discusión. Los marinos están decepcionados, porque el capitán les ha prohibido cambiar sus mercancías por oro. Ha puesto pena de muerte a quien lo haga. Nadie lo entiende, nadie sabe por qué. Él tampoco da explicaciones.

—Sus razones tendrá —dice Pigafetta.

No muestra más interés en el asunto. Cambiar baratijas europeas por oro no es lo suyo. Se sienta en la cubierta a describir sus vivencias en Limasawa para no olvidar nada. Hay algunas cosas que no le quedaron claras: si los nativos creen o no en Dios. No vio ninguna imagen, ni ídolos en la casa del rey. *Pero deben creer en algo*, elucubra… *¿A quién agradecen, sino los regalos que les da la vida? ¿A quién le piden misericordia cuando la naturaleza les muestra su rostro despiadado?* Como no lo sabe y para no dejar de dar esa información, afirma en su crónica que no creen en nada.

*

No es fácil para Enrique explicar a Colambu lo que quiere hacer su amo. Un rito religioso. Una adoración a Dios. La conmemoración de la resurrección de un muerto después de tres días. Por supuesto que todos los habitantes de Limasawa están cordialmente invitados. La curiosidad es uno de los motivos del rey para no oponerse a la petición de Magallanes.

La mañana del domingo 31 de marzo, día de Pascua de Resurrección, Valderrama y diez marinos bajan portando una cruz a preparar el altar y todo lo necesario para el culto. Al mediodía los siguen cincuenta marinos vestidos con el peto de su armadura. Todos portan espadas. En la playa los espera Colambu junto a sus hombres de confianza. Caminan hasta la tienda de palos y techo de hojas de palma en que Valderrama ha mandado a poner el altar. Más allá hay una mesa que contiene las viandas que los anfitriones ofrecen al dios de sus visitas. Antes de comenzar la misa, el capitán rocía a su anfitrión con agua almizclada. Luego Valderrama, vestido con una túnica sorprendentemente blanca, comienza el oficio religioso dando las gracias a los isleños por su hospitalidad. Aunque ellos no lo entienden, sus palabras caen bien. El párroco es un hombre humilde y la humildad es un lenguaje universal que se expresa en miradas y gestos. En el sermón trata de dar ánimo a los marinos:

Atrevámosnos a hacer el viaje por el mar de la vida, no en la balsa de las pasiones y de las malas costumbres, sino en el barco cuidadosamente fabricado de los ejercicios y la tranquilidad del alma. Después del viaje y las pruebas del destino, regresaremos a un lugar tranquilo para dedicarnos a la contemplación…

Los nativos imitan todos los movimientos de los europeos. Las manos levantadas hacia el cielo es un signo fácil de entender. Colambu y los suyos también las levantan y pronuncian la palabra *Abba,* que es el nombre de su dios. Cuando Valderrama junta las manos en señal de humildad, ellos también las juntan. Pero se pierden al tratar de hacer el signo de la cruz en el aire, en la frente y en el pecho. Cuando llega el momento de la comunión, Colambu y sus hombres también quieren recibir la hostia y Valderrama no se las niega por temor a ser mal interpretado. Los nativos se miran asombrados al sentir la masa insípida en su boca. Apenas pueden disimular su decepción.

Terminada la misa Magallanes manda a buscar la cruz y se arrodilla frente a ella. Está adornada con clavos que evocan los de Cristo. Sus hombres y Colambu lo imitan. Luego explica a Colambu con ayuda de Enrique que esa cruz es el estandarte que le ha confiado su rey para plantarla en los lugares a

los que llegase y le pide permiso para dejarla en el cerro más alto de Limasawa. Le asegura que será una señal para todos los viajeros que pasen cerca de su isla. La verán desde lejos y sabrán que ha recibido a los cristianos como amigos. Ningún barco los atacará. El rey le concede el permiso.

Se forma una procesión de más de cien hombres entre europeos y nativos para subir la cruz al lugar más visible de Limasawa. Antes de plantarla, Valderrama la bendice diciendo…

La vida entera solo tiene sentido si está animada por la fe.

Después de taparla los mosqueteros hacen una línea de batalla y disparan al aire. Magallanes y Colambu se abrazan. En el camino de descenso a la playa pasan por campos de jengibre y de arroz.

*

Para agradecer tanta hospitalidad y distraer a su gente, Magallanes organiza un torneo de esgrima frente al mar en el que Duarte Barbosa y Cristóbal Ravelo se lucen. Sobre todo Barbosa, que maneja la espada como ninguno. Colambu no sale de su admiración. Todo le parece tan novedoso, tan solemne y el capitán general tan entregado. Parece un hombre feliz. Esa tarde Magallanes anuncia a Colambu que al día siguiente continuará su viaje en busca de las Molucas y que necesita víveres para una semana. El rey no solo le pasa todo lo que tiene en sus bodegas, también se ofrece acompañarlos hasta la isla de Cebú, donde reina un primo suyo llamado Humabón. Le asegura que esa isla es un importante punto comercial donde suele ir gente de la China a buscar jengibre, pimienta y otras especias, además de esclavos. Allí encontrará todo lo que necesite. Magallanes no quiere dejar pasar la oportunidad de conocer también esa isla.

Punzorol, Albo, San Martín, Ginés de Mafra y otros oficiales no están de acuerdo con esa demora. *¿Por qué ir a Cebú y no directamente a las Molucas*?, se preguntan. Punzorol, que no es hombre de intrigas, expresa su malestar directamente. Va al camarote del capitán a conversar sobre su plan de viaje y lo encuentra dibujando un mapa. Magallanes le pide que se acerque. Sube el globo terráqueo a su mesa…

—Estamos más o menos aquí —indica, posando su dedo índice sucio en un espacio vacío en medio de ninguna parte.

Luego le muestra un mapa hecho por él en que ha trazado los contornos de las islas que han visto o visitado.

—Estas islas son tan valiosas como las Molucas y en ellas Portugal no ha reclamado derecho alguno porque ningún monarca europeo sabe de su existencia. ¿Me entiende?

Punzorol asiente…

—Pero a los marinos las peleas entre Portugal y Castilla les importan menos que su quintalada. La tripulación está ansiosa por llegar a la Especiería. Dentro de cuatro meses se cumplirán dos años desde que partimos de Sevilla.

Magallanes mueve la cabeza señalizando que lo sabe.

—Tendrán que tener paciencia. Quiero preparar un informe exhaustivo sobre este archipiélago para Su Majestad. A los marinos no les importa que estemos disipando mil ideas erróneas sobre la geografía, pero a nosotros dos sí. ¿Verdad?

Punzorol asiente y lo deja solo. Poco después Magallanes baja a la cubierta a anunciar que partirán a Cebú ese mismo día y Colambu les servirá de piloto.

*

La belleza de las islas por las que pasan conmueve a Magallanes por el sencillo hecho de que piensa reclamarlas para sí. Respira profundo. Hincha sus pulmones. Una ráfaga de viento le trae la imagen del rostro de Beatriz. El elixir de la vida podría estar en alguna de esas islas. Quizás en la isla a la que se dirigen. Se queda toda la tarde en la cubierta.

El 7 de abril de 1521 arriban a Cebú cerca del pueblo mayor llamado Singapala. La playa se llena de hombres y mujeres semidesnudos, con el paño de siempre amarrado a la cintura. Los tres colosos flotantes disparan salvas de artillería y hacen señas de que vienen en son de paz. Del esquife descienden Colambu, Enrique, Pigafetta, Andrés de San Martín, Cristóbal Ravelo y uno de los escribanos, el vasco León de Ezpeleta. Magallanes se queda a bordo. Guiados por Colambu van directo a la casa del rajá Humabón. Las casas de madera son como las de Limasawa, apostadas sobre palos. Bajo ellas están los

corrales de animales: cerdos, cabras y gallinas. La de Humabón es la más grande.

El rajá es un hombre gordo. Se ve que es de baja estatura, aunque está sentado sobre una estera con las piernas cruzadas y en ningún momento se pone de pie. Tiene el torso desnudo y tatuado con figuras que semejan llamas de fuego. Viste unos paños amarrados a la cintura con una faja, una suerte de pantalón de tela liviana color verde claro. Un collar, pendientes de oro y priedras preciosas muestran su posición social. Frente a él hay un plato dorado con huevos de tortuga y cuatro vasos llenos de vino de palma cubiertos con hierbas odoríferas. En cada uno hay un tubo de caña para que el rajá beba. Lo acompaña un hombre vestido a la usanza árabe con pantalones de seda amplios y una camisa con mangas anchas. Colambu hace una reverencia a su primo y le presenta a los huéspedes. Los europeos y Humabón se estudian fríamente. Nadie dice nada durante un largo rato hasta que León de Ezpeleta rompe el silencio. Pide a Enrique que explique que han llegado desde muy lejos, que van a las islas Molucas y que necesitan víveres. Humabón advierte con cierta displicencia que todos los barcos que pasan por su isla deben pagar tributo para obtener derecho a comerciar. Informa que acaba de partir un junco proveniente de Siam que ha pagado el tributo exigido. El moro que lo acompaña refuerza sus dichos con movimientos de cabeza. El escribano Ezpeleta replica que su rey es el más poderoso de la tierra y jamás aceptaría pagar tributo para comerciar con otro rey. Los europeos esperan una respuesta. El rajá consulta con su primo. Colambu intercede por los europeos. Ezpeleta advierte a Humabón que, si no quiere comerciar con ellos, su capitán general Hernando de Magallanes lo verá como una ofensa y le declarará la guerra. Humabón hace sonar sus palmas.

Entran cuatro mujeres con el torso desnudo y una tela de algodón turquesa semitransparente que les cubre de la cintura a los tobillos. Todas visten igual. Cada una porta un instrumento musical. Una lleva un tambor, dos llevan un platillo de metal amarrado a cada mano y otra una especie de violín con una sola cuerda de cobre. Los europeos toman asiento, menos Pigafetta, que pronto se pone a bailar con una de ellas al ritmo de los platillos que la joven hace sonar con maestría y entusiasmo. La música no disminuye la tensión ambiental. Ni Humabón ni el escribano sonríen en ningún momento. Cuando la música se acaba, Humabón promete considerar la propuesta y da por terminada la reunión.

*

Magallanes se encierra en su camarote después de tratar de dar ánimo a dos marinos enfermos que Bustamante ha desahuciado. Uno de ellos es Juan de Aroche, que fue un tiempo alguacil de la nao Santiago. Con una mezcla entre desasociego y esperanza estudia las capitulaciones y planea estrategias. Cebú podría ser una de las islas que elegiría para sí. No piensa continuar el viaje hasta dejar amarrado el asunto. Ganarse a Humabón y tomar posesión del archipiélago de San Lázaro en nombre del rey Carlos I y la Corona española tiene prioridad. Baja a la cubierta a hablar con el capellán y le pide que lo confiese.

*

Después de dos días de consideraciones, Humabón envía a un mensajero con sangre de su brazo derecho en un vaso. El mensajero pide llevar sangre del brazo derecho de Magallanes al rey para poder sellar una amistad sólida y eterna. Informa que en Cebú han comenzado a reunir jengibre y arroz para comerciar con ellos. Magallanes cumple de inmediato con el requisito. Le manda un vaso de vidrio veneciano con gotas de su sangre. Luego pide a su hijo que repita la escena de Limasawa y se vista con la armadura de lujo para agasajo del mensajero. Sabe que el efecto intimidador no fallará.

*

Al día siguiente el capitán de la Armada del Moluco realiza su entrada triunfal en el pueblo de Singapala acompañado de Pigafetta, Albo, Punzorol y Duarte Barbosa. A Pigafetta le llama la atención una perforación que los hombres adultos tienen en el pene. Una pieza de oro atraviesa horizontalmente todo el glande y a cada lado se asoma un adorno. Se estremece y le dan ganas de tocarse el miembro cada vez que lo ve. Siente como si le doliera.

Llevan regalos a Humabón, que él retribuye con una invitación a comer huevos de tortuga y beber vino de palma. Magallanes se queda en la casa del

rajá el tiempo suficiente para transmitirle una invitación a su barco por medio del traductor Enrique. Luego regresa a la Trinidad mientras el rajá lleva a sus compañeros a una cabaña frente al mar.

La vista desde allí es magnífica. Llegan poco antes de que se ponga el sol. Cuatro mujeres jóvenes y atractivas tocan para ellos gongs y timbales para acompañar el fenómeno natural. Todo parece coordinado. Cuando el sol desaparece en el horizonte, Pigafetta pregunta a una de ellas por medio de gestos qué función tiene el adorno del pene de los hombres cebuanos.

—*Palang* —dice ella y se sonríe dando a entender que le gusta.

Pigafetta comenta a Albo al oído:

—Ya verá cómo nos prefieren a nosotros.

*

La Trinidad recibe la visita del príncipe heredero, el hijo de Humabón, acompañado de diez notables de Cebú. Llevan de regalo muchos cestos de arroz, varios cerdos, cabras y gallinas. Magallanes, Punzorol, Ezpeleta y Valderrama los reciben con honores. El príncipe se expresa en tono humilde. Se excusa por lo poco que, según él, ha llevado como presente. Magallanes los invita a todos a su camarote. Toma asiento en su sillón de terciopelo rojo y ofrece un sillón de terciopelo azul al príncipe. Los otros participantes en la reunión, entre ellos Pigafetta, se sientan en una alfombra que Enrique desenrolla.

El capitán adopta un tono paternal. Explica que ha llegado como mensajero del rey Carlos I de Castilla, el rey más importante de la cristiandad, con la buena nueva de la fe salvadora. Se explaya sobre el hijo de Dios que se hizo carne para salvar a la humanidad y enseñó la doctrina del amor y la compasión.

—Todo el poder del rey de Castilla deviene de la fe en ese Dios —explica —. Hemos llegado hasta aquí con su ayuda.

El príncipe de Cebú escucha las traducciones de Enrique mostrando asombro y complascencia. Quiere saber qué hay que hacer para adorar a ese dios tan milagroso. El capellán Valderrama responde que lo primero es recibir el sacramento del bautismo. Enrique explica al príncipe que el bautismo es

una ceremonia sencilla en el mar. Un acompañante del príncipe quiere saber si tendrán que entregar sus armas para ser bautizados y el capellán niega con la cabeza y acota:

—Eso sí, a la ceremonia deben asistir desarmados.

—Y con sus mejores prendas de vestir —agrega Enrique.

Valderrama advierte que las mujeres también deben ser bautizadas. De otra manera, tendrían que separarse de ellas.

El príncipe quiere saber si el dios cristiano tiene más poder que las fuerzas del mal. Magallanes y Valderrama se miran para ver quién le responde. Valderrama asiente.

—Con la venida de Jesús han sido superados todos los demonios que acosaban a la humanidad.

Los cebuanos discuten un minuto y comunican que aceptan ser bautizados. Magallanes se persigna, junta las manos y cierra los ojos en un momento de contricción para agradecer lo que considera un primer paso.

Luego comen juntos una cena a base de carne de gallina, arroz y verduras que han preparado los grumetes. Durante la cena el príncipe hace muchas preguntas al capitán sobre su vida y sobre Castilla. El capitán responde a todo con paciencia. A Enrique se le hace difícil traducir que el anfitrión es Caballero de la Orden de Santiago. Utiliza muchas frases y gesticula para explicarlo. La visita dura seis horas y deja a todos muy contentos.

*

Por la noche muere Juan de Aroche. Cristóbal Ravelo y Enrique son enviados a pedir permiso para enterrarlo en Singapala. Humabón se lo concede. La cruz que hacen los grumetes esta vez es tres veces más grande que la de Limasawa y a petición de Magallanes es plantada en medio del pueblo. El entierro tiene lugar dos días después, el 9 de abril. A él asisten muchos cebuanos curiosos. Humabón oberva la ceremonia desde la ventana de su casa.

*

El resto del mes de abril de 1521 Magallanes se convierte en un propagador de la fe católica en Cebú, su isla personal, que piensa reclamar como suya en cuanto regrese a España. Esa semana baja todos los días a tierra con su capellán a hacer catequesis. Los cebuanos tienen en sus casas unas figuras de madera con los brazos abiertos y el rostro grande con cuatro dientes muy gruesos que adoran como a un dios. Valderrama los llama *ídolos*. Explica a los dueños de casa que esos ídolos son el orígen de todo mal y que después del bautismo deberán deshacerse de ellos. Magallanes se muestra más condescendiente. Promete no causar ningún daño a quienes quieran seguir adorando sus deidades paganas, pero deja claro que los cristianos recibirán un trato preferente en el comercio y en todo.

Valderrama cuenta a los nativos la historia de un niño concebido sin pecado que vino al mundo a salvar a la humanidad y a traer un mensaje de amor y paz. La otra parte del mensaje, la doctrina que afirma que el hombre es culpable por el solo hecho de haber nacido, esa no la comunica por temor a que no la comprendran. Sí les habla de la necesidad de aspirar a la libertad, la cual no puede ser obtenida sino a costa de sacrificios y a la renuncia de las pasiones. Que ellos mismos no renuncian a sus pasiones, eso muchas cebuanas lo están experimentando en carne propia.

El párroco avanza rápido con su catequesis. Los nativos aprenden a ritmo acelerado el Padrenuestro, el Avemaría y algunos de los Mandamientos. Magallanes lo interpreta como una buena disposición de la Providencia. Por la noche en su camarote, a la luz de una vela, anota en su diario personal cosas como:

La guerra fría que según don Juan Manuel era el estado natural entre gentiles y cristianos, aquí no se da[31].

*

El repentino fervor religioso de su capitán desconcierta a los hombres de la armada. En las capitulaciones no dice nada sobre conversión de gentiles. El objetivo de la expedición no es convertir infieles para salvarlos del infierno. Si así fuera, hubieran embarcado a más clérigos. La expedición al Moluco jamás ha tenido por fin cristianizar, sino encontrar la ruta occidental a la Especiería y cargar tanto clavo de olor como sea posible. Magallanes es un

almirante, no un misionero. Todos piensan lo mismo, incluso Pigafetta, pero nadie se atreve a expresarlo. No solo por ley, también por su carácter, Magallanes tiene el poder absoluto sobre la armada.

*

Mientras Valderrama se ocupa de la conversión, grumetes y pajes, guiados por los carpinteros, construyen tiendas para exhibir las mercancías de rescate. Esperan recibir a cambio víveres para el resto del viaje y jengibre, del que hay mucho en Cebú. Magallanes insiste en prohibir que sus hombres acepten oro a cambio. Quien quiere saber la razón de esa drástica medida recibe la respuesta:

—Cuando sigamos nuestro viaje al Moluco no podremos comer oro.

Los escribanos León de Ezpeleta y Martín Méndez dejan constancia en sus cuadernos de todas las transacciones y controlan que el comercio sea ordenado. La Casa de Contratación es estricta y minuciosa. Es la razón porque Magallanes ha nombrado un escribano por cada nao.

Les llama la atención que los nativos pesen los espejos, naipes, cuchillos y tijeras en una balanza. Lo que más aprecian son los cuchillos. Ofrecen diez piezas de oro por diez libras de cuchillos. Un negocio alucinante. Méndez hace la vista gorda. Pero Ezpeleta no. Informa a Magallanes cuando ve que algunos marinos cambian incluso sus objetos personales por oro. El capitán llama a una reunión y los increpa, pero no sirve de mucho. La prohibición de adquirir oro es una de esas órdenes que se acatan, pero no se cumplen porque la ambición de los marinos es tan febril como el deseo de Magallanes de llegar un día a ser señor de Cebú.

*

Cada día de permanencia en Cebú Pigafetta vuelve a corroborar el lema que su padre mandó a tallar en la fachada de su casa: *No hay rosas sin espinas*.

Logra dilucidar el secreto del *palang* o pene perforado por un cable. La mayoría de los cables son de oro, pero los hay también de estaño. Las mujeres

con que intima le explican que el *palang* impide que el pene se salga de la vagina. Esta función la cumplen las pequeñas cabezas redondas que tienen en cada extremo. Algunas de estas cabezas tienen forma de estrellas. La actitud de los cebuanos hacia el sexo le parece extremadamente abierta y exótica. La virginidad es considerada una carga tan pesada que se paga a desvirgadores profesionales para que solucionen el *problema*. Una pareja permite que los observe mientras copulan. Pigafetta toma nota…

Cuando tienen relaciones sexuales, los hombres introducen en la vagina primero una espuela y luego la otra. Cuando están dentro de la mujer deben dejar su miembro hasta que se ablande, pues de otra manera no podrían sacarlo.

Los amantes que ha tomado como objeto de estudio quedan trabados en un abrazo de pasión que dura más de una hora. Pigafetta se aburre, sale a dar un paseo al pueblo, visita las tiendas de sus compañeros. Cuando vuelve algunas horas más tarde a continuar observando las técnicas de amor cebuanas, el abrazo del *palang* continúa.

Una de sus informantes le gusta especialmente. Se llama Den Den. Tiene los labios bien formados, los pómulos sobresalientes y los ojos en forma de almendras. Sus movimientos son suaves y elegantes. En Italia sería una belleza exótica. Da Vinci la hubiera retratado, piensa mientras la observa preparar una infusión de jengibre, a la que ella llama *luya*. En Den Den nada es afectado, a diferencia de las damas de Venecia. Instintivamente, siempre ha rechazado los artificios de la civilización. Ama lo natural. Le complace contemplar lo sublime en lo cotidiano.
Con su ayuda redacta un diccionario:

Hombre: baran.

Mujer: paranpoan.

Ombligo: pusut.

Oro: balaoain.

Jengibre: luya.

Pimienta: manisa.

Clavo de olor: chianque.

Canela: mana.

Se siente levemente enamorado, pero se prohibe ese sentimiento. Pronto partirá para no regresar nunca más. Ni pensar en hacer otra vez la travesía del

oceáno Pacífico.

*

Den Den lleva a Pigafetta a una ceremonia de bendición y purificación del cerdo que tiene lugar en un claro de bosque a la salida del pueblo de Singapala. Por el camino le explica que su tradición manda no comer carne de un cerdo que no haya sido purificado y que solo las mujeres maduras pueden efectuar el rito. El italiano en parte entiende y en parte adivina lo que ella le cuenta. Cuando llegan al lugar suenan gongs. Hay muchas mujeres de todas edades reunidas en torno a un cerdo con las patas amarradas puesto sobre una sábana de tela blanca. Las reinas de la ceremonia son tres mujeres mayores de sesenta años. Las llaman *Catalonan*. Visten túnicas de seda de color azul o turquesa. Mientras ellas se concentran y se preparan para purificar y sacrificar al animal, otras mujeres ofrecen bandejas con dulces de arroz y mijo cocido envueltos en hojas de plátano. Pigafetta come todo lo que le sirven sin timidez.

Las tres mujeres mayores soplan grandes trompetas de caña para avisar que la ceremonia va a empezar. Una de ellas amarra un pañuelo a su cabeza y danza alzando los brazos en un saludo al sol. Otra pronuncia palabras que Pigafetta, por supuesto, no entiende. Intuye que son *conjuros o invocaciones* a un dios o una diosa. La tercera mujer parece poseída por algún espíritu. Tiene una fuente en sus manos. La danza se acelera. Las tres bailan alrededor del cerdo derramando vino de palma sobre él. El animal chilla aterrado. En el punto culminante de la ceremonia una de ellas entierra una lanza certera en el corazón del animal que lo mata de inmediato. Otra humedece el extremo de su trompeta en la sangre que brota de la herida y va tocando y ensangrentando la frente de todos los asistentes, también la de Pigafetta.

Las tres mujeres son para él una versión insular de lo que los europeos llaman brujas. Siente escalofríos al pensar lo que la Inquisición haría con ellas. Las imagina encerradas en una mazmorra oscura y húmeda, maniatadas, alimentadas con mendrugos de pan y algo de agua. Recuerda la bula *Summis desiderantes* del papa Inocencio VIII, de la que se habló mucho en su casa cuando él era niño. El libro *Malleus Maleficarum*, publicado poco después de esa bula por dos inquisidores domínicos alemanes, estaba en la biblioteca de

su mentor Chierigati. Alguna vez lo hojeó y se estremeció al leer los métodos propuestos para obligar a las brujas a confesar sus pecados capitales.

Cada gesto y cada movimiento de las mujeres está respaldado por la tradición. Los movimientos de Den Den, en cambio, son espontáneos. La mira y se sonríe. Den Den no tiene miedo. Le da un claro sí a la vida. A la Inquisición tampoco le gustan las mujeres así. No se salvaría. Observando la ceremonia piensa que se trata de una locura más, de aquellas que se les ocurren a los seres humanos. No hay límites para la creatividad humana porque las mentes, igual que las olas del mar, nunca están quietas. Ser cronista de una expedición a tierras desconocidas es ser un descifrador de locuras. Tanto de las locuras ajenas, como de las propias. Mira su anillo con el insecto petrificado y piensa… *Uno no sale al mundo para conocerlo, sino para tomar distancia de las cosas que aprendió y aceptó como sobreentendidas*. Esa toma de consciencia lo hace suspirar. Mira otra vez a Den Den y se siente feliz y agradecido. Ella le hace un gesto para que vuelvan a su casa.

Por el camino de regreso, Pigafetta repite varias veces para sí: *No hay rosa sin espinas*.

Cuando comenta a Albo lo que ha visto en la ceremonia de purificación del cerdo, el griego le explica que esos ritos expresan el lenguaje de los siglos.

—Los ritos son algo así como tiempo comprimido.

—La mayoría eran mujeres —informa el cronista.

—No me extraña. Los hombres hacen las leyes y las mujeres las costumbres. ¿Lo sabía?

Pigafetta niega con la cabeza.

—No lo sabía.

*

Una noche sin nubes Andrés de San Martín da clases de astronomía a Ginés de Mafra. Le explica que el microcosmos es un reflejo del macrocosmos.

—En cada ser humano se encuentra la forma y estructura del universo.

Entre tanto Mafra también lleva un cuaderno para tomar nota de lo que le enseña su maestro.

—El hombre, llamado pequeño mundo, contiene en sí mismo todas las perfecciones del macrocosmos —explica San Martín.

Abre sus brazos y sus piernas.

—Mire: la longitud de mis brazos extendidos es igual a mi altura. ¿Se da cuenta?

Mafra asiente asombrado. Se pone de pie, abre sus brazos y sus piernas y se mira.

—Es el algoritmo secreto de la divina proporción —explica el astrólogo —. Es importante saberlo porque para conectarse con la armonía del universo hay que conocer sus secretos.

Mafra toma nota.

San Martín explica que no hay partícula del universo que no vibre, que no sea atraída o rechazada por otras partículas, que no goce y no sufra.

—Muchas estrellas viven en pareja, familia o naciones. Al igual que los hombres, ellas nacen, se desarrollan y mueren.

Mafra anota todo.

—Pero no aspiran a nada más que a ser estrellas, ah. En ello radica la quietud que irradian. Porque no solo irradian luz, también quietud. Por eso nos gusta tanto observarlas. ¿Verdad?

Mafra asiente. El astrónomo calla porque ha descubierto algo que lo intranquiliza: la constelación Capricornio ha entrado en la casa de Saturno. Lo interpreta como una pésima señal para el capitán, que ha nacido bajo el signo de Capricornio. Va de inmediato a su camarote. Lo encuentra escribiendo en su diario un informe sobre los avances del catecismo en Cebú. Se ve de buen humor.

—¿Alguna novedad? —pregunta Magallanes.

—La posición de las estrellas es en extremo adversa. Debe ser cauteloso.

Magallanes no entiende. Todo va tan bien. Decide ignorarlo y continuar escribiendo sus notas.

Mañana domingo 14 de abril de 1521…

*

Mientras ayudan a marinos y grumetes a preparar la plataforma de madera en el centro de Singapala, Albo explica a Pigafetta que el vocablo castellano bautismo deriva del griego *baptismós*, que quiere decir inmersión y conlleva la idea de limpiar el alma de todo pecado y renacer en la fe cristiana.

Adornan la plataforma con tapices que los pajes han bajado de los barcos.

Albo explica que lo que más le atrae del cristianismo es su tendencia hacia el ascetismo y renuncia del mundo.

—Renunciar al mundo, eso para mí no sería posible —confiesa Pigafetta.

Cuando la plataforma está lista se cercioran de que la cruz esté bien clavada en la tierra. Valderrama y sus ayudantes bajan de la Trinidad una fuente de porcelana y dos sillones de terciopelo: uno para el capitán general y otro para Humabón. Dejan todo listo para la ceremonia.

*

El domingo 14 de abril, a las 10 de la mañana Magallanes y sus oficiales bajan de los barcos vestidos con sus mejores galas. Cristóbal Ravelo porta el estandarte real. Enrique viste una camisa blanca muy limpia y calzas recién estrenadas.

Magallanes y Humabón se abrazan. Junto a él está su esposa Hara Humamay. Ambos visten túnicas blancas de seda de China. La reina lleva un collar de piedras preciosas de muchos colores y aros de coral. Tiene los labios y las uñas pintadas de un color rojo intenso. Es una mujer bella. Magallanes le hace una reverencia. Ella se sonríe.

Valderrama ocupa su lugar frente al púlpito y Magallanes y Humabón se sientan frente a él en las sillas de terciopelo. La reina queda de pie y Enrique se ubica detrás de Humabón para traducir las palabras de Valderrama. Antes de comenzar, el capellán recuerda al rajá y su esposa que quien abraza la religión cristiana debe destruir todos sus ídolos y no adorar sino a un solo Dios. Luego resume los tópicos centrales de su catecismo, sobre el hijo concebido sin pecado, el salvador del mundo y sus Diez Mandamientos. Por

fin los invita a acercarse a la fuente de porcelana. Humabón es bautizado con el nombre de Carlos I de Cebú y a su esposa le dan el nombre de Juana, como la madre del rey de Castilla. Luego es el turno del príncipe y de otros veinte hijos de Humabón.

Para culminar la ceremonia, Magallanes regala a Carlos I de Cebú la silla de terciopelo azul en que está sentado para que sea su trono, como buen rey cristiano. Los reyes cristianos no se sientan en el suelo, ni en alfombras, ni en esteras. Esto último no lo dice, pero se sobreentiende. A la reina le regala una imagen de la vírgen con el niño Jesús, que ella agradece con entusiasmo. La toma en sus manos y la mece como si fuera un bebé. Carlos I regala a Magallanes alhajas de oro, entre ellas, un brazalete adornado con piedras preciosas muy vistosas que el capitán muestra a los asistentes. Hay aplausos. Explica a su nuevo aliado que a partir de ese momento será el hombre más respetado de todas las islas del archipiélago de San Lázaro.

Mientras Valderrama sigue bautizando el resto del día hasta que cae el sol, Magallanes regresa a su nao, satisfecho.

*

Son días de mucho esfuerzo y largas caminatas para el párroco y su traductor. Los padres de familia lo mandan a buscar de otras aldeas e incluso de las islas cercanas. Junto con la ceremonia del bautismo les enseña a fabricar pequeñas cruces. Cada vez que se despide de los bohíos deja una fogata encendida en la que arden los dioses de sus anfitriones. En dos semanas bautiza a unas dos mil personas y quema más de mil ídolos. Magallanes no puede más de dicha. Ahora Valderrama es su aliado principal.

Un día la reina Juana manda a buscar al párroco a su casa. Valderrama intuye de qué se trata. Se presenta humilde, acompañado de su traductor Enrique. La encuentra sentada en el suelo junto a un séquito de damas de honor. Viste una túnica blanca con rayas negras y cubre su cabeza con un velo de seda con bordes de oro. Las otras mujeres están desnudas, excepto por una tela amarrada por un paño dorado a la cintura. Tal como esperaba, la reina se queja de los hombres de la armada. Casi todas las mujeres que la acompañan han sido acosadas por ellos. Las mujeres cuentan sus malas experiencias. Algunas se extienden en detalles. Enrique traduce todo. Ya no se atreven a

salir solas de sus casas. Pero ni aun allí están seguras porque ha ocurrido que los hombres entran en las casas y las sacan a la fuerza. Valderrama no sabe qué decir. Se persigna. Promete hablar con el capitán.

—Serán condenados en el Juicio Final —asegura a modo de consuelo y se retira avergonzado.

Esa misma tarde recorre las tres naos para exhortar a los hombres de la armada. Les advierte:

—No todas han sido bautizadas y tener trato íntimo con mujeres paganas es pecado mortal.

—Un marino italiano informa que él bautiza a las nativas antes de tener *contacto* con ellas.

—Yo también —asegura otro.

Se escuchan muchos *yo también lo hago*.

Duarte Barbosa informa con ironía que desde que llegó a la isla de Cebú ha bautizado a unas cien mujeres. Los marinos se ríen a carcajadas. Pigafetta suelta un comentario que molesta al párroco:

—Las pasiones son el viento que mueve las velas en el viaje de la vida.

Se persigna y sube a hablar con Magallanes. El capitán lo escucha serio. Apreta su puño con rabia y dice mirando al vacío:

—Sé que los marinos no se controlan. Lo sé. Lo sabemos. Son hombres rudos que han pasado su vida en el mar.

Valderrama mueve la cabeza, se persigna tres veces y se retira.

*

Las naves están abastecidas. Todos en la armada piensan que es hora de seguir a las Molucas, pero el capitán parece no tener apuro.

Por un comentario de Enrique, Valderrama se entera de que en algunas casas de Singapala todavía se adora a los dioses paganos y junto con dos grumetes se ocupa del asunto. Recorre las casas en busca de ídolos. Por la noche hace una gran fogata frente a la cruz. Magallanes mira con satisfacción el fuego desde la Trinidad.

Den Den explica a Pigafetta que la razón porque muchos cebuanos no han dejado su antigua fe es la preocupación por el príncipe, el hermano menor de Humabón, que goza de gran popularidad. Es considerado el hombre más sabio y más valiente de la isla. Esperan que sus ídolos lo curen. Pigafetta transmite la noticia a Magallanes, y este manda a llamar a Valderrama. Ambos visitan al príncipe en compañía de Enrique y del cronista y lo encuentran postrado y moribundo. Su esposa les explica que no ha podido asistir a las ceremonias bautismales por el estado de salud de su marido. El hombre suspira. Apenas puede hablar. Valderrama reza al pie de su cama y le hace la señal de la cruz sobre la cabeza. Pide a la mujer que le entregue las figuras *endemoniadas* que tiene en su casa y ella obedece de inmediato.

El bautismo del príncipe tiene lugar al día siguiente. La procesión bautismal parte de la cruz en el centro de Singapala. La conforman Magallanes, Valderrama, Enrique, Carlos I de Cebú, el barbero Bustamante y Pigafetta. Detrás de ellos van dos grumetes portando una fuente de agua bendita. El párroco bautiza al efermo, a sus dos esposas y a sus diez hijos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. A continuación Bustamante le da de beber leche de almendras. Magallanes le regala un par de sábanas, un cobertor de paño amarillo y una almohada. Los grumetes preparan la nueva cama.

Al otro día, cuando Enrique visita al príncipe por orden de Magallanes, se entera que ha sanado. Ha vuelto el soplo vital y se ha levantado de la cama. Corre a decírselo a su amo y a Valderrama.

—¡Un milagro! ¡Dios se ha manifestado!

El párroco se persigna y reza un Padrenuestro.

Por la tarde llega Carlos I a la Trinidad a agradecer la sanación de su hermano.

Muchos cebuanos, hombres y mujeres, que aún no han recibido el sacramento del bautismo, mandan a buscar a Valderrama, el mediador, el mensajero del dios de los hombres de los barcos, el sacerdote con poderes superiores. Desde las aldeas más alejadas de la isla llegan nativos a Singapala a entregar sus ídolos, portando víveres y joyas de oro y piedras preciosas. Todo a cambio de ser sumergidos en el mar por Valderrama. Vuelven a arder las fuerzas del mal en la fogata junto a la cruz. Valderrama entrega las pepas de oro y piedras preciosas a Magallanes y este las pasa al escribano León de Ezpeleta. Nada es para él. Todo deberá ser repartido equitativamente cuando

regresen a España, según las capitulaciones. Los marinos también tendrán su parte.

*

Magallanes anuncia su pronta partida sentado frente al mar azul zafiro junto a Carlos I de Cebú y Enrique, bebiendo vino de palma a la hora del crepúsculo. Su tono es más amistoso que nunca. Promete que volverá en un futuro cercano con más hombres a fundar una ciudad en Cebú en la que se quedarán a vivir muchos cristianos.

—Aquí los estaremos esperando —asegura Carlos I.

Magallanes habla de cosas que casi nunca menciona. De su hijo que dejó de ver cuando tenía apenas seis meses y de otro que estaba en el vientre de su madre cuando partió de Sevilla. Fija su mirada en el mar.

—Mi hijo mayor pronto cumplirá tres años —agrega y bebe un sorbo de vino de palma.

Después de un corto silencio asegura que algún día lo llevará consigo a Cebú.

—Porque todas estas islas formarán parte de la Corona de Castilla —pronostica en un tono amistoso, casi tierno.

Carlos lo mira con escepticismo.

—Pero Lapu Lapu en Mactán no te obedecerá.

Los dos giran la cabeza hacia el oriente. Magallanes se acaricia la barba mientras observa la isla vecina. Es un territorio pequeño y plano cubierto de manglares y palmas de coco. Su superficie es apenas una décima parte de Cebú. Se ven luces de fogatas en la playa.

—Sí lo hará —asegura—. Pero antes que nada deberá obedeceros a vos, por ser aliado de Castilla.

—Lapu Lapu nunca ha aceptado someterse a ninguno de nosotros.

Enrique informa a Magallanes que Lapu Lapu es un guerrero temido en esas islas. Él lo ha visto con sus propios ojos. Tiene su cuerpo completamente tatuado. Un tatuaje por cada batalla ganada.

—¿Cuándo lo has visto?

—Ha venido varias veces a espiar a Cebú.

Carlos I explica que es su cuñado y peor enemigo. Magallanes se sonríe seguro de sí mismo. Los tatuajes de Lapu Lapu no lo intimidan.

*

Esa misma noche llama a una reunión de oficiales en la nao Trinidad para informar que ha enviado a Enrique a la isla Mactán ordenando que su rey pague tributo a Castilla: tres cabras, tres puercos y tres fardos de arroz en señal de vasallaje.

—Con ellos tendremos víveres para dos semanas.

—Bien —dice un coro de marinos.

Punzorol intuye que más que los víveres, a Magallanes le interesa dejar sentada su autoridad sobre esa isla.

—¿Qué pasará si el rey de Mactán se niega a pagar el tributo?

—Tendremos que darle una lección.

Punzorol trata de persuadirlo.

—He escuchado que en estas islas todos están en guerra contra todos. No tiene sentido tomar partido por ningún reyezuelo.

San Martín asiente mostrando acuerdo.

Valderrama toma la palabra:

—La guerra es tan fácil. La disposición de los hombres a ella es instintiva. Puede saltar como una chispa y encenderse en cualquier momento en este pasto seco que somos los grupos humanos. Cristo lo sabía y por eso aconsejaba no responder al mal con otro mal. Cita la Biblia:

No debéis oponer resistencia al mal; al contrario, si alguien te pega una bofetada en tu mejilla derecha, no dejes de ofrecerle también la otra.

Magallanes se retira a su camarote mientras Valderrama continúa su arenga. Pigafetta aprovecha a escaparse en un esquife sin que nadie lo note.

Para que los padres de Den Den no despierten, entra a su cuarto por la ventana. Ella lo acoge en el mismo momento en que Andrés de San Martín va al camarote de Magallanes a insistir en que hay una interferencia.

—Capricornio está en la casa de Saturno y eso es señal de que algo malo se está incubando.

Magallanes le pide que lo deje solo porque los astros a veces se equivocan.

*

Todos esperan que Lapu Lapu pague el tributo exigido para poder seguir por fin a las Molucas. Valderrama espera que en caso de que no lo pague, Magallanes sepa reaccionar como buen cristiano. Es el primero en enterarse de que Lapu Lapu se niega a aceptar la autoridad de Castilla, porque Enrique llega con su respuesta cuando él está confesando al capitán.

—Lapu Lapu manda a decir que no es un títere de los hombres de los barcos.

Magallanes llama de inmediato a una reunión en la Trinidad y elige a un grupo de sesenta guerreros para partir al día siguiente a darle un escarmiento. Asegura que seguirán el viaje en cuanto hayan arreglado ese asunto. Un marinero italiano de la nao Victoria que no ha sido nombrado entre los sesenta de Mactán se ofrece voluntariamente. Los otros no elegidos sienten alivio. La mayoría no está de acuerdo con esa embestida. Se escuchan refranes en varios idiomas. Variaciones de los que circulan en España:

Jugarse por nada el pellejo, es de pendejo…

El que todo lo aventura, pierde caballo y montura…

León Pancaldo se queja:

—El capitán quería traer la paz a estas islas y ahora nos estamos preparando para la guerra.

Juan Serrano visita a Magallanes en su camarote y trata de persuadirlo, pero lo encuentra demasiado seguro de sí mismo.

—Es cuestión de honor —le explica Magallanes—. No solo nos ha ofendido a nosotros, también a Carlos de Cebú. Después de las tantas penas y desafíos que hemos pasado, este trámite no será gran cosa.

*

Al amanecer del sábado 27 de abril de 1521 todavía está oscuro cuando tres esquifes parten a la isla Mactán. La playa se ve desierta y todo está en silencio. Magallanes sospecha que los guerreros de Lapu Lapu se han escondido en unos bohíos, no lejos de la costa. La marea está baja. Los esquifes no pueden llegar hasta la playa. Cincuenta hombres se bajan y avanzan los últimos metros a pie, entre ellos Magallanes. No es fácil vadear el agua por el fondo cortante de los corales. Llegan a la playa en el momento en que el sol despunta detrás de un cerro. Los guerreros salen de sus escondites y comienzan a formar tres escuadrones. Son varios cientos de hombres armados con lanzas y flechas envenenadas. Algunos portan piedras. Sus cuerpos están completamente tatuados, inlcuso en el rostro.

A una señal del capitán, Hans de Aquisgrán dispara lombardas desde uno de los esquifes.

—Que se jodan —gritan los marineros mientras suenan las mansalvas.

Pero las balas no alcanzan a llegar hasta la playa y el estruendo no intimida a los guerreros. Se quedan en sus puestos ordenados. Cuando las lombardas cesan de tronar, se lanzan sobre los europeos emitiendo un ruido ensordecedor que parece decir: *La unión hace la fuerza*. Los atacan por el flanco y por el frente. Magallanes manda a cinco hombres a quemar sus chozas para amedrentarlos.

—¡Que se jodan! —Se vuelve a escuchar cuando comienzan a arder las viviendas.

De una de ellas salen unos cincuenta guerreros. Un europeo recibe un machazo en el muslo y otro una lanza en la cabeza. El segundo cae muerto de inmediato. El otro queda herido y pide ayuda, pero nadie puede socorrerlo. La lucha se hace cada vez más virulenta. Los mactanenses dirigen sus lanzas envenenadas con excelente puntería a las piernas y otras partes desprotegidas del cuerpo. Uno de los primeros en caer es Cristóbal Ravelo. Magallanes corre hacia a él. Trata de levantarlo… pero no puede. La flecha le atrevesó la garganta. Muere de inmediato. Entonces ordena la retirada y trata de llevarse el cuerpo de su hijo. En ese momento una lanza se entierra en su pierna sana y cae al agua. La mayoría de los europeos huye hacia los esquifes. Solo siete hombres se quedan junto a él tratando de protegerlo, entre ellos Pigafetta.

Otros cuatro europeos son alcanzados por las flechas. Una se entierra en el rostro de Pigafetta y otra hace saltar el casco de Magallanes. El capitán ve venir el final cuando un guerrero se le acerca con una lanza. Se defiende enterrándole su espada en el estómago y queda desarmado. Le resta un segundo de vida y lo sabe…

Es el final. Mi cuerpo va a quedar en esta tierra que yo pensé que era para mí.

El mismo Lapu Lapu se encarga de matarlo con un lanzazo en la garganta. Magallanes lo reconoce. Es mucho más joven que él. Alcanza a ver la mirada rebelde de un hombre que no hace concesiones. Ve en él a un semejante y en ese instante muere.

Nicolás de Nápoles se hace camino hacia él con su espada. Trata de alzar su cuerpo para arrastrarlo hasta un esquife, pero Lapu Lapu se lo impide. Huye cuando ve venir a un grupo de unos cincuenta guerreros. Los hombres de Lapu Lapu persiguen a sus enemigos hasta que los lombarderos logran alcanzarlos con sus escopetas.

Para Albo, que ha presenciado la derrota desde el esquife, la muerte de su capitán es substancia de tragedia. Recuerda lo que decía un dramaturgo griego:

Los hombres dan la batalla y los dioses la victoria.

Casi todos están heridos. Albo extrae la flecha del rostro de Pigafetta y ve que la herida no es profunda. El pómulo izquierdo ha detenido el proyectil.

—Un gran hombre se ha estrellado contra su propio destino —piensa Albo en voz alta mientras regresan a las naos.

Los marinos callan. Pigafetta llora.

*

Una nube invisible de tristeza se instala sobre las tres naos. Llueve silencio y una sensación de orfandad. Salvo algunos pocos rebeldes, como Sebastián Elcano, con quien Magallanes nunca se reconcilió después del motín de San Julián, todos aprendieron a estimarlo. Su inesperada desgracia lo elevaba en los pensamientos de sus compañeros. Si había alguna cuenta no saldada, el destino se la cobró demasiado caro. Por la noche, con el rostro inflamado por

el veneno y los ojos llenos de lágrimas, el cronista describe lo ocurrido en su diario y termina el relato diciendo:

Así fue como pereció nuestro guía, nuestra lumbrera y nuestro sostén…

Se tiende en su hamaca y trata de dormir, pero no puede. Enciende una vela. Añade:

El capitán había resuelto abrirse un camino que ningún navegante había conocido hasta entonces. A bordo se condenaba a privaciones más grandes que cualquiera de la tripulación. Versado como ninguno en el conocimiento de las cartas náuticas, dominaba a la perfección el arte de la navegación…

Cerca de él otros italianos comentan en su idioma que el error consistió en subestimar a Lapu Lapu. León Pancaldo asegura:

—Lo único que nos hace invencibles en estas islas son nuestras armas de fuego. Si ellas no los alcanzan, las batallas son de igual a igual.

—La superioridad de una nación depende de la superioridad de sus armas —agrega Punzorol—. Nuestro capitán ha jugado con el destino y ha perdido la partida.

Pigafetta los escucha llorando.

*

Juan Serrano es el primero en sentirse con autoridad para tomar decisiones en nombre del que ya no está. Llama a los oficiales a su nao Concepción a deliberar. Propone cargar víveres y seguir a las Molucas sin más dilación. Punzorol propone que el puesto de capitán de la armada sea compartido entre Juan Serrano y Duarte Barbosa. Serrano en la Trinidad y Barbosa en la Concepción. Todos saben que Barbosa estuvo años antes en Malaca al mando de Magallanes y, por lo tanto, conoce bien esos mares. Y Serrano es uno de los pilotos más connotados de España. Fue siempre fiel a Magallanes. De él no esperan ni intrigas ni dobleces. Serrano acepta y nombra capitán de la nao Victoria a un tal Luis Alonso, un sobresaliente a quien le ha ganado confianza.

Lo primero que hacen los nuevos capitantes Serrano, Barbosa y Alonso es pedir a los hombres de Lapu Lapu el cuerpo de Magallanes para darle sepultura cristiana. El cuñado del difunto sabe con qué ahínco y especificidad

estableció en su testamento cómo quería ser enterrado. Si la muerte lo encontraba en Sevilla, su cuerpo debía ser sepultado en el tranquilo cementerio junto al monasterio de Santa María de la Victoria en Triana. Si moría durante el viaje, debía ser enterrado en una capilla consagrada a la vírgen. De las limosnas a los pobres para que recen por su memoria y de las misas en las iglesias de Sevilla piensa encargarse él mismo a su regreso. Ofrece a Lapu Lapu cobre y hierro a cambio del cuerpo del capitán. Pero Lapu Lapu responde que por nada del mundo. Será desde ahora y para siempre su mayor trofeo. Está consciente de que ha derrotado a un grande y que con esa gesta ha tatuado su nombre en la memoria de la humanidad. Imagina la estatua que le erigirán las generaciones venideras por haber frenado a los hombres de los barcos.

*

En el camarote del capitán, Pigafetta, Albo y San Martín ordenan los papeles del que ya no está. Uno de sus cuadernos lleva el título: *Descripción de los reinos, costas, puertos e islas que hay en el Nuevo Mundo y en el Mar del Sur…*

Pigafetta tiene el rostro inflamado y algo de fiebre. Todavía está completamente tomado por la tristeza. Albo trata de consolarlo. El griego conserva en su carácter una buena porción del estoicismo de sus antepasados. Le habla de la capacidad de Ulises de tolerar los dolores y dificultades. Los griegos llamaban a esa capacidad *polytlas*. El héroe es aquel para quien el dolor es un atributo que le ayuda a desarrollar su solidez. Aprieta fuerte el brazo del vicentino para transmitirle fuerza.

—El hombre puede ser derrotado, nunca destruido.

Otro cuaderno, el que contiene las anotaciones personales de Magallanes, lo dejan cerrado. Pigafetta propone llevarlo sellado a Sevilla.

—Si su dueño no compartió esos pensamientos con nadie en vida, ¿por qué iba a querer compartirlos con nosotros después de su muerte?

*

Enrique también está lesionado y triste. Recibió un flechazo en el muslo izquierdo, pero la herida no se ha infectado. Se le ve apático y pasivo tumbado en su hamaca. Le cuesta aceptar lo que ocurrió. Para él su amo era invencible. Era el sol en torno al cual giraba su vida. Siente que con su muerte ha perdido sentido su participación en la Armada del Moluco. Su amo le concedió la libertad y diez mil maravedíes en su testamento. Lo único positivo de esa muerte inesperada es su repentina libertad. Una libertad que nunca echó de menos estando con él. Era como un padre. Aunque su naturaleza no es sumisa, nunca se rebeló porque no había razón para hacerlo.

Barbosa le lanza miradas cargadas de desaprobación que él ignora activamente. No piensa bajar a tierra a ayudar a cargar víveres. No tiene por qué hacerlo. Juntar leña, llenar las pipas con agua, cargar mercancías y víveres en las naos… eso era antes. Ahora se siente libre y poseedor de diez mil maravedíes. ¡Qué rara es la libertad! Es algo que ensancha los pulmones. Un escudo contra las miradas inquisidoras de los oficiales. Piensa seguir con la armada hasta Sevilla para cobrar su herencia y luego ver qué hacer… ¿Quizás casarse? Una mujer podría hacer más placentero su paso por la vida. ¿O tal vez formar parte de otra expedición castellana, pero esta vez como hombre libre? ¿O irse con los portugueses? ¿Por qué no? Conoce su lengua a la perfección. ¡Qué le importan las rencillas de los europeos! Lo que quiere es ser feliz. Irse donde más lo respeten. Pero Barbosa tiene otros planes para él…

—El problema de dedicar el tiempo a la ociosidad es que uno nunca sabe cuando está listo.

No se da por aludido. Examina la herida de su pierna. Masca betel con la boca abierta. Cierra los ojos. Barbosa se le acerca amenazante. Le va a decir algo, pero él lo interrumpe…

—Estoy herido.

Le muestra el muslo.

—No parece gran cosa —comenta Barbosa y se aleja.

Siente que el nuevo capitán no tiene autoridad para reprenderlo. Él mismo ha desaparecido varias veces de la armada por dos o tres días sin que se sepa nada de él.

*

Para el rey de Cebú la victoria de su cuñado Lapu Lapu sobre Magallanes es una humillación e indirectamente una victoria sobre él. En su tierra, como en todas las poblaciones humanas, quien ha vencido a los fuertes es digno de llamarse fortísimo. Teme que la acción siguiente de Lapu Lapu sea atacarlo valiéndose de las espadas, lanzas, ballestas y armaduras de los europeos muertos. Retoma su nombre Humabón y manda un mensajero a Mactán pidiendo a Lapu Lapu una reunión secreta.

*

El primero en enterarse de que los nativos han vuelto a sus idolatrías es Valderrama. En tanto baja a tierra le informan de la situación. Barbosa se encoge de hombros cuando el párroco le avisa.

—¡Que se jodan! —dice.

Valderrama se persigna y se queja:

—¡Tanto trabajo por nada!

Barbosa busca a Enrique y lo encuentra en su hamaca mascando betel. Esta vez lo recrimina:

—No creas que por la muerte de Magallanes has dejado de ser esclavo. En cuanto regresemos a Sevilla te entregaré a mi hermana Beatriz.

Enrique lo mira indiferente. Sabe que hay un documento que avala su libertad. Eso enoja a Barbosa. Le grita:

—Ponte a trabajar si no quieres que te mande a azotar, perro flojo.

Enrique reacciona de inmediato. Baja a tierra con el pretexto de ayudar a cargar leña y busca el apoyo de Humabón. Le explica que con la muerte de Magallanes se ha convertido en un hombre libre y le pide que le dé asilo hasta que los cristianos se marchen porque ellos no respetarán su libertad. Humabón lo esconde en su morada. También él ha cambiado su posición respecto a los europeos. Se queja de Barbosa y otros marinos que ahora, sin el freno de Magallanes, se han dedicado más que nunca a acosar y violar a las cebuanas.

*

La reunión entre Lapu Lapu y Humabón tiene lugar en presencia de Enrique. Lapu Lapu accede a establecer la paz bajo la condición de que lo ayude a apoderarse de los barcos gigantes. Acuerdan actuar rápido antes de que partan.

Enrique transmite a Barbosa la invitación de Carlos I. Esa tarde ofrecerá una cena de despedida para ellos en la que les entregará joyas de oro y piedras preciosas para el rey de Castilla. Las mujeres de Cebú se alegrarán de servirlos por última vez. La invitación es para todos los hombres honorables de la armada.

Barbosa acepta de inmediato, pero Juan Serrano vacila. Advierte que podría ser una emboscada. Promete pensarlo. Barbosa se ríe de él. Lo apoya Andrés de San Martín. El cosmógrafo no ve ningún peligro en el asunto. Albo, en cambio, declina. Algo le huele mal. Humabón podría ser un erizo en el sentido del poeta Arquíloco. Lo cita:

—*Muchos trucos conoce la zorra, pero el erizo uno decisivo*.

Pigafetta tampoco piensa asistir. Todavía tiene el rostro y los ojos hinchados y fiebre alta. El peligro vital para él no ha pasado. Además, no está de ánimo para ágapes.

*

A la hora del crepúsculo los oficiales de la Armada del Moluco bajan a tierra con sus mejores atuendos. Ninguno lleva peto o armadura. Algunos, entre ellos Serrano, portan espadas para dar más prestancia a su apariencia. El ágape tiene lugar junto a la cruz gigante. Los anfitriones han puesto suficientes bancas de madera y mesas alargadas. Juan Serrano toma asiento al lado de su hijo Francisco. Gonzalo Gómez de Espinosa se sienta entre Andrés de San Martín y Francisco Mezquita. A su lado toma lugar el *hijo del mar* Guillermo Tanegui. López de Carvallo se ubica frente a ellos con el despensero Cristóbal Rodríguez a su izquierda. Más allá los escribanos León de Ezpeleta y Sancho de Heredia y a su lado Valderrama. Otros oficiales toman asiento en los espacios que van quedando libres. Cebuanas jóvenes que

conocen a la mayoría de los invitados ofrecen licor en abundancia y guisos de carne y legumbres. Sonríen y no reaccionan con molestia ante sus toqueteos impertinentes. Barbosa sujeta a una por el muslo y le exige un beso. Ella se lo da. A López de Carvallo algo le huele mal cuando Humabón pide al capellán que lo acompañe a su casa antes de que alcance a probar bocado. Valderrama le pide con un gesto que espere, pero el rey insiste. Entonces, siguiendo un impulso, Carvallo se escabulle y corre hacia el esquife. Gómez de Espinosa hace lo mismo. Sus compañeros no tienen tiempo para reaccionar porque en ese momento cebuanos y mactanenses caen sobre ellos. Diez nativos por cada europeo. Los que huyen alcanzan a escuchar los gritos desesperados desde los esquifes.

*

López de Carvallo toma el mando de la Trinidad, Gómez de Espinosa se encarga de la Victoria y Juan Sebastián Elcano toma el timón de la Concepción. En la última nao va Francisco Albo de piloto. Las naos se acercan a la costa disparando. De pronto aparece Juan Serrano desnudo, herido, maniatado y sujeto por tres hombres. Grita a sus compañeros que no disparen más, porque si lo hacen, lo matarán. Carvallo pregunta qué ha pasado con los otros compañeros.

—Los degollaron a todos, menos a Valderrama y a Enrique, quien se pasó a los isleños.

—Otra calamidad —comenta Pigafetta.

—Tantas desdichas —se queja Albo.

Pigafetta besa su anillo y reza para agradecer la gracia de seguir con vida.

Carvallo ordena partir.

—Ayúdenme. Me van a matar —ruega Serrano.

—¡Rumbo al sur! —grita Carvallo.

—No me deje aquí, se lo ruego —grita.

Pigafetta repite:

—*Calamità, calamità, calamità…*

La Trinidad iza todas las velas. Las otras naos hacen lo mismo.

—¡Te vas a podrir en el infierno! —amenaza Serrano a Carvallo.

Al momento de partir a todo trapo alcanzan a ver caer la cruz que plantaron en el centro de Singapala.

*

Solo quedan noventa y ocho de los doscientos cincuenta hombres que embarcaron en España. Navegan entre islas que no están en ningún mapa. A ratos Albo posiciona la Concepción en la punta de la armada. A ratos los guía Carvallo y a veces también Elcano, el vasco que se amotinó en San Julián y a quien Magallanes le perdonó la vida. Los otros dos capitanes confían en él. Saben que fue alumno de Américo Vespucio cuando este era piloto mayor de la Casa de Contratación y que el navegante italiano apreciaba su talento.

Ginés de Mafra llora en la Trinidad porque su maestro San Martín ha quedado en Cebú vivo o muerto. Le debe tanto. Siente como si se hubiera muerto su propio padre. Los cuadernos del cosmógrafo son ahora su más preciado tesoro. Piensa quedarse con ellos.

En la Concepción Albo evoca los dramas de Esquilo. Siendo joven vio muchas veces representaciones de las tragedias de ese dramaturgo. Son para él consuelo y advertencia. Balbucea…

—El mal que nos maltrata, profundo e insondable, lo hace con ilimitada serenidad.

El capitán Elcano lo escucha sin hacer comentarios. Todos los hombres de la armada están desorientados.

Albo mira a su alrededor.

—Somos tres naos fantamas en el paraíso. El contraste entre lo que ven nuestros ojos y lo que siente nuestro corazón no puede ser mayor.

Elcano lo deja desahogarse. De pronto se escucha un golpe seco acompañado de un poderoso estruendo.

—¡Hemos encallado en un bajío! —grita un marino.

Las otras naos también se detienen. Albo pide disculpas por no haber visto el obstáculo. Elcano lo tranquiliza:

—Nadie lo vio. Usted no tiene la culpa.

Hay agitación en la nao Concepción.

—Comparada con nuestra odisea, la de Homero parece un juego de niños —se queja el griego.

Elcano manda a arriar las velas y esperar que suba la marea.

*

Mientras tanto, al otro lado del mundo, una embarcación que hace agua por todos lados llega al muelle de las Mulas en Sevilla. Es la San Antonio comandada por Esteban Gómez. Los hombres han tenido tiempo para aprenderse de memoria la versión de los hechos que van a relatar al rey y a sus consejeros. Dirán que el déspota Magallanes ha tomado de rehén a la Armada del Moluco.

*

En la madrugada sube la marea y el agua vuelve a levantar la nao Concepción. Los marinos aplauden, se persignan, rezan un Padrenuestro y siguen navegando hacia donde los lleva el viento. Pero ahora la Concepción tiene una vía de agua considerable. Los corales han dañado la quilla. Elcano propone a los otros capitanes hacer una pausa en la isla más cercana.

*

El obispo Juan Rodríguez de Fonseca recibe con dolor la noticia de que su hijo ha quedado en el páramo frío de San Julián. Manda cesar el pago del suedo mensual de Magallanes a su esposa Beatriz Barbosa. La viuda que no sabe que lo es queda bajo arresto domiciliario.

Como las declaraciones de la tripulación de la nao San Antonio son contradictorias, el rey manda a encarcelar a Esteban Gómez y a Álvaro Mezquita hasta que lleguen las otras naos. Fonseca trata de convencerlo de

armar una expedición para ir en busca de Juan de Cartagena, pero el rey tiene otras prioridades. Está empeñado en que lo nombren emperador del Sacro Imperio Romano Germánico. El obispo deja entonces el resto de su venganza para el momento en que Magallanes regrese, en caso de que esto ocurra…

*

Pigafetta, Ginés de Mafra y un tercer hombre van sentados en un rincón de la cubierta de la Trinidad, el rincón de los marinos tristes. El rostro del italiano sigue hinchado, pero ya no tiene fiebre. El veneno no lo matará. Mafra tiene el cuaderno de notas de Andrés de San Martín abrazado a su pecho. La pena se le sale por los poros. Junto a él llora un hombre que conocía bien a Juan Serrano. Era de su mismo pueblo, Fregenal de la Sierra, en Badajoz. Comenta lo que todos saben: que Serrano era un connotado piloto. Asegura que el rey va a castigar a Carvallo por haberlo abandonado y mandará a rescatarlo. Pigafetta pone su dedo índice perpendicular a su boca cerrada para hacerlo callar…

—No lo vayan a escuchar.

Vuelve el silencio a ese rincón. Pigafetta echa una última mirada al punto oscuro que ahora es Cebú. Den Den quedó allí. Ya sabrá de su partida y de la muerte de sus compañeros. Se queja:

—Hemos perdido a nuestro capitán, nuestro cosmógrafo y nuestro párroco.

Luego abre su crónica y comienza a describir las malas experiencias de los últimos días en el momento en que el sol se pone en el mar en un espectáculo de una belleza excepcional. Cuando comienzan a salir las estrellas Mafra se aclara la garganta y asegura:

—Algo hicimos mal. Ellas ya no están de nuestra parte.

*

Por los nativos que salen a recibirlos se enteran de que la isla se llama Bohol. Es otro paraíso de arenas blancas. Todos bajan a tierra. Unos lloran, otros

rezan apretando sus crucifijos. No tienen quien los confiese y no saben en qué longitud se encuentran. Andrés de San Martín era el único que sabía medirla. Pero Albo sigue pregonando la latitud cada medio día.

Después de revisar la nao Concepión y ver que está completamente infectada de gusanos de mar y carcomida por termitas y teredos, concuerdan quemarla y seguir con las otras dos naos. No queda tripulación suficiente para maniobrar las tres naos por esos mares llenos de bajíos. Ese día, el 2 de mayo de 1521, lo dedican a transportar las mercancías de rescate y todo lo que pueda servir de la Concepción a las otras dos naos: velas, banderas, toneles para el agua, leña, compases, cuadrantes, astrolabios, relojes de arena, hamacas… Hans Berger, que viajó un tiempo en la Concepción, recupera su libro *La nave de los locos*. Salta de alegría porque lo había dado por perdido. Sacan hasta el último clavo de la nao y por la noche le prenden fuego.

Dos marinos griegos que iban en la Concepción se abrazan y lloran. Son Mateo de Gorfo y Juan Griego. Se quedan toda la noche viendo arder la que fue su casa durante casi dos años. Restos de la nao arden todavía al salir el sol.

Por la mañana se reúnen todos en la playa de Bohol para ratificar a López de Carvallo como comandante general y capitán de la nao Trinidad, que sigue siendo la nao capitana. Punzorol continúa como piloto de la misma nao. Es uno de los pocos oficiales que se mantiene en su puesto desde la partida. Juan Sebastián Elcano asume como capitán de la nao Victoria y nombra maestre a su amigo y hombre de confianza, el griego Miguel de Rodas. Los oficiales y marinos de la Concepción eligen su próxima casa en el mar según su intuición y su confianza en los oficiales que llevan las naos. Hans Berger se pasa a la Trinidad y Albo a la Victoria. La Trinidad queda con una tripulación de 51 europeos y la Victoria con 47. Pigafetta toma nota de todo.

*

Continúan navegando por un paraíso ajeno que no aparece en ninguno de los mapas que llevan. Mapas que Magallanes no compartía con nadie, pero que ahora están a disposición de quien quiera consultarlos.

Ha comenzado la temporada de lluvias, de modo que agua no les falta, pero el alimento escasea. Para llenar sus despensas anclan frente a una isla

que eligen al azar porque todas se ven prometedoras. El nuevo despensero de la Trinidad baja a hablar con los nativos. Se acerca a un hombre con muchas arrugas y los ojos claros. Hace venias y da a entender que los hombres de las naos están hambrientos. El nativo se saca sangre de la palma de mano izquierda con un cuchillo y se tiñe con ella el pecho y la punta de la lengua. Luego le pasa el cuchillo al despensero. Él hace lo mismo. Enseguida lo invita a internarse con él en su isla. El hombre desconfía y pide a Pigafetta que vaya en su lugar. El italiano ha mostrado varias veces ser un buen embajador de la armada ante los nativos.

Pigafetta aborda una barca larga, un balangay, según averigua, y se deja llevar por el hombre de ojos claros. Su guía se llama Calanoa y la isla es Mindanao. A pesar de ser un hombre mayor, tiene músculos fuertes en los brazos. Se ve que ha remado toda su vida. Lo lleva por un río que corre en medio de un bosque tropical. La vegetación es parecida a la de Cebú. Aves de todos colores y monos de muchos tamaños lo saludan desde los árboles como pidiéndole que escriba sobre ellos. De pronto tiene la sensación de que todo es perfecto en la naturaleza, menos la mente humana. Allí Dios se equivocó. Hubo un error de construcción y ese error se llama maldad. Cada tantas leguas salen perros a ladrarle desde la orilla. ¿Será de bienvenida o me estarán adviertiendo algo?, se pregunta. Nunca se sabe. El ser humano es impredecible. El que espera la traición es el que menos se equivoca, piensa mientras se toca la herida en la mejilla. Respira profundo. Calanoa le despierta confianza. Lo ve en su mirada y en los cantos con que trata de hacer ameno el trayecto. Son canciones melancólicas en las que no puede haber mala intención. Los músicos son gente sincera. Son los que mejor expresan las fuerzas misteriosas del universo. Orfeo sabía tranquilizar con su lira tanto las almas de los hombres como los instintos de las fieras. Pasa junto a una cascada de agua. Un hilo fino cae desde la altura. En la otra orilla hay orquídeas blancas. Le dan ganas de dibujarlo todo.

Después de dos horas llegan a un poblado. Los habitantes los reciben con antorchas porque el sol se acaba de poner. Las mujeres semidesnudas lo observan asombradas. Cuchichean. Pigafetta elucubra que nunca han visto un hombre vestido de harapos. Les sonríe. ¿*Dirán que ir desnudo por la vida es mejor que llevar esas ropas sucias*?, se cuestiona. Un impulso de pudor lo hace sentirse ridículo. Pero pensándolo bien, todo es ridículo. La vida es absurda y ridícula. Lo más absurdo de todo es la muerte de Magallanes. Eso es el *summum* del absurdo.

Sigue a Calanoa a un rancho en que vive con sus dos esposas y cinco niños: cuatro niñas y un varón. Las dos esposas son mucho más jóvenes que él. Una es especialmente bella y distante y la otra tiene una mirada cálida y se ve tímida. Van desnudas, excepto por la tela amarrada a la cintura. La más hermosa está embarazada. Las dos portan brazaletes y collares de oro macizo. Lo saludan juntando las manos en el pecho y con una leve reverencia. Pigafetta hace lo mismo. Le sirven vino de palma. Pigafetta bebe mientras las observa cocinar en un fogón y anota todo…

Primero tapan una olla de barro con una hoja grande, luego echan agua y arroz encima y lo tapan, dejando que se cueza hasta que el arroz se vuelve tan duro como nuestro bizcocho, luego lo cortan y lo sirven en trozos…

Le ofrecen el arroz así cocinado como acompañamiento de un pescado que le parece demasiado salado. Come en tazones de porcelana que en Italia valen una fortuna. Es señal de que los comerciantes chinos han pasado por allí. Su mentor Chierigati contaba que la fórmula para la fabricación de la porcelana era uno de los secretos mejor guardados de los chinos. Después de comer con toda la familia de Calanoa le ofrecen una esterilla de tejido de palma. Allí duerme junto al dueño de casa, sus dos mujeres y sus cuatro hijos.

*

En tanto amanece sale a conocer el pueblo. Las casas de palos mal encajados son como las de las otras islas que ha visitado, solo que en algunas puertas cuelgan adornos de oro. Se acerca a una puerta para cerciorarse de que se trata de ese metal y al empujarla se abre. Una voz masculina lo saluda desde el interior de la vivienda. Dice algo que Pigafetta interpreta como *adelante*. Pero no entra porque escucha gritos que vienen de otra parte. Sigue las voces y llega a un galpón en el que hay una pelea de gallos. Allí todo es ansiedad y agresividad. Unos cincuenta hombres hablan al mismo tiempo divididos en dos bandos que alientan a los gallos. Pigafetta piensa en lo que seguramente diría su mentor:

Es mejor dejar pelear a las aves.

Ve muchos anillos, brazaletes y dientes de oro. Cuando un hombre se le acerca para preguntarle algo, hace una venia y se retira. Sigue caminando y tratando de encontrar una guía. Entabla una comunicación de miradas con una

joven que alimenta a unos puercos. Junta sus manos frente a su pecho y le hace una venia. Ella responde con el mismo saludo y luego entra a un bohío. Pigafetta la sigue por un corredor, hasta que un hombre serio lo intercepta.

Escucha la voz de Calanoa llamándolo. Es su salvación.

*

Lo lleva a una vivienda que resalta en la cima de un cerro. Por el camino, que es estrecho y empinado, le cuenta que en Mindanao hay mucho oro, tanto como cabellos tiene su visita en la cabeza. Calanoa le toca su pelo ondulado y se sonríe. El italiano también sonríe. No se lo ha cortado desde que salió de España. No ve la necesidad de hacerlo. En todos los lugares que ha visitado los hombres llevan el pelo largo.

La puerta está abierta. Entran a una sala en que una mujer de edad indescifrable está sentada en una estera junto a una ventana. Viste un sarong de una seda amarilla muy fina que deja un brazo al descubierto. Pigafetta la saluda con las manos juntas y una venia. Ella lo invita a tomar asiento. Por su modo distante y certero asume que es una reina o una sacerdotisa. La mujer toca un gong y al instante aparecen varios hombres y mujeres, portando fuentes de porcelana con comida. Pigafetta se siente como soñando. Calanoa le explica algo que no entiende, pero no le importa. Vuelve a sentir entusiasmo, aunque el luto por la muerte de su querido Magallanes aún no ha pasado.

Cuando salen de allí van derecho a la ribera a abordar el balangay que lo llevará de regreso a su nao. Está cargado hasta el tope de carne, arroz, cocos y otras frutas. Calanoa vuelve a cantar para él las canciones melancólicas que le gustaron. Solo interrumpe su concierto al pasar por un lugar en que cuelgan tres hombres ahorcados. El italiano pone cara de pregunta y él responde:

—*Orang jahat*[32].

Sigue cantando mientras Pigafetta enriquece en dos palabras su diccionario de las lenguas nativas.

Los europeos se ponen contentos cuando lo ven llegar cargado de víveres. Albo lo abraza. Le cuenta que estaban preocupados. Temían que no regresara. Dan a Calanoa cuchillos, tijeras, cascabeles y algunas telas para la reina.

Pigafetta nota que ha ocurrido algo durante su ausencia. El ambiente está tenso. Pregunta a Punzorol y él le informa en voz baja que en la nao Trinidad falta un esquife. Todos creen que Carvallo lo ha cambiado por oro a un nativo que los ha visitado la tarde anterior. Carvallo niega haberlo hecho.

*

Siguen navegando en dirección a la isla Palawán[33], donde según Calanoa hay grandes plantaciones de arroz. El paraíso continúa, pero ya no impresiona a nadie. Al igual que el de la Biblia, es bello pero peligroso. Constantemente tienen que hundir la sonda para medir la profundidad del agua.

Todos bajan a tierra, a excepción de tres hombres armados que quedan vigilando en cada nao. Pigafetta anota en su crónica que Palawán es tan fértil que una vez que se han recogido las cosechas de arroz, jengibre y otros frutos, la gente no tiene nada más que hacer que disfrutar la vida. Los habitantes le parecen más tranquilos que los de Cebú y no acostumbran el *palang*. Observa a dos hombres fabricar cerbatanas, un arma compuesta de un canuto en el que se introducen dardos o flechas que disparan soplando con fuerza.

Los marinos cambian espejos, cuchillos, tijeras y peines por guisos a base de carne de gallina, de cerdo o cabra, acompañados de arroz y bananas que las familias les sirven en sus bohíos. Algunas mujeres van desnudas y otras envuelven su cuerpo en telas de seda. Las del bohío en que atienden a Pigafetta visten telas de seda. Le dan a probar un nuevo licor llamado *arrak*, hecho de arroz. Bebe sin medirse como si fuera vino de palma y al tratar de ponerse de pie se cae al suelo. Sus anfitrionas se ríen tapándose la boca.

Después de la alimentación, el interés principal de los marinos son las mujeres. Los tres días que la tripulación permanece en Palawán se reparten las mujeres de la isla. Ya no están Valderrama ni Magallanes para apelar a sus conciencias.

*

Con las bodegas llenas de arroz vuelven izar velas hacia un destino desconocido. Nadie se atreve a pronuncir la palabra *perdidos*. Las dos naos tienen vías de agua. Sus cascos necesitan desesperadamente una puesta a punto.

El 22 de junio de 1521 se cruzan con un balangay cargado de frutos en el que van tres moros. Carvallo se acerca y echa anclas. Finge querer comerciar con ellos y los invita a abordar la nao capitana. Cuando se dan cuenta de que es una trampa ya es demasiado tarde. Los lombarderos Berger y Aquisgrán los apuntan con una escopeta mientras los pajes les amarran las manos.

—Moluco —dice Carvallo a los moros.

Los tres hombres se miran, indican con las manos atadas hacia el oeste. Carvallo empuja a uno, le suelta las amarras y le pasa el timón. Punzorol a su lado lo vigila mientras los marinos de la Victoria recogen todos los víveres que lleva el balangay.

Siguen navegando con la esperanza de que el moro los llevará a las islas deseadas.

*

Llegan a una isla grande en la que se ve mucho ajetreo. El capitán moro no los ha conducido a la Especiería, sino al lugar al que ellos se dirigían: la isla Borneo. Los han engañado. En una acción rápida en que el piloto desata a sus dos compañeros, los rehenes huyen lanzándose por la borda.

Los han llevado a un puerto grande con viviendas lujosas construidas en parte sobre palos. En el fondo se ve un castillo. Pigafetta supone que es la isla que Ptolomeo llamó de la Buena Fortuna, algo que en último tiempo les está faltando. Anota la fecha: 8 de julio de 1521.

Mientras buscan un lugar donde echar anclas se desata una tormenta con gran descarga de truenos. La sensación de desamparo crece. Se echa de menos a Magallanes, a San Martín, a Valderrama… Los rayos se hunden en el agua casi al lado de sus naos y el mar responde con olas que los sobrepasan. Desnudan los palos y rezan. Un marino hunde su crucifijo en el mar para pedir a Jesucristo que tranquilice las aguas.

—¡Cómo se le ocurre! —le grita Ginés de Mafra y se lo quita. Lo seca, besa los pies de Cristo, lo abraza, le pide disculpas…

Pigafetta cita un pasaje del Éxodo:

Moisés hablaba y Yavé le respondía mediante el trueno.

De repente unas luces azules danzan sobre la punta del palo mayor.

Todos caen de rodillas y rezan al patrono y protector de los marinos.

*

Cuando regresa la calma entran por canales en los que trafican barcas de variados tamaños conducidas en su mayoría por mujeres. Llevan canela, jengibre, naranjas, limones, caña de azúcar, melones, rábanos, cebollas y otros frutos y especias. Es un mercado flotante del que exhalan aromas de ensueño. Pigafetta hace señas y saluda. Algunas le responden.

Los sale a recibir un grupo de nativos en una embarcación cuya proa y popa están adornadas con cabezas de serpientes talladas en madera y bañadas en oro. En la proa ondea un pabellón blanco y azul con un penacho de plumas de pavo real. La tripulan ocho hombres jóvenes y elegantemente vestidos con trajes de seda y joyas de oro en dedos, brazos y orejas. Ninguno de los paños que portan los europeos en sus bodegas se acerca a ese lujo. Con ellos van tres mujeres músicas que tocan una serenata con zampoñas y tambores. Los europeos las aplauden. Pigafetta comenta a Punzorol que Marco Polo describe gente parecida en su diario. Espontáneamente asume la función de traductor. Así se entera de que la isla que tienen en frente se llama Borneo. Invita a los ocho hombres a abordar la Trinidad.

Suben con muchos presentes: betel, flores de jazmín y azahar, jaulas de gallinas y jarras de porcelana llenas de *arrack*. Las flores aromáticas parecen una broma de mal gusto. Carvallo no sabe qué hacer con ellas. Las huele y se las pasa a Pigafetta. El cronista siente una incómoda sensación de pudor. Las entrega a Punzorol y este a Ginés de Mafra y así sucesivamente hasta que quedan arrinconadas cerca del *jardín* o lugar en que los marinos hacen sus necesidades.

Carvallo regala a cada visitante un vaso de vidrio de Venecia. Por la forma como los reciben ve que el vidrio es un lujo en esa isla. Uno de los

ocho visitantes entiende portugués. Carvallo le explica que necesitan alimentos, agua fresca, leña y grasa para calafatear las naos porque tienen vías de agua. El hombre quiere saber hacia dónde se dirigen. Cuando Carvallo le informa que a las Molucas se ríe y comenta:

—¡Pero sí allí solo hay clavo!

Le informa que ellos usan para sus barcas un betún que hacen con aceite de coco y cera que se puede adquirir en Borneo. Carvallo pide permiso para bajar a tierra. El moro promete hablar con el rey Siripada y regresar pronto con una respuesta.

Pigafetta anota de inmediato el nombre de las embarcaciones grandes de Borneo: se llaman juncos. Los describe como la mejor embarcación que ha visto en los archipiélagos del mar Pacífico. Son de alto bordo, construidos con tablas delgadas y fijadas con tarugos de palma. La parte superior está hecha de cañas gruesas. Las velas son de tela de algodón. Pueden transportar tanta carga como las naos españolas.

*

El mensajero de Siripada regresa tres días más tarde con un séquito de cinco hombres. Portan bandejas con guisos a base de arroz y carne de gallina envueltos en hojas, tartas de huevo y miel. Carvallo, Punzorol, Albo, Pigafetta toman lo que pueden antes de que los marinos les arranquen las bandejas de las manos. En un minuto engullen todo. Los moros esperan a que vacíen las bandejas para transmitir a Carvallo la invitación de Siripada a visitarlo en su palacio. Les asegura que habrá mucha comida y podrán apreciar las joyas del rey. Asegura que tiene perlas del tamaño de huevos de gallina. Luego se retiran.

La experiencia de Cebú los ha marcado para siempre. Los marinos aconsejan que solo baje uno de los capitanes a tierra y piden que sea Gómez de Espinosa. Lo acompañan el escribano Domingo Urrutia, Punzorol, Pigafetta, Elcano, los marinos griegos Mateo de Gorfo y Juan Griego y Joancinho, el hijo de Carvallo.

Dos moros los reciben en la playa y les piden que esperen un momento en sus esquifes. Una hora después ven acercarse dos elefantes cubiertos con gualdrapas de seda de colores vistosos. Joancinho lanza un grito de júbilo.

Los otros se muestran más discretos. Tanto lujo los intimida. Los sirvientes que guían los elefantes van mucho mejor vestidos que ellos. Pigafetta sonríe y se mira el anillo mientras los elefantes se arrodillan para que ellos suban. De pronto se ve en la ciudad más lujosa y grande que ha visitado desde que salió de Sevilla. Los palafitos le evocan a su querida Venecia. Es una Venecia más pobre, sin los palacios de los comerciantes, pero con la misma energía vital. Presiente una conexión secreta entre la riqueza de Venecia y la riqueza de Borneo. Los niños de Borneo juntan sus brazos al cuerpo y les hacen reverencias. Uno de los elefantes suelta un barrito de satisfacción, como si intuyera el entusiasmo de sus jinetes.

*

La sala principal del palacio del gobernador es custodiada por hombres armados de puñales con mangos de oro y perlas preciosas. Los llevan ceñidos al muslo con amarras de cuero. En una mesa larga a ras del suelo hay variedad de guisos a base de diversas carnes, menos el cerdo, aderezados con jengibre y nuez moscada y acompañados de suficiente arroz. Pigafetta recuerda a su mentor Chierigati. Él comía todo con nuez moscada, una de las especias más cotizadas y más caras en Italia. Toman asiento en cojines en torno a la mesa. Pero no hay cubiertos. Miran a las mujeres que les sirven y les hacen señas. Ellas responden con una leve venia. Un moro sentado frente a ellos comienza a comer con la mano derecha. Los europeos lo imitan. El moro no utiliza en ningún momento la mano izquierda. Los europeos tampoco. *Dove fai ciò che vedi*, recuerda Pigafetta. Consignará en su diario más tarde que la mano izquierda se reserva para lavarse el trasero.

Después de comer son llevados a otra habitación donde pasan la noche en colchones de algodón forrados en seda y entre sábanas de tela fina.

Al día siguiente, sobre los mismos elefantes, se dirigen al palacio del rey por calles custodiadas por hileras de soldados armados con lanzas y espadas. El palacio domina la ciudad como una acrópolis, rodeado de jardines y protegido por una gran muralla. Pigafetta cuenta las bombardas; son seis de bronce y seis de hierro. Toma nota de inmediato para no olvidarlo.

Antes de entrar al palacio, el moro que habla portugués les explica el modo como deben saludar al rey Siripada. Hace una demostración. Se

arrodilla y apoya la cabeza en la tierra. Joancinho lo imita. Los europeos comunican que han entendido.

*

Hay una solemnidad vanidosa en el ambiente. A Pigafetta no le cabe duda de que han llegado a la civilización. Al rey lo ven solo pocos minutos. Un hombre obeso sentado en el suelo con los labios rojos por el betel hace un amago de saludo desde un salón contiguo. A su lado hay tres hombres sentados en la misma posición con papiros en los muslos y cerca de ellos varias mujeres muy elegantes. Las cortinas se cierran de inmediato después del saludo. Los europeos entregan sus regalos para el rey y sus esposas a una columna de guardias: paños finos, vasos de vidrio de Venecia, cuchillos, un vestido de terciopleo verde, paño rojo, zapatos plateados y un estuche de plata lleno de alfileres. Los moros se llevan los regalos y les piden que esperen. Dejan a dos guardias vigilándolos. Uno de los moros pregunta en portugués su edad a Joancinho y él le informa que tiene diez años. Gómez de Espinosa lanza a sus compañeros miradas de preocupación. Joancinho pide regresar al barco.

En un impulso de impaciencia Pigafetta exige hablar con Siripada de inmediato.

—No está permitido hablar directamente con él —informa el guardia—. Si quiere decirle algo, tiene que decírmelo a mí, yo se lo transmitiré.

—Dígale por favor al rajá que hemos llegado de España en son de paz y necesitamos leña, víveres y grasa para calafatear nuestros barcos.

El moro se traslada al salón y regresa después de cinco minutos con la respuesta:

—Siripada les da la bienvenida y les pide que esperen. Habrá tiempo para surtirse de lo que necesitan en Borneo.

Gómez de Espinosa pide ser llevado de regreso a los esquifes de inmediato.

—El rajá pide que esperen —insisite el moro que habla portugués.

Dos o tres horas después entran a la sala varios moros con los regalos de Siripada para ellos: telas de brocatel doradas para cada uno que les ponen

sobre los hombros y luego quitan para guadarlas en cestos. Los regalos que más les gustan son una bolsa con canela y otra con clavo. Pigafetta se apodera de la bolsa con canela y la cuelga de su cinturón. A continuación les sirven un almuerzo similar a la cena de la noche anterior con postres dulces a base de arroz y canela. Esta vez comen solos. Los moros se limitan a vigilarlos.

—Nos tienen encerrados —asegura Punzorol.

*

Pigafetta pide ir al pozo séptico, que está detrás del palacio y allí logra engañar al guardia que lo acompaña. El moro lo deja solo por un momento y él aprovecha a encaramarse a un árbol contiguo a la letrina. Allí espera tranquilo hasta que el guardia lo da por perdido. Del árbol salta a la empalizada y al camino que la rodea.

Los ruidos de la jungla lo hacen sentirse libre. Juega con su anillo. Le llaman la atención unos monos narigones que saltan entre las copas de los árboles. Los observa un rato y luego sigue por un sendero que baja hacia el pueblo entre una hilera de árboles aromáticos. Recita un pasaje de *El Cantar de los cantares*:

El olor que exhalas
supera todo perfume.

Ve a una mujer salir del bosque transportando en su cabeza un canasto. Viste una túnica de seda amarrada a un hombro. Por la forma de su cuerpo nota que es una persona mayor. Acelera el paso y la intercepta. Su canasto está lleno de palos de canela. Le pregunta de dónde la sacó.

—*Cainmaná* —dice ella.

Le hace un gesto para que la siga. Se internan en el bosque. Por el suelo pasa una serpiente pitón muy verde. La mujer le advierte que tenga cuidado. Pigafetta se persigna. Llegan a un lugar en que dos hombres cortan con un machete la corteza de un árbol parecido al laurel. Un tercero sentado en el suelo saca rajas finas de ella y las enrolla.

—*Cainmaná* —repite la mujer.

Pigafetta le hace una venia de agradecimiento y le ofrece un espejito, que ella acepta de inmediato.

El hombre sentado en el suelo le regala un puñado de palitos. Pigafetta lo agradece emocionado y los mete en la bolsa de su cinturón. Se siente mal porque no tiene nada para dar a cambio. Elucubra que los palos del té de canela que bebía en la casa de Chierigati provenían de Borneo y siente escalofríos. Rememora lecturas… Heródoto aseguraba en su *Historia* que los palos de canela eran transportados a Grecia por el ave fénix desde muy lejos para hacer sus nidos. Plinio afirmaba que la canela era originaria de Etiopía. Mueve la cabeza y juega con su anillo.

*

La nueva guía de Pigafetta vive con su marido, hijos y nietos en una cabaña apostada sobre palos cerca del mar. La sigue hasta allí y se invita solo a entrar a su casa. La mujer explica a sus familiares que el afuerino andrajoso quería conocer el árbol de la canela. Les muestra el espejo que recibió a cambio. Pigafetta busca conversación a un hombre de su edad que podría ser el hijo de su guía. Le hace preguntas sobre su religión valiéndose de los gestos universales de siempre. El hombre se llama Thura. Lo lleva a la terraza a observar la puesta de sol y luego los dos se quedan mirando la cómo la luna se vuelve cada vez más brillante mientras Thura le recita versos largos que emocionan al italiano. A continuación comparte con la familia una cena a base de pescado aderezado con mucho jengibre. Se siente extraño, pero esa sensación se ha hecho habitual. Sentirse extraño en los lugares a que llega forma parte de su normalidad.

Después de comer, Thura muele unas hojas en un mortero para preparar un brebaje que sirve a su visita. Pigafetta lo prueba. Es insípido, pero lo bebe porque Thura lo anima a hacerlo. Le da sueño. La estera que le pasa su nuevo amigo no es fina ni hay sábanas de seda como en el palacio de Siripada, pero se acuesta en ella con una tranquilidad que a él mismo le sorprende. Se queda dormido de inmediato y sueña que Den Den yace junto a él en su casa en Vicenza. Su madre trata de expulsarla, pero él la protege. Se despierta asustado. Necesita algunos segundos para orientarse. Aunque todavía está oscuro, se levanta y se escabulle despacio, para no despertar a nadie. En la calle lo saluda una luna luminosa.

—*Seguirò la tua torcia*[34] —le habla y camina con los brazos alzados.

Siente que el mundo es un lugar alucinante. Llega a la playa, ve las dos naos flotando en el mar y se arrodilla sin saber por qué lo hace. Baja la cabeza hasta tocar la arena con su frente. Hay algo escondido en él que quiere expresarse. Comienza a llorar y sus lágrimas caen directo en la arena. Se endereza y divisa los esquifes. Vuelve la preocupación por sus compañeros y la realidad de estar varados en Borneo.

*

Carvallo se asusta al verlo llegar solo. Quiere saber qué ha pasado con el resto de su gente. El italiano no sabe qué decir. Cuenta que él se escapó del palacio de Siripada. Supone que los otros todavían deben estar allí.

—¿Y Joancinho?

Pigafetta se alza de hombros. Carvallo patea una madeja de cordeles y él se retira a su hamaca. Se queda dormido y vuelve a soñar. Esta vez con Magallanes. Están en la cubierta de la Trinidad mirando las estrellas. Magallanes lo abraza y le pide que cuide su crónica porque ella será su única defensa cuando regresen…

—Se la entregaré al rey —promete el cronista.

Magallanes mueve la cabeza asintiendo.

—Fonseca se encargará de hacerla desaparecer. Pero usted podrá escribir muchas copias y llevarlas a los reyes de toda Europa, ¿verdad?…

—Por supuesto que lo haré, capitán.

Carvallo lo despierta.

—¿Qué pasa? Usted sabe que Magallanes ha muerto. ¿Por qué lo llama?

—Estaba soñando. No me di cuenta.

De inmediato toma la pluma para escribir lo que ha vivido en Borneo…

Aquí es regla que se harten pocos y pase hambre la mayoría. El rey de Borneo practica la religión de Alá, pero los nativos son todavía gentiles. Sus dioses son el sol y la luna. Dios es el sol del día y la luna es diosa de la noche. Las estrellas son dioses pequeños, parientes del sol y de la luna. Suelen saludar al sol y a la luna con versos cuando salen. Son pacíficos y

hospitalarios, evitan la guerra y los robos. No creen en la vida más allá de la muerte…

Albo lo interrumpe.

—¡Qué alegría verlo! Veo que ha logrado escabullirse de las garras del reyezuelo de Borneo.

Pigafetta le muestra la canela.

—Le llaman *cainmaná*.

—*Kinnamomon* —traduce Albo al griego.

*

Han pasado doce días desde que los europeos bajaron a tierra y todavía no regresan. Carvallo se pasea nervisoso por la cubierta. Grita. Habla solo. Patea las madejas de cordales. Como él, todos están preocupados. El recuerdo de Cebú está demasiado presente.

El 29 de julio las dos naos amanecen rodeadas de más de cien juncos y otras embarcaciones más pequeñas llamadas tunguli. Los europeos temen otra traición. Disparan a uno de los juncos. Matan a tres hombres y toman al resto de la tripulación como rehenes: dieciséis hombres y tres mujeres elegantemente vestidas con telas de seda. Son de extraordinaria belleza. Una especialmente. Tiene los ojos negros, las pestañas largas y enroscadas y los labios bien formados. Pigafetta propone llevarlas de regalo a la reina.

—Así se hará —decide Carvallo y manda a levar anclas de inmediato.

En el apuro pierden un ancla.

Mientras las naos se alejan de Borneo Pigafetta conversa por medio de gestos con uno de los rehenes y se entera que es un príncipe, hijo del rey de una isla vecina llamada Luzón. Es un aliado de Siripada y está comprometido con una de sus hijas. Carvallo siente que se ha hecho con un gran botín. Agradece la diligencia del italiano y ordena a sus marinos que vigilen a los rehenes día y noche, mientras él se encierra con las tres mujeres en su camarote.

*

En las partes bajas de la Trinidad se comenta que Carvallo se ha hecho de un harem. Mafra recuerda que Magallanes tenía prohibido subir mujeres a las naos. Suspira. Evoca las advertencias del capellán Valderrama:

—Nuestro párroco tenía mucha razón cuando nos advertía que la inclinación del corazón humano es mala.

—Carvallo es un pecador —acusa un marino.

—Y un egoísta —agrega otro.

—Un irresponsable —imputa un tercero—. No le importa la suerte de los hombres retenidos en Borneo.

—*Figmentum malum* —prosigue Mafra.

Pigafetta anota en su crónica para que el rey lo sepa:

Retuvimos a bordo dieciséis principales de la isla y tres mujeres que esperábamos conducir a España para presentarlas a la reina, pero Carvallo se las apropió.

Mientras tanto, en el castillo de popa el príncipe de Luzón ofrece secretamente al capitán el oro que lleva consigo como regalo para su suegro a cambio de su libertad inmediata. Saca de una bolsita de cuero un terrón de oro que copa la palma de la mano de Carvallo. Entonces, sin informar a nadie, él acepta el trato y lo deja ir en un esquife. Todo ocurre con discresión absoluta. Luego se vuelve a encerrar en su cámara con sus tres rehenes.

*

Siripada manda a decir que los juncos iban preparados a hacerles la guerra a enemigos de otra isla, no a ellos. Carvallo responde que si es así, deberá demostrarlo dejando en libertad a sus compañeros. Se acercan a Borneo a esperarlos. Esa misma tarde regresan Punzorol, Gómez de Espinosa y Elcano. Punzorol transmite a Carvallo el mensaje de Siripada. Al marino Gonzalo Hernando y al escribano Urrutia los necesita en su isla, por lo que los ha retenido.

—¿Y Joancinho?

Punzorol baja la voz para informarle que no sabe dónde está. Dos moros se lo llevaron sin dar explicaciones. Carvallo patea el timón, los toneles y lo que encuentra cerca. Pigafetta comenta la situación en su crónica:

Por haberse dejado seducir por el oro del príncipe de Luzón, Carvallo perdió la oportunidad de canjear al rehén por su hijo.

Albo quiere saber qué pasó con sus paisanos griegos y Punzorol informa que Mateo de Gorfo y Juan Griego han desertado. Se han quedado por decisión propia en Borneo. Carvallo siente que no puede hacer nada por recuperar a su hijo. Ordena a Punzorol levar anclas y partir rumbo al sur.

—De allá venimos —se queja el piloto.

Pero el capitán ya no está para discutir con él. Se ha vuelto a encerrar con las mujeres en el camarote.

El resto de los rehenes se lanza al agua aprovechando la desorientación de la armada.

*

Dos naos huérfanas avanzan por aguas a ratos celestes, turquezas o azules, según su profundidad. Navegan por un paraíso en el que todos están en guerra con todos. Los marinos rezan en la cubierta. Mafra sube al castillo de popa y toca a la puerta de Carvallo, pero él no le abre. Mafra le grita:

—Capitán, quería informarle que Joancinho no ha muerto.

Trata de abrir la puerta, pero está trancada por dentro. Se escuchan gritos de mujeres que repiten con insistencia dos palabras, cuyo significado no cuesta adivinar. Mafra insiste:

—Pobre Joancinho. Siripada lo va a vender como esclavo.

Todos lo escuchan. Pigafetta comenta a Punzorol que a Joancinho probablemente le espera un destino espantoso, lejos, muy lejos del lugar en que nació.

—Ojalá encuentre en su camino alguien que lo trate con cariño —piensa en voz alta Punzorol.

Pigafetta mueve la cabeza escéptico.

—No se olvide de la verdad de las verdades…

Punzorol lo mira con cara de interrogación.

—*Figmentum malum*, añade Pigafetta.

—¿Qué diría la mujer aquella que quedó llorando en la bahía de Guanabara? —sigue reflexionando Punzorol.

*

Pasan por un estrecho entre dos islas. Miden la profundidad, que es ópitima y siguen navegando hacia donde los lleva el viento mientras Carvallo continúa encerrado con sus rehenes. Ya no se escuchan gritos en su habitación. Todo el peso de la navegación recae sobre Punzorol, pero el piloto italiano no tiene mapas ni puntos de orientación en qué apoyarse. Pigafetta no se mueve de su lado. Siente el mismo desamparo que sus compañeros. Ya nadie reza con ellos por las mañanas y por las tardes, como acostumbraba Magallanes. Ya nadie los confiesa. Ya nadie da órdenes en nombre de la Santísima Trinidad, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios…

El 10 de agosto de 1521 se cumplen dos años desde que salieron del muelle de las Mulas en Sevilla. Punzorol golpea a la puerta del camarote de Carvallo, pero él no le abre. Lo recrimina desde dentro:

—Déjeme en paz y regrese a su puesto.

—Necesito ver las cartas de marear.

—No hay cartas de marear para estos mares y usted es el único que ha navegado en ellos.

*

Un marino de la Trinidad al despabilar una vela, por inadvertencia, arroja una mecha encendida en una caja de pólvora de cañón, pero reacciona rápido. La pólvora no alcanza a encenderse. Hubiesen volado todos.

Gómez de Espinosa aborda la Trinidad y golpea con vehemencia a la puerta de Carvallo. Como no le abre, le grita que la tripulación ya no tiene la disciplina de antes.

—Esto no puede seguir así.

Carvallo no responde.

Una hora después abre la puerta. Dos de las tres mujeres son empujadas a salir de su camarote. Deja en su habitación a la más bella, la de los labios hermosos. Las otras esconden su rostro detrás de sus cabellos. Lloran cuando cuatro marinos vienen por ellas y las bajan a la cubierta. Pero Punzorol no las quiere cerca suyo. Ordena que se les haga espacio en las partes bajas de la nao.

Por la tarde Carvallo baja a la cubierta después de pasar dos semanas encerrado. Busca a Martín Méndez, que en ausencia de Domingo Urrutia ha asumido la función de escribano oficial de la armada. Méndez intuye de qué se trata.

—Necesito ver su cuaderno —pide con voz de mando.

Méndez se lo pasa en el acto y Carvallo lo hojea con gesto serio. Luego se lo devuelve.

—No se arriesgue —lo amenaza.

Méndez asiente.

De los marinos no se preocupa. El mar es buen guardián de secretos.

Pigafetta observa la escena desde su hamaca y se hace el dormido.

*

A nadie parece interesar el rumbo que lleva la nao capitana. En la Victoria, Albo cuenta historias del héroe Ulises *polytropos*: el que da muchas vueltas.

*

Todos en la Trinidad escuchan los gritos de las mujeres pasando de estera en estera bajo la cubierta. Pigafetta confiesa a Punzorol que se ha acercado a una, pero la lástima ha podido más.

—Fue una vez, solo una vez.

Punzorol mueve la cabeza y dice en tono didáctico:

—Una vez no es una vez. Una vez quiere decir siempre.

Distraído, Punzorol no ve un bajío. La Trinidad encalla con un gran estruendo. Una de las mujeres intenta saltar por la borda aprovechando la confusión, pero un grumete se lo impide. Por su acción heroica es recompensado con el cuerpo de la rehén mientras esperan que suba la marea. Pigafetta observa a la mujer. Tiene el cuerpo lleno de moretones. Su pelo parece una madeja de lana. Quita la mirada.

Al día siguiente la marea sube y pueden seguir. Pero ahora la nao tiene una nueva vía de agua.

*

Ha pasado tres meses y medio desde las tragedias de Cebú y Mactán y las dos naos siguen dando vueltas en círculos. Las dos mujeres van ahora en las partes bajas de la nao Victoria. Elcano no se ha dado cuenta. O si lo ha notado, no ha querido darse por enterado. No solo el Paraíso, también la moral los tiene ahora sin cuidado.

El 14 de agosto se encuentran con un junco. Le hacen una señal con salvas de artillería para que se detenga, pero sus tripulantes no obedecen y tratan de escapar. Hans de Aquisgrán dispara desde la Victoria y hiere a dos hombres. El resto de la tripulación se rinde.

Así los europeos se hacen de ocho rehenes, un cargamento de cocos, vino de palma y algunos gongs. Por la tarde hay una fiesta en la Trinidad. Cinco marinos obligan a beber a las dos mujeres. Ellas lloran y obedecen. Saben lo que vendrá…

—Por fin podremos calafatear —celebra Carvallo.

—Ahora somos piratas —se queja Punzorol.

La mañana siguiente, antes de levar anclas, Carvallo deja libres a seis de los rehenes. Retiene a dos para que les sirvan de pilotos y los ayuden a salir del laberinto. Les exige que lo lleven a algún lugar seguro donde puedan calafatear las naos. Los rehenes-pilotos dirigen la Trinidad hacia el noroeste.

*

Pigafetta y Punzorol tratan de entender retrospectivamente lo que ocurrió en Borneo. Punzorol opina que los marinos griegos que desertaron habían tomado esa decisión desde antes. Por eso insistieron tanto en bajar a tierra. Se preguntan por qué Siripada no quiso dejar ir al escribano Urrutia. Pigafetta expresa su lástima. Punzorol opina que puede haber sido su salvación.

—Tal vez le asignen una mujer que le guste y se transforme en el hombre más feliz del mundo.

—Y los griegos se van a buscar una mujer y se van a dedicar a la venta de canela.

—Que así sea —dice Punzorol.

*

Antes de que se ponga el sol arriban a una isla que los pilotos-rehenes llaman Balambangan. Está ubicada frente a la punta norte de Borneo y es otro paraíso natural de arenas blancas y bosque tropical. Los europeos la bautizan Santa María de Agosto porque llegan allí el 15 de agosto. Albo mide la latitud 7° norte. Todos bajan a tierra, también las tres mujeres.

Al sacar entre todos las quillas del agua para limpiarlas se encuentran con tablas llenas de gusanos y caracoles diminutos que las han carcomido y podrido. Dedican todas sus energías a reemplazarlas por tablas que consiguen en el bosque. Las calafateros saben reconocer los árboles de la madera más dura y resistente a los parásitos. Pero el suelo del bosque es espinoso y hiere las plantas de sus pies. Sus pasos dejan huellas rojas en la arena blanca.

En el bosque viven familias de jabalíes que los atacan cuando se acercan a sus crías. Cazan muchos. Y en el mar hay tortugas gigantes. Cuidándose de

los cocodrilos logran atrapar varias. Cada dos o tres días comen carne asada de jabalí o tortuga a la hora del crepúsculo alrededor de una fogata. Comen para proveerse de reservas de energía para el gran viaje, como los animales antes de hibernar. Todas las tardes a la hora del crepúsculo realizan la acción solemne de ingerir alimentos. Los treinta días que se quedan en Santa María de Agosto carenando y calafateando son de regeneración. No tienen que dejar enterrado a ningún compañero en Balambangan.

En cuanto a los rehenes, Carvallo tiene dos guardias armados vigilándolas todo el tiempo a ellas y a los dos pilotos. Las mujeres son un espectáculo triste. Están siempre juntas y calladas para no llamar la atención, esperando que los hombres se olviden de ellas. Los marinos de mejor constitución ética sienten lástima. Evitan mirarlas. Evitan reflexionar sobre su situación. Otros, la mayoría, ven sus cuerpos como consuelo o catarsis. Cuerpos en los que en cualquier momento pueden expulsar su líquido viscoso, la fina destilación de sus miedos.

El 5 de septiembre, en una noche de luna llena, una de ellas logra escapar. Aprovecha el corto momento en que su guardia es vencido por el sueño para escabullirse sin que nadie lo note. Pero una de sus colegas de destino la delata. La llama por su nombre…

—Abaday.

El vigilante despierta y logra dar rápidamente con ella en el bosque.

Los marinos se miran asombrados. Nadie entiende por qué la ha delatado. ¿Será que ellas no se protegen mutuamente? ¿No tienen espíritu de cuerpo? Ellos sí lo tienen. Ayudarse y sostenerse para subyugar al animal que van a comer, al enemigo de otra etnia o a la mujer con quien van a engendrar sus hijos… es fundamental para ellos. Su espíritu de cuerpo es una constante antropológica. El vigilante amarra a las tres mujeres de los pies con una soga larga. Ahora ninguna podrá escaparse.

Ni Pigafetta ni ningún integrante de la Armada del Moluco hablará del suplicio de las rehenes. En parte porque han violado sus cuerpos y en parte porque los hombres no hablan de esas cosas. Otra vez su espíritu de cuerpo. Son compañeros y esa palabra proviene del latín *cum panis*, que quiere decir: los que comparten el mismo pan… y a menudo también otras *cosas*. Ninguno romperá el pacto de *silentium incarnatum*.

*

El 16 de septiembre de 1521, cuando las dos naos están listas para seguir buscando las islas de la Especiería, Gómez de Espinosa llama a una reunión general en Santa María de Agosto. Sin miedo y sin hipocresía expresa su desconformidad con el estilo de liderazgo de López de Carvallo. Se queja de su indolencia y su política de secretismo cuando se trata de liberar a los rehenes. Duda que sea capaz de conducirlos a las Molucas. El barbero Bustamante añade que Carvallo no protege a sus hombres, por lo cual ellos tampoco le deben protección a él.

—Esto es un motín. Tomadlos presos a ambos —ordena Carvallo.

Pero nadie le obedece. Un marino dice:

—Nos ha transformado en piratas, siendo que somos cristianos al servicio de Su Majestad.

—¡Abajo Carvallo! —grita León Pancaldo.

—Abajo —dicen a coro los marinos.

Carvallo trata de defenderse, empieza a hacer un recuento de sus servicios, pero Albo lo interrumpe y lo enfrenta:

—Eso crees de ti, porque el mal no se ve a sí mismo. Ostentas virtudes que no tienes para encubrir tus vicios.

—Apresadlo —ordena Gómez de Espinosa.

Acuerdan darle el puesto de capitán de la Trinidad al mismo Gómez de Espinosa. Saben que no tiene mucha experiencia en la navegación, pero a su lado está el piloto Punzorol, en el que todos confían. Juan Sebastián Elcano es confirmado en su puesto de capitán de la Victoria y Albo sigue como su piloto. Martín Méndez el escribano oficial de la armada, propone que de ahora en adelante ningún capitán pueda tomar decisiones importantes sin consultarlas con la tripulación.

—Que así sea —dicen en coro los marinos.

Hay aplausos y una sensación de liberación y esperanza.

Carvallo queda preso en la sentina de la Trinidad. La mujer que iba con él en el camarote es liberada. Se entiende que ahora está disponible para todos. De ellas no se habla en la reunión.

Terminada la junta se percatan de que los dos pilotos-rehenes se han escapado. No hay rastro de ellos. Otra vez han quedado sin guías para salir del laberinto.

*

Dejan Santa María de Agosto (o Balambangan) el 19 de septiembre de 1521. Con las velas completamente desplegadas, el viento favorable en popa los arrastra de inmediato a buen ritmo. Pero no se puede hablar de viento favorable cuando no se sabe qué dirección tomar. Ese mismo día se topan con un junco en el que van diez hombres. Disparan sin herir a ninguno y los obligan a detenerse. Uno de ellos habla castellano. Informa que vienen de Borneo y que entre ellos va el hijo mayor del rey de Palawán. Pigafetta quiere saber por qué habla castellano y él explica que fue uno de los tantos miles de moros que siendo niño tuvo que abandonar España después de la expulsión en 1492.

—Serás nuestro traductor —exige Gómez de Espinosa.

El moro tiene que informar a sus compañeros que los europeos exigen cuatrocientas medidas de arroz, diez cerdos, otras tantas cabras y ciento cincuenta gallinas a cambio de la vida del príncipe. Les dan siete días para juntar lo que piden. Si no reciben lo exigido, lanzarán al príncipe al mar en la parte más profunda.

Mientras esperan el rescate tratan al príncipe como un huésped. Le pasan una hamaca para que duerma bajo la cubierta. Se llama Tuan Mahmud. Una de las mujeres se le acerca por la noche y le suplica que la lleve consigo cuando lo liberen y la deje en la primera isla que encuentre. Le muestra su vientre. El príncipe no quiere saber nada de eso. La expulsa de su lado con un empujón.

En la popa Gómez y Elcano leen las capitulaciones firmadas por Magallanes y el rey. En ellas no dice nada sobre piratería.

—Este viaje ha sido una cadena de imprevistos y desgracias —comenta Gómez de Espinosa.

—La fuerza de las circunstancias —reflexiona Elcano.

*

Los juncos regresan antes de una semana llevando no solo lo exigido, sino también cocos, bananas, caña de azúcar y varios cántaros llenos de vino de palma. Los europeos corresponden la generosidad dando a Tuan Mahmud un estandarte de Castilla y un traje de paño de Milán. Su hijo, que también había quedado como rehén, recibe quince brazas de tela de menor calidad y una capa de paño azul. Elcano obtiene de Mahmud una declaración de paz eterna con Castilla que el escribano Martín Méndez protocola en su cuaderno. Mahmud la firma impregnando de tinta los dedos de su mano derecha. El príncipe no tiene ningún interés en hacerle la guerra a Castilla. Lo único que quiere en ese momento es recobrar su libertad. Antes de volver a su junco indica a Punzorol qué rumbo seguir para llegar a las Molucas.

Los europeos se sienten afortundos y eufóricos. Tocan sus panderetas y bailan en la cubierta. Luego bajan a buscar a las tres mujeres.

*

En las semanas siguientes cualquier barco que tenga la mala fortuna de cruzarse con ellos deberá pagar tributo. La tripulación de un junco cargado de canela se rinde de inmediato ante sus lombardas. Entregan todo lo que llevan. Gómez de Espinosa les da a cambio dos cuchillos que han quitado al príncipe de Palawán para arreglar su conciencia. Son piratas que no quieren serlo. Pigafetta vuelve a recordar el comentario de Medea en el drama de Eurípides:

Veo lo mejor y lo apruebo, pero sigo lo peor.

El 10 de octubre se cruzan con una bignaday tripulada por veinte moros. Gómez y Elcano se acercan. La tripulación se resiste. Mueren ocho moros y el resto se rinde. Tres de ellos son tomados rehenes en la Trinidad y obligados a conducirlos a las Molucas.

*

Los nuevos pilotos-rehenes cambian de rumbo. Ahora se dirigen hacia el sureste. Pasan por ocho islas que forman como una calle. Una de ellas es Mindanao. Ya han navegado por allí. Es la patria de Calanoa, el hombre que cantaba canciones melancólicas a Pigafetta. Al pasar cerca de la costa, dos de los rehenes saltan al agua. Solo queda uno. Gómez cambia de estrategia. Invita al moro al castillo de popa y le muestra los dos globos terráqueos en que no están consignados esos mares. Le regala uno y le sirve un vaso de jerez. El hombre entiende la desesperación del capitán. Entiende que su vida está en peligro si no cumple con llevarlo a su destino. Baja a cubierta, toma el timón y va nombrando todas las islas por las que pasan.

—Esta vez sí —comenta Punzorol a Pigafetta—. Este sí sabe cómo llegar a las islas Molucas.

*

El 26 de octubre de 1521 sufren una tormenta que los hace arriar todas las velas y esperar al garete rezando. Pigafetta describe así la situación:

Mientras estábamos costeando la isla de Viran Batolach nos topamos con una violenta tormenta y nos pusimos a rogar al Señor que nos salvase y bajamos todas las velas. Inmediatamente nuestros tres santos se aparecieron y disiparon toda la oscuridad. San Telmo se quedó con nosotros cerca de dos horas en el palo mayor como una antorcha, san Nicolás se puso en el palo de mesana y santa Clara en el trinquete. Les prometimos a cada uno de los santos limosnas y plegarias.

Cuando la tormenta amaina los marinos cantan agradecidos, izan velas y siguen navegando. Ese día los cuerpos de las tres mujeres no son tocados. Una de ellas, la preferida de Carvallo, muestra claras señales de embarazo.

*

El 2 de noviembre hay un accidente en la sentina de la Trinidad. Al armero sevillano Pedro Sánchez le revienta su escopeta en la mano y se la destruye.

El hombre grita desesperadamente. El mar transmite sus gritos hasta las islas por las que pasan. Bustamante tiene que cortársela.

Dos días después el lombardero italiano Juan Bautista sufre graves quemaduras en la cara al arder la pólvora que estaba manipulando. A pesar de los cuidados del barbero Bustamante, muere y es lanzado al agua.

—Reboso de desdichas. No hay ya lugar donde ponerlas —grita Albo desde la Victoria cuando el cuerpo es lanzado al mar.

*

—Moluco —dice el piloto moro, señalando dos islas gemelas en el horizonte, cada una con un cono volcánico perfecto cubierto de bosques. Están como dibujadas en frente suyo. Hay gritos de júbilo. Algunos marinos se abrazan, otros observan como hipnotizados. El volcán de una de ellas exhala humo y llamas de fuego.

—Parece una montaña encendida —comenta Punzorol con voz quebrada.

Gómez de Espinosa se arrodilla y reza un Padrenuestro en voz alta y todos lo secundan, menos el moro. Pigafetta juega con su anillo, observa el insecto petrificado en el ámbar y recita para sí versos de la Eneida…

Bajar a los infiernos es fácil:

de día y de noche están abiertas las puertas del antro de Dite;

pero volver a subir los escalones y ver de nuevo el cielo,

ahí está el trabajo, ahí el esfuerzo…

Evoca los sueños de un joven en Vicenza de sentir exactamente lo que siente en ese momento. Ha llegado a las islas de donde provienen las especias que por siglos enriquecieron a sus ancestros. Durante siglos el comercio estuvo en manos de los moros, siendo ellos los únicos que cargaban el precioso clavo hacia la India. Desde allí era transportado en caravanas de camellos pasando por el desierto del Sahara hacia Alepo, Egipto, Constantinopla y otros enclaves comerciales. Muchas veces se imaginó viajando como pasajero en una de esas caravanas, sintiendo el mismo *stupor mundi* que expresa Marco

Polo en su diario, el mismo *stupor mundi* que siente en ese momento. Marco Polo ha dejado de ser un modelo, ahora es su colega de destino. Vuelve a mirar su anillo. El insecto encerrado allí parece que le sonriera. Durante siglos los comerciantes venecianos iban en sus galeras a buscar el clavo de olor a Constantinopla para distribuirlo en toda Europa. Llegaban hasta el mar Báltico, donde lo cambiaban por el preciado ámbar. *Este insecto petrificado ha hecho el viaje mayor*, piensa y sonríe. Su amuleto podría ser la razón porque ha sobrevivido. Observa a sus compañeros. Todos están dichosos. Escribe en su crónica:

No hay que maravillarse de que estuviéramos tan contentos, pues habíamos pasado veintisiete meses menos dos días en busca de las Molucas.

Aparecen nuevas islas ante su vista. Son muchas. El moro va indicando sus nombres: Ternate, Tidore, Motir, Makián, Bachián, Gilolo…

Punzorol y Albo maniobran las naos con extremo cuidado porque los portugueses han divulgado la leyenda que las Molucas son inaccesibles. Aseguraban que es imposible acercarse a ellas por los bajíos que las rodean. Es un alivio descubrir que no es así. Los grumetes nunca miden menos de cien brazas de profundidad. Pigafetta lo deja bien claro en su crónica.

*

El 6 de noviembre de 1521 echan anclas frente a la isla de Tidore en medio de descargas de artillería. De inmediato los sale a recibir el rey Almanzor. Se acerca en una barca techada con paños de algodón a modo de quitasol. Da una vuelta completa a las dos naos antes de invitar a los dos capitanes a abordar su barca. Almanzor es un moro de unos 45 años, de ojos oscuros y largas pestañas. Tiene una sonrisa tranquilizadora. Lo acompaña un séquito de seis hombres, entre ellos su hijo Calanogapi. Tanto el rey como su hijo visten túnicas de seda con mangas anchas y bordes dorados. La túnica de Almanzor es amarilla y la del príncipe es azul. Los otros hombres visten túnicas grises de burdo algodón. Almanzor lleva en su cabeza una guirnalda de flores. En España su aspecto sería femenino y carnavalesco.

Toda la armada observa en silencio a sus capitanes abordar la barca de Almanzor. De esa reunión depende el éxito o fracaso de la expedición. Para los marinos comunes es el momento más esperado de su vida. Sus esfuerzos

podrían verse coronados. Todo podría cambiar para ellos a partir de ese momento.

El rey de Tidore balbucea el portugués. Ofrece a sus huéspedes vasos de agua fresca y les explica, más con gestos que con palabras, que ha soñado con su llegada. Asegura que no hay nada importante que ocurra en su isla que él antes no haya soñado o adivinado. Hace una señal a su asistente y este abre un cofre que contiene betel. Ninguno de los dos capitanes se atreve a rechazar el fruto que enrojece los dientes. Gómez de Espinosa pide recibir a Almanzor en la nao Trinidad para darle los regalos que porta para él. Almanzor se muestra reticente, pero Gómez insiste y el rey termina aceptando.

El rey, su hijo y dos hombres de su comitiva suben al castillo de popa de la Trinidad entre las miradas espectantes de los marinos. Gómez ofrece a Almanzor asiento en el sillón de terciopelo rojo de Magallanes. Ginés de Mafra desenrolla una alfombra. Elcano, Gómez de Espinosa, Martín Méndez, Punzorol, el barbero Bustamante, Pigafetta y Albo se sientan en ella. La comunicación es cordial y relativamente fácil porque no hay conflictos que resolver. Las dos partes quieren crear la atmófera adecuada para el comercio. De inmediato comienza la ceremonia de la entrega de regalos. Un traje a la turca de terciopelo amarillo para Almazor, que él se pone de inmediato ante el aplauso y los ¡ohhhhs! de los oficiales. Todas las energías de los europeos se concentran en congraciarse con él. De ello depende cuánto clavo podrán cargar en sus bodegas. A continuación Gómez de Espinosa le entrega un estandarte de Castilla. Le explica que el rey de España es el más poderoso del orbe. No explicita que Carlos I sería para él un mejor socio que los portugueses, porque el mensaje se sobreentiende.

Almanzor se pone de pie y hace venias de despedida, pero a los europeos le parece demasiado pronto. Cuando se disponde a bajar las escaleras, Elcano le recuerda que el sillón en que se ha sentado le pertenece. Dos marinos lo bajan a su barca. El capitán de la Trinidad manda a León Pancaldo a la bodega y pide a Almanzor que lo espere. Pancaldo regresa con brazas del paño más fino que portan. Detrás de él vienen otros marinos con más paños y más regalos: una túnica de brocado, una paño de tela de damasco, una pieza de tela muy blanca de Cambray, dos gorros, seis hilos de cuentas de vidrio, doce cuchillos, tres espejos grandes, seis tijeras, seis peines, varios vasos de vidrio… Los oficiales hacen fila para entregar los regalos al rey y Pigafetta se apura a tomar nota. A continuación es agasajado el príncipe. La ceremonia de congraciación se alarga hasta que el mismo Almanzor pide que no le den más

regalos porque no podrá corresponderlos. Promete regresar dentro de dos días. Notifica que los hombres de la armada tienen permiso para bajar a su isla, si así lo desean. Mientras el rey y su comitiva regresan en su barca a Tidore, los lombarderos disparan cargas de artillería en su honor.

*

Pigafetta recorre la isla preguntándose cómo y cuándo llegó el clavo de olor a Europa. Un niño desnudo llora en la puerta de un bohío. Lo saluda. El niño entra a su casa huyendo del hombre vestido de harapos… ¿Lo llevaron los moros, o tal vez los romanos o antes, los soldados de Alejandro Magno? Cerca de la playa cae una cascada de agua por una ladera de piedra volcánica. Bandadas de cacatúas blancas de pecho amarillo y cotorras de plumas amarillas y azules vuelan entre palmeras y helechos. Tidore es un mundo de muchos colores. Pero las mujeres no le parecen tan hermosas como las de Cebú. Ninguna como Den Den. Pocas van solas. No hay reacciones positivas a sus miradas. Concluye que los hombres de Tidore son celosos. No dejan salir solas a sus mujeres. No obstante, tiene la esperanza de encontrar alguna informante.

Entra a una choza en la que escucha voces femeninas con el pretexto de pedir algo de beber. Tres mujeres lo saludan con una venia. Una de ellas le sirve un vaso de agua fresca. Entabla una conversación valiéndose de los gestos humanos universales. Son hermanas. Su padre es viudo y está a punto de llegar. Están preparando un pan que llaman *sagú*, hecho de una harina que sacan de la médula envejecida de las palmas caídas. Es una harina muy blanca. Se sienta a escribir mientras las observa formar los panes. Dos papagayos parados sobre un palo en el techo se ven como parte de la familia.

El padre es un hombre muy delgado de unos cincuenta años. Pigafetta se pone de pie para saludarlo y a la vez despedirse, pero él le hace un gesto pidiéndole que se quede. Lo ve desenvolver un tapiz y arrodillarse sobre él. Hace diecisiete inclinaciones y dos postramientos nombrando muchas veces el nombre de su dios Alá. Pigafetta elucubra que entendió mal. Las mujeres podrían ser sus esposas. Pero no ve niños pequeños. Concluye que son sus hijas porque se parecen mucho a él. La madre debe haber sido una mujer hermosa, piensa. Después de los rezos las tres mujeres sirven una cena con varios tipos de pescado. El sagú le sabe bien. Mientras comen pregunta por la

madre y esposa que no está, y nota en las miradas una reacción de tristeza. Una de las hermanas le cuenta que ahora vive en el Paraíso. Asegura que su alma los visita a veces en forma de un ave llamada *manucodiata* o ave de dios. Después de la cena el italiano quiere retribuir la cordialidad con un mazo de naipes, pero el padre lo rechaza. No quiere nada a cambio de su hospitalidad.

—*Obrigado* —expresa.

Esa noche se queda a dormir con ellos y al día siguiente observa a las mujeres hacer tela de corteza de árboles. Una de las hermanas toma un pedazo de corteza y la sumerge en agua hasta que se reblandece. Otra la golpea con palos gruesos para extenderla hasta que parece una tela de seda cruda.

Pigafetta les hace preguntas sobre Almanzor y ellas le informan que el rey tiene una esposa y doscientas esclavas que viven en una casa contigua al palacio real. Todos los padres de familia tienen la obligación de entregar a su hija más hermosa al harem del rey. Una hermana de ellas vive en esa casa. Ellas la visitan a veces, porque su hermana solo puede recibir visitas, no tiene permiso para salir de la casa de las mujeres. Cada tarde Almanzor come con su esposa oficial sentado sobre un estrado y desde allí observa a su harem para elegir a la dama con que ha de pasar la noche. A veces le toca a su hermana. Ya ha parido dos hijos. El rey tiene en total veintiséis retoños. Pero eso no es nada. Yosopata, el rey de la isla de Gilolo, tiene seiscientos hijos, según logra entender el cronista. Yosopata es el rey más viejo de las Molucas.

*

En la segunda visita de Almanzor a la Trinidad se hace acompañar por un joven llamado Usmán que habla castellano. Otro moro que siendo niño tuvo que salir de Andalucía. Almanzor le cuenta los conflictos que tiene con la vecina isla de Ternate, donde reina un niño de nueve años que es su nieto. El rey de Tidore pretende que su hijo mayor, el príncipe Calanogapi, a quienes los europeos han conocido, tome ese trono. Pero su hija, la madre del rey-niño de Ternate, no lo permite. Le ha declarado la guerra. Gómez y Elcano se miran. Ofrecen apoyarlo, aunque no piensan inmiscuirse.

Esa tarde Almanzor recibe de los europeos un regalo especial: tres mujeres embarazadas. El escribano Martín Méndez deja constancia en su

cuaderno que los capitanes Gómez de Espinosa y Elcano han desistido de llevarlas a Castilla. No especifica la razón. Un moro las conduce a la barca de Almanzor y se queda vigilándolas. Ni el rey ni su secretario Usmán hacen preguntas.

Usmán explica a sus anfitriones que desde hace diez años, poco más o menos, los portugueses han llegado a cargar clavo de olor a la isla vecina de Ternate. Rara vez van a surtirse a Tidore, por lo que Almanzor está muy contento con la llegada de los castellanos. Gómez y Elcano comunican su intención de llenar las bodegas de sus dos naos con clavo de olor. Almanzor pide ver las bodegas y constata que en ellas caben muchos bahares de clavo. Explica que los frutos de su isla aún están verdes, pero en la isla de Baquián hay suficiente clavo para llenar las bodegas de ambas naos. Se trata de mercancías abandonadas allí por los portugueses. Les informa que el rey de esa isla, un tal Zubazulu, atacó a unos comerciantes portugueses por haber violado a mujeres de su harem. Almanzor promete mandar a buscar el clavo que los portugueses dejaron abandonado en Baquián cuando tuvieron que salir arrancando para salvar sus vidas. Gómez y Elcano aceptan encantados. Usmán les explica que los portugueses se han vuelto cada vez más tiranos e insolentes.

—Las mujeres de los harems son intocables —aclara.

Los capitanes miran a las tres mujeres que llevaban de rehenes. Ellas también provenían de algún harem. Están sentadas muy juntas en la barca del rey. Una de ellas llora.

Antes de abandonar la Trinidad, Almanzor tiene un último favor que pedir a los europeos: que se deshagan de los cerdos que llevan en la cubierta. Los dos capitanes intercambian miradas cómplices. Son los cerdos que quedan del rescate del príncipe de Palawán. Almanzor ofrece darles cabras y gallinas a cambio de ese favor. Ellos aceptan. Prometen sacrificarlos ese mismo día. Luego el rey se retira y es despedido con descarga de artillería.

Los marinos observan la barca en que van las tres mujeres hasta que llegan a la playa y las bajan a la fuerza. Ginés de Mafra se dirige a la esquina de la bodega, donde va preso Carvallo y le informa con sarcasmo:

—Se acaba de ir tu hijo nonato. Seguramente será vendido como esclavo en su juventud. Hombre, ¡vaya servicio que le haces a la humanidad!

Carvallo apenas lo mira de reojo. Baja la cabeza. Se ve viejo. En menos de dos meses se ha llenado de canas. Tiene los labios secos y sangrantes y los

ojos sin brillo.

—¡Déjame! —le pide y escupe al piso.

Mafra sube a la cubierta, donde comienzan los chillidos de los cerdos.

*

Pigafetta vuelve a visitar a las tres hermanas. Lo ponen de buen humor. Le recuerdan un cuadro de su admirado Rafael dedicado a las tres gracias humanas: sabiduría, poder y placer. La menor es la más tranquila. Podría tener la mirada humilde de la sabiduría. La del medio es más bien atrevida. Es la más comunicativa. Podría representar el poder. Y la mayor, que sonríe todo el tiempo, no le cabe duda, es la encarnación del placer. Es la que más le gusta. A pedido suyo lo llevan a conocer un bosque de árboles de clavo. Caminan varias horas por una ruta inclinada hasta llegar a un camino ubicado en la mitad de la montaña. Es un sendero estrecho. El aroma del clavo está en el aire… de pronto se ve rodeado de claveros. Algunos son nuevos y delgados otros más gruesos, añosos y muy altos. Saca una rama de un árbol viejo, la huele y comenta:

—*He aquí el vellocino de oro*.

Intuye una misteriosa armonía entre el suelo volcánico que sus pies sienten duro y el aroma del clavo. La hermana menor le informa que los isleños plantan un clavero por cada niño varón que nace en Tidore. Si el árbol florece, es un buen presagio para el recién nacido. Se le pone un collar de clavo como protección contra los malos espíritus.

Pasea un rato solo por el bosque para grabar ese momento en su mente. Acaricia su anillo. Recuerda historias de su niñez, cuando le contaban que el clavo venía de África y que los moros lo recogían después de vencer a monstruos terribles. Se sonríe y se pregunta: ¿*Sabrán las tres gracias que esta planta mueve los destinos de los imperios del mundo*?

En el camino de regreso les cuenta con gestos evidentes que en Europa muchos piensan que el clavo aumenta la potencia sexual de los hombres. Eso hace reír a las hermanas. La menor le explica que al contrario, el clavo es tranquilizante. Ahora es él quien se ríe a carcajadas. Se voltea a ver el bosque en el cerro, que ahora está tapado por nubes. En casa de las hermanas escribe un vocabulario de todas las palabras que ha aprendido en Tidore. Dedica las

próximas horas a preguntarles el nombre de lo que ve, sin excluir las partes del cuerpo. Regresa por la madrugada a su nao.

*

Entre tanto se ha corrido la voz en todas las islas Molucas que han llegado extranjeros no portugueses a cargar clavo. A la hija de Almanzor, que tiene el poder *de facto* en Ternate, eso no le hace ninguna gracia. Hasta ahora ha gozado de cierta exclusividad con los portugueses, los únicos que en las últimas décadas llegaban a cargar la valiosa especia.

Cinco días después de su llegada a Tidore, el 11 de noviembre, visita la Trinidad un joven llamado Quichildornes acompañado de una mujer que dice ser la viuda de Francisco Serrão, el gran amigo de Magallanes. Piden permiso para subir a la nao. Gómez de Espinosa no sabe qué hacer. Manda a Pigafetta a preguntar a Almanzor si puede recibirlos. Le interesa conversar con la mujer, de cuyo marido oyó hablar tanto. Todo esto se lo explica Pigafetta a Almanzor y él manda a decir que no se sentirá contrariado si Gómez los recibe.

Quichildornes tiene unos veinte años. Habla un poco de portugués, al igual que la viuda de Serrão, que es hermosa, con rasgos orientales. De su cuello cuelga una gargantilla de oro con una cruz. Gómez de Espinosa sabe mucho de Serrão por conversaciones con Magallanes en Sevilla, en San Julián, y en una tarde de sinceridad en medio del océano Pacífico. Sus cartas están entre los papeles que él guarda de su amigo. La viuda le informa que Serrão ha muerto envenenado ocho meses antes. Gómez saca cuentas; también Magallanes ha muerto ocho meses atrás. La coincidencia lo sorprende y estremece. La mujer tiene una personalidad agradable y una mirada clara, pero triste. Imagina que Serrão fue feliz con ella. Quiere saber dónde se conocieron con el portugués, y ella responde que en Java, la isla en que nació.

—¿Por qué lo envenaron? —pregunta Gómez.

—Los portugueses temían que mi marido y Magallanes se asociaran y actuaran en contra de los intereses de Portugal.

La viuda saca de una bolsa de cuero un fajo de cartas y las pone sobre la mesa.

—Son las cartas que Hernando de Magallanes envió a mi marido —informa.

Gómez las estudia un momento. Se estremece al ver la letra y las devuelve a la viuda.

—Guárdelas usted. En tierra estarán más seguras que en un barco que tiene por delante el océano Índico.

La viuda le explica lo que Gómez ya sabe: la exclusividad que los portugueses han concedido a Ternate en el comercio ha creado cierta jerarquía en las islas Molucas. Ternate se ha transformado en la isla principal. Sin querer, los castellanos están rompiendo ese orden. Por otra parte, los portugueses se han vuelto año a año más déspotas y arrogantes. Tratan a los habitantes de las islas como a sus sirvientes. Violan a las mujeres de los harems. No respetan a los reyes.

Gómez agradece la información. Ahora no le cabe duda que los habitantes de las Molucas preferirán comerciar con ellos.

*

El 20 de noviembre de 1521 el galpón de maderos y techo de hojas de palma está listo y todas las mercancías de rescate de las dos bodegas han sido bajadas a tierra. Esa noche se quedan vigilando la tienda diez marinos armados. Los tidorianos les han advertido que en la oscuridad merodean por la isla unos brujos peligrosos que untan la palma de la mano de sus víctimas con un unguento mortal. Ningún vigilante se mueve de sus puestos hasta la mañana siguiente, cuando comienza la feria.

Los isleños se interesan especialmente por las telas y los espejos. Dan un bahar de clavo por diez brazas de paño rojo de buena calidad o por cincuenta cuchillos o por quince brazas de paño de peor calidad o por cincuenta tijeras o por cuarenta gorras o por un quintal de cobre o por cinco vasos de vidrio de Venecia… Son los últimos vasos de vidrio que les quedan y Almanzor se los deja todos. Lamentan que muchos espejos se hayan roto porque podrían haberle sacado más provecho. Unos gongs que quitaron a un junco cuando se dedicaron a la piratería también les da buena rentabilidad. Así van llenando las bodegas de ambas naos. Cada marino se ocupa paralelamente de organizar su quintalada.

*

Mientras sus compañeros comercian, Pigafetta recorre el interior de la isla. Le han dicho que en una aldea ubicada a dos horas de camino del pueblo principal vive un rey llamado Papua. Lo visita en su casa rodeada de manglares, donde vive con hijos y nietos. Es un hombre mayor, de unos ochenta años tatuado en todo el cuerpo. Su vestimenta es una camisa de algodón amplia y sencilla. Se queda dos días en esa aldea porque allí encuentra a una nativa que le informa cómo se llaman las partes del cuerpo en su idioma a cambio de espejos y cascabeles. Anota que los isleños del interior no practican el rito musulmán ni poseen nada de valor en sus habitaciones. Raramente se ve porcelana en sus casas. No obstante, las familias viven tranquilas y felices en su sencillez.

*

El gobernador de Ternate, el portugués Pedro Alfonso de Lorosa, pide permiso para subir a hablar con el capitán de la nao Trinidad. Los lombarderos Berger y Aquisgrán lo conducen al castillo de popa y se quedan vigilándolo y apuntándolo con sus escopetas todo el tiempo. Gómez le ofrece un vaso de jerez y lo observa. No se ve peligroso, sino más bien triste y preocupado. Lorosa quiere saber si se han cruzado con carabelas portuguesas.

—Afortunadamente no.

Lorosa se rasca la cabeza e informa…

—Nueve meses atrás llegó un navío portugués a Ternate comandado por Tristán Meneses. Quería saber si ya había llegado Hernando de Magallanes a las Molucas. No sé si sabe que el rey Manuel mandó una flota a Brasil con órdenes de destruir vuestra armada.

Gómez recuerda el inesperado cambio de rumbo de su amigo Magallanes. Mueve la cabeza negando. Lorosa continúa…

—Cuando el rey Manuel se enteró de que Magallanes había pasado al Mar del Sur mandó un emisario a Malaca para que enviaran seis carabelas a

interceptarlo. Tenían órdenes de llevarlo a Portugal para ajusticiarlo por traición.

—¿Cómo lo supo el rey Manuel? —pregunta Gómez.

—Por las noticias que difundieron los marinos de la nao San Antonio.

—O sea que Esteban Gómez efectivamente regresó a Sevilla —reflexiona Gómez de Espinosa en voz alta.

Lorosa prosigue:

—Pero el gobernador de Malaca no pudo cumplir la orden de Lisboa porque los turcos enviaron una flota contra Malaca al mando de Solimán y el gobernador tuvo que ocuparse de eso. No podía arriesgarse a perder su factoría.

Lorosa bebe un sorbo de jerez, lo saborea y comenta:

—Tanto tiempo que no probaba un buen oporto.

Prosigue contando que cuando los portugueses vencieron a los turcos mandaron por fin una flota a perseguir a Magallanes.

—Nunca vimos naos portuguesas —aclara Gómez.

—Es que esa flota naufragó.

El capitán se sonríe.

—Parece que la Providencia está de nuestra parte. Brindemos por eso.

Chocan los vasos. Gómez hace un gesto a los vigilantes para que bajen las armas.

—Pero el peligro aún no ha pasado. He venido a informarles que el rey Manuel ha mandado una armada a tomar posesión oficial de las Molucas en nombre de Portugal. Vienen a fortififcar las islas.

Gómez se bebe todo el jerez de su vaso y se sirve otro. Llena también el vaso de su visita. Lorosa quiere saber cuántos ducados pagan ellos por cada quintal de clavo de olor.

—El equivalente a cuatro ducados.

El portugués se echa a reír.

—Esos cuatro ducados son demasiado.

Mueve la cabeza y bebe un sorbo de su vaso…

—Cuatro ducados de baratijas occidentales por un quintal de clavo.

Se ríe con ganas.

—Por eso Portugal no quiere que Castilla interfiera en sus negocios.

—¿Cuánto pagan los portugueses? —inquiere Gómez.

—Dos ducados como máximo.

Ahora es Gómez quien se ríe.

—Es el apuro —explica—. Ahora con mayor razón. Debemos zarpar lo antes posible.

Lorosa bebe todo el vaso de jerez y hace un recuento con la mirada fija en su vaso. Informa que el comercio con las Molucas ha enriquecido a Portugal. Anualmente salen muchos juncos de Malaca a las Molucas a cargar clavo…

—Es un itinerario de dos semanas que deja grandes ganancias —asegura —. Portugal no quiere que ustedes le quiten el negocio.

—Entiendo —dice Gómez. ¿Y usted, piensa quedarse aquí en Ternate esperando a los portugueses o prefiere venirse con nosotros a España? Allá podría brindar buenos servicios a la Corona.

—A eso he venido —confiesa Lorosa.

*

La noticia de que los castellanos pagan el doble que los portugueses por el clavo se ha expandido por todas las Molucas. Diariamente visitan la nao capitana reyes de otras islas. Como en las instrucciones dadas por el rey Carlos se ordena que se hagan paces y tratos con los señores de las tierras e islas donde hubiese especiería, Gómez y Elcano tienen listos los documentos para que los reyes los firmen. El primero en firmar un tratado de paz y comercio con el rey de Castilla es el rey Yosopata de la isla de Gilolo. Le sigue el príncipe Quichildornes, hermano mayor y tutor del rey de Ternate. El tercero es Zubazulu, el rey de Baquián que meses atrás expulsó a los violadores portugueses de su isla y ahora llega con todo el clavo que ellos dejaron al salir arrancando. Firma el documento feliz y agradecido de recibir un mejor precio.

Mientras Zubazulu está reunido en el castillo de popa con los capitanes de la armada, en la cubierta, un nativo que lo acompaña le cuenta a Pigafetta que

es el esclavo del rey, a quien él sodomiza cada vez que va a emprender una batalla. Pigafetta toma nota de lo que ha escuchado bajo la rúbrica:

Extraña costumbre del rey de Baquián…

*

El 25 de noviembre de 1521 es un día especial. Los marinos pasan todo el día cargando clavo. La Trinidad carga mil ochocientos quintales para el rey y doscientos para la tripulación y la Victoria carga quinientos quintales para el rey y ciento cincuenta para la tripulación. Después de haber llenado hasta el tope sus bodegas hacen descargas de artillería.

Es hora de celebrar. Ginés de Mafra y tres marinos llevan desde la sentina el vino de palma que les queda. Salen a relucir los instrumentos musicales. Los marinos bailan y cantan. Mafra y otros dos se sientan en una esquina de la nao a soñar. Mafra piensa comprarse la casa más grande de su pueblo Jerez de la Frontera para vivir allí cómodamente con su esposa Catalina el resto de sus días. Un marino vasco quiere vivir de sus ganancias en Aranaz, un pueblo cerca de Navarra, del cual procede. No piensa volver a embarcarse nunca más en su vida. León Pancaldo no sabe muy bien qué hará y no quiere hacer planes.

—Lo primero será sobrevivir el trayecto de regreso por aguas portuguesas.

Pigafetta los escucha. Él también lleva una quintalada. Pero la ilusión de ganancias materiales es débil en él. Con sus ganancias piensa financiar la publicación y promoción de su crónica. No busca oro, sino gloria. Una quintalada de gloria, porque, como decía Chierigati, la gloria es el sol de los muertos. La fama que da la grandeza se mantiene siempre en alto en el horizonte.

*

Las naos ya no huelen a humores corporales y a hacinamiento, sino a clavo de olor, que es el aroma del lujo y de la buena vida. Los dos capitanes invitan a

Almanzor a celebrar con ellos en la Trinidad, y mientras lo esperan, preparan la partida.

Almanzor llega con sus mejores galas: una túnica celeste de seda con bordes de oro y una corona de flores en el pelo. El ambiente es festivo. Elcano le entrega una bandera con las armas reales de Castilla y una carta de amistad en nombre del rey Carlos I firmada por él. Aprovecha la ocasión para pedirle que firme el documento de fidelidad a Castilla redactado por el escribano Méndez. Almanzor está de acuerdo. Lo hace en nombre de Alá. Los capitanes se abrazan cómplices. Han logrado todo lo que querían. Gómez ofrece un vaso de jerez a su huésped, pero él declina con mucho tino, no quiere decepcionarlos. Son sus nuevos aliados. Todo está bien hasta que Elcano le informa su pronta partida.

—¡No puede ser! —se queja Almanzor con sus ojos chispiantes—. Eso no lo sabía.

Se toma la cabeza con las dos manos. Gómez trata de explicarle que están apurados porque han tenido malas noticias sobre los portugueses, pero Almanzor lo interrumpe.

—¡Qué van a pensar los reyes de las otras islas! Dirán que soy un mal anfitrión, que mis huéspedes temen una traición.

Gómez trata de tranquilizarlo.

—Tenemos prisa. Los portugueses están en camino. Pero volveremos pronto con refuerzos.

Almanzor pone su mano derecha en la frente y respira ansioso.

—Pensé que éramos aliados.

Elcano es el primero en ceder.

—Podríamos esperar una semana. Pero no más.

—Pero cómo tan rápido —balbucea—. Los portugueses suelen quedarse varios meses en Ternate.

Acuerdan dilatar la partida por dos semanas. Ni un día más. Almanzor ofrece mandar un mensajero a la isla Mare, en el mar de Banda, por donde pasarán en su viaje de regreso, para que los esperen allí con víveres y leña. Fijan la partida para el 18 de diciembre.

Antes de volver a su isla, Almanzor propone a sus aliados que dejen seis de sus hombres en Tidore más cuatro lombardas de bronce y un falconete para

defenderse de los portugueses. Elcano expresa que podría ser una buena idea. Promete darle una pronta respuesta.

*

El 4 de diciembre, día de Santa Bárbara, patrona de los astilleros, hay un espectáculo de fuegos artificiales. Los lombarderos utilizan mucha pólvora de las dos naos. Todos los habitantes de Tidore se reúnen en la playa a ver las luces.

*

Al día siguiente, sentados en la playa, Pigafetta comenta con Albo los textos de Marcial, un autor que leyó mucho en su juventud…

—Las cosas que dan felicidad son: fortuna heredada, no adquirida con el trabajo, tierra no ingrata, hogar siempre con lumbre…

Albo continúa…

—Ningún litigio, mente en reposo…

Hace una pausa para recordar. Pigafetta prosigue…

—Fuerzas libres, cuerpo sano, prudente simplicidad… ¿qué más?

—Amigos de igual condición, convite fácil, mesa sin artificio —agrega Albo.

—Alegre, pero púdico lecho —prosigue Pigafetta y Albo suelta una carcajada.

*

Todos los marinos están ocupados en reparar las jarcias y poner velas nuevas a las naos. En ellas pintan la cruz de Santiago de Galicia con la inscripción:

Esta es la señal de nuestra buena ventura.

Algunos marinos se hacen hamacas con las velas viejas y las cuelgan entre los palos de las naos. Ahora casi todos tienen un lugar suave para echarse a dormir los minutos que la navegación lo permita. Saben que navegarán día y noche sin hacer pausas para evitar las carabelas portuguesas.

*

Dos días antes de la partida Almanzor entrega a los capitanes dos cofres con caracolitos cocidos, cuatro papagayos y paños hechos de corteza de árbol para que los lleven de regalo al rey de Castilla en su nombre. Por la tarde organiza un banquete en la playa y sienta una mujer junto a cada oficial. En él participa Pedro Alfonso de Lorosa y su esposa. Han aceptado la invitación de Gómez de Espinosa de regresar con ellos a Sevilla.

Esa tarde Elcano y Gómez informan a Almanzor los nombres de los cuatro europeos que se quedarán en la isla. Dos de ellos son considerados como la escoria de la armada: Luis de Molino, el otrora criado y verdugo de Gaspar de Quezada, y López de Carvallo. Los otros dos son los marinos Juan de Campos y Guillermo Corco. Almanzor, que no conoce la trayectoria de ninguno de los cuatro, queda satisfecho.

Esa noche los oficiales no regresan a sus naos. Pigafetta comentará en su crónica que las mujeres los capturaron… Después de la *captura*, ellas reciben las pocas baratijas que aún quedan en las bodegas.

*

Carvallo baja por primera vez a tierra en mucho tiempo. Se ve acabado. La desilusión, la desdicha y el rechazo de la tripulación lo han transformado. Su presencia en la playa es recibida con silencio. Los marinos se alejan de él como si fuera la peste misma, porque les dio licencia para pecar y los condenó a portar consigo el miedo a morir sin que sus pecados hayan sido perdonados. Ninguno quiere pensar en eso. Albo se le acerca y le pregunta si el sufrimiento le ha ayudado a reconocer a la bestia que lleva dentro.

—Déjame tranquilo, griego inmundo.

—Has sido injusto. Sobre ti brilla la luz sagrada de la venganza —lo increpa citando a Sófocles.

Carvallo lo ignora.

Lo observan caminar hacia el pueblo de Tidore. En un momento vuelve la cabeza y grita:

—Yo no obligué a nadie.

Y continúa caminando hasta perderse en el pueblo.

Algunos marinos se persignan. Echan de menos a Valderrama. Él sabía consolarlos citando a San Agustín:

Los órganos sexuales actúan independientemente de nuestra voluntad…

Aunque los reprendía, sabía absorverlos. Bastaba rezar cinco Padrenuestros y cinco Avemarías. Mientras fue su capellán pudieron mirar el cielo sin remordimiento.

*

Por fin llega el gran día: el inicio del regreso a casa. El *nostos* que, según Albo, deparó las más grandes aventuras a Ulises.

—¿Qué tormentos nos deparará a nosotros? —se pregunta en voz alta al momento de abordar la nao Victoria.

Los oficiales españoles se despiden vestidos con sus mejores galas de los reyes de Tidore, Gilolo y Baquián y de tres de los cuatro europeos que quedan en la isla. De Carvallo ninguno quiere saber nada. Su vida concluirá pronto. Un marino de la Victoria acierta cuando comenta que la muerte ya lo ha pedido. Después de vestir los mástiles con las nuevas velas disparan tres salvas de cañón y parten.

*

Albo sigue de piloto en la Victoria y Punzorol continúa en la Trinidad. El viento empuja a la primera de inmediato al mar abierto, pero la Trinidad tiene

dificultades. No puede seguir a la Victoria. En ella hay una considerable vía de agua. Elcano ordena recoger las velas y esperarlos. Almanzor, que observa la situación desde la playa, envía seis buzos a la Trinidad para ayudarlos a buscar la avería. Al atardecer la Victoria vuelve a Tidore para apoyar a sus compañeros.

Al día siguiente los mejores buzos de Tidore sondean bajo la quilla de la Trinidad sin encontrar el lugar en que se filtra el agua. La Trinidad amenaza con hundirse. Gómez ordena descargar todo el clavo y hacer funcionar las bombas de achique.

—Esto no hubiese pasado con Magallanes —comenta Pigafetta a Punzorol—. El capitán fue siempre muy cuidadoso con sus naos. Hubiera revisado cada tabla antes de partir.

—Menos mal que esto ha ocurrido aquí y no en alta mar —replica Punzorol y se persigna.

Los buzos concluyen que no es solo una vía, sino muchas. La Trinidad necesita un carenaje general que durará varias semanas, tal vez meses. Almanzor ofrece poner los mejores carpinteros de Tidore a disposición de la armada.

*

Los dos capitanes conversan a puertas cerradas en el castillo de popa de la Victoria. Acuerdan separarse. Así lo informa Elcano a la armada en la última reunión conjunta en la playa de Tidore:

—La Victoria partirá de inmediato para aprovechar los vientos del Levante que comienzan a soplar y la Trinidad se quedará en Tidore para ser carenada.

Gómez explica a sus hombres que la Trinidad seguirá la ruta del Darién, que es tierra de Castilla. Buscarán los vientos del Poniente.

No hay quejas. Todos aceptan el acuerdo de los capitanes. A continuación Elcano y Gómez se reparten los mapas que lleva la Trinidad. El baúl de Magallanes con sus dos diarios y el Patrón Real quedan en la antigua nao capitana.

Pigafetta se cambia a la Victoria porque no quiere esperar otros meses en las Molucas. Muchos oficiales de la Trinidad escriben cartas a sus seres queridos y las entregan al escribano. Punzorol escribe una larga carta a Blanca y se la pasa a su hijo Diego, que ahora ya no es paje, sino marino de la Victoria.

La nao en que viajo hace agua por todas partes. No sé cuánto podrá resistir, porque el gran capitán ha muerto. Solo él hacía milagros. Si el Todopoderoso se apiada de mí y con su fuerte mano diestra me guía hacia mi destino final, llegaré a mi único puerto seguro…

Hans Berger encarga al escribano Méndez que le lleve una botija con clavo y nuez moscada para que se la guarde en Sevilla.

*

La Victoria parte el 21 de diciembre de 1521 con 47 europeos y 13 nativos tirodianos. Uno de ellos va de piloto para guiarlos por el laberinto de islas. Habla algo de portugués. Pigafetta, que va junto a él en la proa, le hace preguntas sobre las islas por las que pasan. El piloto sabe una historia sobre cada una. Aquella está habitada por pigmeos. En otra viven caníbales. En la de más allá los hombres tienen orejas gigantes y en la isla de Java los hombres enamorados se atan pequeños cascabeles entre el glande y el prepucio cuando pasan frente a las ventanas de sus amadas. El ruido de los cascabeles despierta la imaginación de las mujeres. Pigafetta toma nota de todo. La isla más misteriosa es Ocoloro, donde viven solo mujeres que son fecundadas por el viento. Cuando nace un hijo varón lo matan de inmediato porque no quieren hombres en su isla.

—¿Qué pasa si algún varón se atreve a poner un pie en Ocoloro? —pregunta el italiano.

El piloto hace un gesto con la mano derecha que imita un degollamiento. Los dos se ríen. Pigafetta recuerda sus lecturas de John Mandeville, quien hablaba de mujeres guerreras en su diario de viaje. Se pregunta si serán las mismas.

Cerca de la isla Alicura el viento gira de pronto y la marea cambia. De un momento a otro las olas sobrepasan la nao. El rugido del viento apenas deja oir las instrucciones de Elcano. Pero la Victoria mantiene su estabilidad.

Bajan las velas y esperan a que el temporal pase. Luego siguen rumbo sur, evitando arrecifes y bancos de arena que el piloto moro sabe reconocer por el color del agua.

*

Navegan sin parar. La noche de Navidad Albo y Pigafetta observan las estrellas. Echan de menos a San Martín. Ya no hay nadie en la armada que mire las cosas del mundo desde la perspectiva de ellas. Albo y su colega tidoriano se cuidan de pasar lejos de los juncos que avistan. Con esa carga tan valiosa temen encontrarse con piratas. Hans de Aquigrán tiene siempre preparadas las lombardas.

Entrando al mar de Banda sufren nuevas tormentas que los hacen sentir como una hoja sobre la corriente. El año 1522 lo reciben bamboleándose con una sensación entre miedo y esperanza.

Echan ancla en la isla Mare el 8 de enero. Allí los esperan cuatro barcas cargadas de leña que Almanzor ha organizado para ellos. Los tranquiliza saber que podrán tener el fogón de la nao encendido todo el viaje.

Intentan bajar a tierra, pero desde la playa de arenas blancas un grupo de mujeres desnudas y armadas con arcos y flechas tratan de impedirlo. Pigafetta pregunta al piloto moro si esas son las mujeres de que hablaba y él se sonríe y niega. No son ellas.

El barbero Bustamante, el marino Simón Burgos y Pigafetta abordan un esquife y desde allí, acercándose con cuidado, lanzan al agua cascabeles, peines y los espejos rotos que les quedan. Las mujeres se acercan a recogerlos y piden más. Los marinos no se bajan del esquife, pero Pigafetta sí y llega a la playa con un montón de cuchillos para cambiar por víveres. Aparecen como de la nada hombres barbudos que llevan su barba envuelta en hojas y encerradas en estuches de cañas. El italiano escribirá en su crónica que de todos los tipos humanos que ha conocido en ese viaje, estos son los más feos. Hombres y mujeres lo rodean curiosos. Elcano estima que ha pasado el peligro y permite a sus hombres bajar a tierra.

Se quedan quince días en Mare revisando el barco y calafateando mientras Pigafetta se hace guiar por dos nativas a los campos de pimienta negra y roja, de los que está llena la isla. Los marinos cambian utensilios de fierro por

pimienta y regalan a las mujeres hasta las últimas chucherías para que los retribuyan de la manera esperada.

*

El 25 de enero vuelven a desplegar las velas. Su próximo destino es la isla Timor. Será su último puerto antes de entrar a mar abierto. Navegan con viento en popa a buena velocidad. El piloto moro parece conocer bien esos mares. Albo recita versos de Hesiodo en *Los trabajos y los días*:

—*Los vicios te los puedes procurar a montones, sin esfuerzo, el camino a ellos es corto y todos están cerca*.

Hace una pausa para recordar. Pigafetta le da una pista:

—*Delante de las virtudes…*

—Ah, sí… *Delante de la virtud colocaron, en cambio, los dioses inmortales, el sudor y la fatiga…*

Pigafetta repite con el piloto…

—*Largo y escarpado es el sendero que lleva hasta ella al caminante, y rudo en los comienzos; pero cuando se ha alcanzado la altura, se anda muy fácilmente en ella, por áspera que haya sido la subida*.

El piloto guía indica una isla con montañas muy altas y toma rumbo hacia allá. Es Timor.

*

Anclan frente al puerto de Batatara. Pigafetta y el lombardero Aquisgrán se bajan y se encaminan a una aldea cercana a la playa. Los siguen de cerca cinco mujeres con el acostumbrado pequeño paño que cuelga de la cintura. Lucen joyas de oro que en Italia solo portan las mujeres de los Médici. Pigafetta les pregunta con gestos por el cacique de la isla. Ellas lo llevan a una casa de madera extrañamente hermosa. Su puerta está tallada con formas que evocan personajes mitológicos. Los recibe un cacique de cuyas orejas cuelgan pendientes de oro adornados con borlas de seda. El italiano trata de

explicarle que su gente necesita víveres para un largo viaje. El nativo les ofrece un búfalo. Los lleva a verlo a la entrada del bosque. Pide a cambio hierro y cobre que los europeos ya no tienen.

*

Mientras esto ocurre en la playa, en la nao Victoria Elcano ordena tomar rehén a un cacique de la vecina isla Balibo, que ha llegado con la intención de comerciar. Junto con otros tres hombres ha subido a la nao portando sándalo blanco, del cual hay mucho en su isla. Pero Elcano no quiere sándalo, sino víveres y con urgencia. Como sabe que está hablando con un jefe, manda a amarrarlo y pide a sus acompañantes búfalos, cerdos y cabras a cambio de su libertad. Les da una semana para juntar lo pedido.

En el tiempo de espera Elcano y Albo estudian los mapas y las cartas de navegación. Constatan que en el océano Índico no habrá puertos para surtirse de agua y alimentos porque entrarán de lleno a la demarcación portuguesa. Siguiendo su intuición, porque ninguno de los dos ha navegado por esos mares, Elcano traza sobre el mapa una ruta imaginaria con el dedo índice hasta el cabo de Buena Esperanza.

—Esta será la parte más difícil del trayecto —asegura—. Aquí se encuentran las zonas de navegación más peligrosas del planeta. El cabo fue bautizado por Bartolomé Díaz cabo de los Tormentos. ¿Lo sabía?

Albo asiente y acota:

—Por algo será.

—Lo lograremos doblar —asegura Elcano— y sigue trazando la línea imaginaria. Sube con el dedo índice hasta Sevilla, dejando un espacio amplio entre su dedo y la costa de África.

*

Pigafetta y Aquisgrán pasean por el pueblo de Batatara. El alemán es una cabeza más grande que el italiano. Es un tipo callado. No tiene el carácter extrovertido del cronista. Les llama la atención un grupo de gente congregada

y se acercan por curiosidad. Se abren espacio entre la multitud y constatan que es la ceremonia de incineración de un muerto. Llegan en el momento en que el cuerpo comienza a arder.

—Debe ser un notable de la isla —deduce Pigafetta.

Cuando las llamas crecen y se expanden sobre el cuerpo, una mujer viva adornada con guirnaldas de flores es arrojada al fuego. Los europeos quitan la mirada en el acto, pero siguen allí como electrizados. Al principio la mujer no se queja, pero pronto el fuego grita desconsolado con voz femenina. Aquisgrán se tapa los oídos. Los europeos se alejan valiéndose de empujones y comienzan a correr como si los persiguieran hasta dejar atrás la multitud. No dicen nada durante un largo rato. Pigafetta se va quedando atrás y habla consigo mismo. Reflexiona que ese viaje lo ha cambiado. Ha conocido el salvajismo atávico de la raza humana. Aquisgrán lo espera y comenta:

—Esto que acabamos de ver lo leí en alguna parte.

—¿Qué leyó?

—Que en algunas culturas de Oriente las viudas son quemadas vivas con sus maridos. Al leerlo no lo creí. No pensé que fuera posible.

—Tal vez ellas lo prefieren así. Prefieren esa muerte a ser aborrecidas por su comunidad por sobrevivir a sus maridos —elucubra el italiano.

Aquisgrán sigue caminando. Va derecho a un árbol de canela de tronco muy grueso. Trata de cambiar de tema. Comenta que es milenario. Corta una lámina de corteza con su cuchillo y la huele.

*

Los hombres de Balibo regresan dos días después e informan que han dejado en la playa de Batatara seis búfalos, una docena de cabras y otros tantos cerdos para ellos. Elcano libera al rehén y le regala restos de telas y algunos cuchillos de los pocos que quedan. Aunque la transacción ha sido forzosa, las dos partes sienten que han ganado.

Esa misma tarde bajan todos a tierra a sacrificar a los animales y a salar su carne con la poca sal que consiguen en Timor. Son los últimos preparativos para la larga travesía hasta Sevilla.

Dos grumetes desertan: Martín de Ayamonte y Bartolomé de Saldaña. El segundo había entrado a la armada como paje de Luis de Mendoza.

Todos lo sienten. Con esa carga y esa travesía por delante, cada brazo es necesario. Pero no tienen tiempo para salir a buscarlos.

El barbero Bustamante después de dar un paseo por el pueblo aconseja a sus compañeros tener mucho cuidado, porque ha visto hombres enfermos de bubas.

—Pero la navegación será larga —dice un marino—. ¿Y quién sabe lo que nos espera en el ancho océano?

*

Elcano hace votos de ir en perigrinación a Nuestra Señora de la Victoria si tiene la suerte de regresar con vida a Sevilla. Su promesa encuentra resonancia entre los marinos. Bustamante dice que irá a Santiago de Compostela a cumplir con sus obligaciones de buen cristiano. También esta propuesta de peregrinaje a cambio de protección encuentra eco entre sus compañeros.

El 11 de febrero de 1522 comienza una travesía que será de varios meses sin pisar tierra firme. Las primeras semanas navegan a todo trapo y con viento en popa. Casi no sufren tormentas. Dejan a estribor Sumatra, Java y Bali, y siguen hacia el suroeste aprovechando los vientos monzónicos.

Pigafetta observa a Elcano. De él depende ahora su vida. Nunca pensó que él estuviera destinado a participar del altar de los héroes. Trató de regresar a Sevilla desde San Julián y Magallanes le perdonó la vida, pero lo engrilló durante días y lo degradó a marino común de la nao Concepción. En el archipiélago de San Lázaro apenas bajaba a tierra. Nadie pensó en él cuando Humabón invitó al banquete de los principales de la armada en Cebú. Una serie de casualidades y guiños del destino lo han llevado a ocupar el lugar en que está ahora. Es una confirmación de lo que le dijo alguna vez el pagano Albo: quienes revuelven las cartas en el juego de la vida son el tiempo y el azar. Anota en su crónica:

Las causas de la buena o mala fortuna son invisibles.

Lo observa, pero nunca le dirige la palabra. Los dos se ignoran mutuamente en la estrechez de la nao. Mejor así, piensa el italiano. Elcano no puede hacer nada en contra de él. En las capitulaciones dice claramente que no se debe estorbar el trabajo de los cronistas. Teme que Elcano hablará en contra de Magallanes cuando la Casa de Contratación pida explicaciones sobre lo ocurrido en San Julián. Siente casi el peso de la responsabilidad de ser el único aliado que le queda a Magallanes.

*

En medio del océano Índico, cuando aún no divisan la costa de África, los marinos conversan sobre las bondades del clavo de olor. El barbero Bustamante sabe mucho de eso. Aplicado en compresas sobre los ojos mejora la vista y sobre la frente baja la fiebre y alivia los resfríos. Sirve, además, para dulcificar el aliento. Eso Pigafetta lo sabe. Chierigati solía mascar clavo por esta razón.

—Nada mejor que besar a una mujer después de que ella haya comido alimentos aderezados con clavo —bromea el barbero.

Pigafetta le busca conversación al maestre griego Miguel, proveniente de la isla de Rodas. Intuye en él a un hombre inteligente, pero no encuentra la resonancia esperada. Y Albo se ha hecho amigo de Elcano. Ya no habla tanto con él. Dedica entonces su tiempo a releer su crónica. Se la sabe casi de memoria. Si el cuaderno se le pierde o se lo roban, podría escribir una o varias copias.

Hace un recuento de los nombres de las embarcaciones que conoció en esa circunnavegación: *piragua* y *canoa* en las tierras de Brasil, *humonon* en la Aguada de los Buenos Indicios, *balangay* y *boloto* en las islas de San Lázaro, *bignaday* y *tunguli* en los mares de Borneo, *junco* en las Molucas…

*

El despensero da la mala noticia: deben echar toda la carne al agua porque se ha podrido. La explicación es la falta de sal en Timor o tal vez la negligencia.

Nadie lo sabe. El caso es que los marinos comienzan a transportar los sacos de carne a la cubierta y desde allí la lanzan al mar. La fetidez se expande por toda la nao.

—Preparémonos a pasar hambre —dice el despensero terminada la acción —, solo nos quedan arroz y algunos frutos secos.

—En Timor faltó *recta ratio factibilium*[35] —comenta en voz alta Pigafetta.

El maestre Miguel de Rodas lo entiende como una ofensa a Elcano. Mira al cronista amenazante y dirige su mano al machete que cuelga de su cinturón. Pigafetta decide no dirigirle nunca más la palabra.

*

En Tidore, entre tanto, después de cuatro meses de reparaciones, la Trinidad zarpa el 6 de abril de 1522 con 54 hombres a bordo. Navegan hacia el nororiente en busca de los vientos del Poniente para cruzar el Pacífico hasta el Darién, que es tierra de Castilla, y de allí seguir por el istmo de Panamá a España.

Ginés de Mafra es ahora el cronista de esa nao.

*

El 7 de mayo de 1522 la nao Victoria divisa por primera vez tierra. Se acercan a la costa de África. Los marinos se abrazan y rezan un Padrenuestro. Algunos proponen seguir hasta la factoría portuguesa Mozambique y entregarse. Pero son voces aisladas. La mayoría quiere seguir, a pesar de la falta de alimentos. Después de todo el esfuerzo, dejar que su valioso cargamento quede en manos portuguesas les parece inadmisible. Uno de los que quiere entregarse es Domingo Punzorol, el hijo del capitán de la Trinidad. Está enfermo y débil.

—Vivir, no importa cómo, pero vivir —expone.

—Seguiremos adelante y lo lograremos —asegura Elcano.

El contramaestre Juan de Acurio, su mano derecha y amigo entrañable, lo apoya:

—Vamos que se puede, compañeros.

Pigafetta también quiere seguir. Ni pensar en que su crónica caiga en manos de los enemigos de Magallanes.

—Me declaro más esclavo del honor que de mi propia vida —expresa.

Juan de Zubileta, uno de los pocos marinos de la Victoria que no se ha cambiado de barco en todo el trayecto, grita que antes muerto que entregarse a los enemigos. Y Juan de Arratia, otro marino que viajó siempre en la Victoria, pide con vehemencia:

—Seguir, seguir, seguir.

*

Después de varias semanas de intentar sin éxito dar con los vientos propicios para cruzar el océano Pacífico, Gómez de Espinosa decide regresar a las Molucas antes de morir de hambre y frío.

Mientras al otro lado del mundo, a los 42 grados de latitud sur, la Victoria entra en una zona de aguas atorbellinadas en que chocan corrientes marinas y vientos provenientes de varias direcciones. Están a diez leguas del cabo de Buena Esperanza. La maniobra de la nao se hace cada vez más difícil. Apenas pueden avanzar. Albo tiene que hacer grandes esfuerzos para controlar el timón. Vuelven a sentirse a la deriva. Suben a un monte de agua y bajan a un abismo en el próximo minuto. La Victoria desaparece y emerge con la quilla casi al aire. La voz dura de Elcano dirigiendo las maniobras apenas se escucha. Pasan muchos días con sus noches batallando contra el mar, con las escotillas cerradas para que no entre agua bajo la cubierta y no se dañe el clavo. Apenas descansan. Todos los brazos son necesarios. También los del cronista. Es el momento más peligroso del viaje. Las olas arrastran a dos grumetes. Otros tres marinos mueren extenuados y afiebrados en ese ambiente mojado. El mar no da tregua. Las bombas de achique deben trabajar noche y día.

Elcano reza en voz alta y renueva sus votos a Nuestra Señora de la Victoria cuando el viento rompe el mástil del trinquete. Lo reparan

amarrándolo con un cordel.

Decide acercarse al cabo africano asumiendo el riesgo de encontrarse con carabelas portuguesas y allí, de pronto, el viento cambia y entran en una calma que saben aprovechar. Logran doblar el cabo el 19 de mayo de 1522.

No hay tiempo para celebrar ni para descansar. El viaje continúa hacia el norte siguiendo la línea de la costa africana y comiendo solo arroz. Es un suplicio, pero quien lo sobreviva, triunfará. Quien tiene un por qué en la vida, soporta cualquier cómo.

*

A su regreso a las Molucas Gómez de Espinosa se encuentra con la noticia de que los portugueses han llegado a Tidore a tomar posesión de la isla con siete carabelas y trescientos hombres al mando de Antonio Brito. La factoría de comercio que ellos habían dejado ha sido destruida y Almanzor degradado y envenenado. Un nuevo rey lo ha sucedido en Tidore.

El capitán portugués Brito captura la Trinidad con sus mercancías, sus instrumentos de navegación y sus documentos. Entre ellos los diarios y apuntes de Magallanes y su astrolabio de marfil. Los tripulantes de la Trinidad son encarcelados y obligados a trabajar en la construcción de las nuevas fortificaciones. Todos los hombres de la Trinidad han muerto o morirán, menos tres: Hans Berger, Ginés de Mafra y Gonzalo Gómez de Espinosa. Mafra sabe esconder su crónica y el cuaderno de su maestro San Martín. Los portugueses no han podido confiscarlos.

*

La Victoria navega otros dos meses sin descanso a una distancia prudente de la costa africana. Primero los ayuda la corriente marina de Benguela y después los vientos alisios. Por orden de Elcano, el despensero raciona el arroz con mano dura. Por lo menos no hay casos de escorbuto. Bustamante concluye que el arroz es mejor alimento que el bizcocho.

Pigafetta se siente agradecido. Tiene hambre, sí, pero está sano y cree que va a sobrevivir al viaje gracias a su amuleto. Varias veces al día lo besa.

En la zona ecuatorial suben las temperaturas. Los griegos conversan con nostalgia. Albo espera que los suyos hayan vencido a los turcos otomanos y Miguel de Rodas cuenta las muchas veces que su isla ha estado a punto de ser tomada por ellos. Albo suspira y piensa en voz alta:

—Si Axio cae, sus habitantes sabrán expulsarlos. Si el invasor deja o no una huella en el pueblo conquistado depende de la cultura del invasor y de la del conquistado. La cultura superior siempre gana. Si Roma no pudo con Grecia, menos podrá el otomano.

*

El 8 de junio de 1522 cruzan el Ecuador por cuarta vez desde su partida de Sevilla. Con Magallanes fueron 110 días en el océano Pacífico sin pisar tierra firme. Ahora llevan 117 días sin probar alimentos frescos y todavía queda mucho mar por delante. Agua no les falta porque las tormentas han llenado los toneles. Pero otra vez aparece el escorbuto. Ahora sí: Domingo Punzorol es el primero en perder la batalla. Lo sigue Martín Magallanes, sobrino del difunto capitán, y ocho de los trece nativos que subieron en Tidore. Pigafetta escribe en su diario que al tirar al agua los cuerpos, los cristianos quedan con el rostro mirando hacia el cielo, mientras los nativos caen boca abajo.

*

El 9 de julio avistan las islas de Cabo Verde, después de cinco meses de navegación. Elcano decide acercarse a la isla Santiago, en la que hay una factoría portuguesa llamada Río Grande y manda a sus hombres más sanos a tierra. Son el despensero Pedro de Tolosa, Simón de Burgos, Juan de Zubileta, Martín Méndez y otros ocho; doce hombres en total. Inventan lo que Tomás de Aquino llamó *mentira oficiosa*. Dicen que vienen de América y se les ha averiado la nao, por lo que han perdido a su armada. El gobernador portugués les cree y les da algunos sacos de arroz. Entonces Méndez le pregunta qué día de la semana es y la respuesta le sorprende: es jueves. Según

sus propias cuentas es viernes. La diferencia de un día respecto a los cálculos de la armada plantea preguntas que San Martín hubiese podido responder de inmediato.

Otra vez arroz, dice un marino. *Pero por lo menos eso*, replica otro. Pigafetta corrige la fecha del día en su crónica y hace conjeturas. Concluye que navegando este-oeste, vale decir, siguiendo el curso del sol, se gana un día. No entiende la razón, pero así debe ser, porque así ha sido.

Como les va bien en el primer intento, Elcano ordena que se bajen dos sacos de clavo a tierra para cambiarlos por dos esclavos para que trabajen las bombas de achique. A Pigafetta le parece una mala idea. Advierte que eso los delatará, pero nadie le hace caso. Después de varias horas de espera ven dos carabelas portuguesas desplegar sus velas. Elcano ordena levar anclas de inmediato. Los doce compañeros son abandonados en Cabo Verde.

*

Ahora su tripulación está formada por solo 22 hombres débiles, pero esforzados y obedientes. Hombres que agradecen a su Dios cada vez que la lotería del escorbuto no los elige a ellos. Hombres que solo tienen una idea fija: sobrevivir.

Elcano y Bustamante conversan sobre lo que ha pasado. Es evidente que los sacos de clavo han hecho sospechar al gobernador portugués que podría tratarse de los sobrevivientes de la Armada del Moluco. Después se enterarán de que el gobernador ha hecho apresar e interrogar a Simón de Burgos. El marino ha confesado todo bajo tortura.

*

Las numerosas vías de agua amenazan constantemente con hundir la nao Victoria. Sanos y enfermos se turnan en el trabajo de achique divididos en grupos de cuatro hombres. Es una ardua lucha contra la muerte. La ven encima de ellos, fuerte y poderosa.

El 28 de julio avistan Tenerife. Algunos, los que tienen fuerzas, se abrazan. Otros prefieren ahorrar energías para seguir sacando el agua que se filtra por la tablazón. Y todavía existe el peligro de las tormentas. La palabra ni siquiera se pronuncia. Cuando Elcano ve que se acercan las nubes del mal tiempo se persigna y reza. El 14 de agosto ocurre. Saca fuerzas de flaqueza para dar ánimo a sus hombres:

—Son las últimas tormentas y los últimos tormentos antes de la gloria final.

*

Mueren otros cuatro hombres y son lanzados al agua sin dilación. Bustamante mueve la cabeza con lástima… ¡Morirse con España a punto de aparecer en el horizonte!

Quedan 19. Uno de los más saludables es Hans de Aquisgrán. Su aporte en el trabajo de las bombas de achique es fundamental.

El 4 de septiembre, con las velas medias rotas, avistan el cabo de San Vicente. Todos se arrodillan en la cubierta. El francés Esteban Villon llora de dolor. Tiene los músculos tiesos. Llora su propia muerte poco antes de llegar a tierra europea. Al día siguiente su cuerpo es lanzado al mar. Elcano lo despide con un *descansa en paz*… Descansa en paz porque la vida en los últimos meses ha sido una batalla tormentosa.

*

Ahora son dieciocho europeos y tres nativos de Tidore los que se reparten entre la maniobra de la nao y las bombas de achique. Duermen pocas horas. Ya nadie se preocupa de las ampolletas. Ya nadie cita los Salmos cuando las giran. Todo se reduce a lo mínimo y esencial: sobrevivir.

Albo comenta a Elcano que los dieciocho que quedan han igualado a Ulises. Son, como él, *polytropos*. Elcano lo mira extrañado. No entiende. No sabe quién es Ulises. *La Odisea* aún no ha sido traducida ni al castellano ni al

vasco. Pigafetta sí entiende sentado en la cubierta, flaco y barbudo. Asiente. Esboza una sonrisa.

—*Polytropos* porque hemos ido por muchos caminos y sido probados por el destino —comenta para sí.

Con Albo ya no habla.

Dos días después, el lunes 6 de septiembre, llegan a Sanlúcar de Barrameda. Hans de Aquisgrán descarga toda la artillería que les queda. Pigafetta calcula que han recorrido más de catorce mil cuatrocientas sesenta leguas. Se persigna y acaricia su anillo mientras fija la mirada en el puerto al que se acercan.

*

Desde Sanlúcar hasta el muelle de las Mulas en Sevilla son escoltados por marinos que suben a la nao a ayudarlos. Ahora pueden descansar, devorar el pan que les dan, rezar y agradecer…

La gente que pasea por el barrio del Arenal la tarde del 8 de septiembre de 1522 piensa que ha llegado un barco fantasma. La nao Victoria hace agua por todas partes y tiene todas sus velas rasgadas. Descienden dieciocho europeos y tres nativos, más muertos que vivos. ¿Una aparición? Los sevillanos se demoran en abrazarlos. Se demoran en comprender que son los sobrevivientes de la Armada del Moluco.

Desde el mismo muelle los 18 peregrinan a la iglesia Santa María de la Victoria para cumplir su manda. Los acompaña un séquito de hombres y mujeres. Elcano pregunta a un sevillano si todavía sigue reinando Carlos I y él le informa que sí.

—Ahora es el emperador Carlos V. Ha sido coronado hace dos años.

—¿Qué pasó con el portugués? —pregunta una mujer.

Elcano no responde. Le cuentan que Beatriz Barbosa murió hace seis meses y también han muerto los dos hijos de Magallanes. Esteban Gómez y Álvaro Mezquita están en la cárcel, uno por deserción y el otro por traición. A la procesión se van sumando más sevillanos que les hacen preguntas. Mujeres que quieren saber qué ha pasado con sus hijos o sus maridos. En la iglesia la

atmósfera es indefinible. Luces de alegría y alivio y un dolor que brota en llanto por la suerte de los que no regresaron.

*

La siguiente acción de Elcano es escribir una carta al emperador informándole de su regreso con documentos de vasallaje firmados por los reyes de las islas Molucas:

Sabrá Vuestra Majestad que hemos llegado dieciocho hombres con una de las cinco naos que Vuestra Majestad mandó a descubrir la Especiería… aquello que más debemos estimar y tener, es que hemos descubierto y dado la vuelta a toda la redondez del mundo, que yendo por occidente hayamos regresado por el oriente.

Carlos V le pide que se traslade de inmediato a su corte en Valladolid acompañado de las personas más cuerdas y de mayor razón que hubiese entre sus subalternos para que le informen sobre los pormenores de aquella gesta. Elcano elige a Francisco Albo, Miguel de Rodas y Hernando de Bustamante. A Pigafetta no lo invita.

*

El emperador del Sacro Imperio Romano Germánico recibe a los cuatro navegantes en la corte de Valladolid el 18 de octubre de 1522. Junto a él están su secretario Maximiliano Transilvano y el obispo Juan Rodríguez de Fonseca. El primer punto que el rey pide aclarar con Elcano, para tranquilidad de su confesor, es qué pasó en San Julián. Elcano ratifica la versión que contaron Esteban Gómez y los marinos de la San Antonio: Magallanes era un tirano. Su muerte la atribuye a una intromisión negligente en las peleas de los reyezuelos de Cebú y Mactán. A continuación entrega al emperador el cuaderno del escribano Méndez en el que están consignados los quintales de clavo de olor que han llevado en la bodega de la Victoria. Carlos lo estudia y comenta:

—¡Es una fortuna!

Francisco Albo entrega al secretario del emperador el cuaderno que contiene su derrotero de la travesía. Le explica que anotó las mediciones que hizo día a día mientras navegaban. Transilvano le hace muchas preguntas sobre la nueva ruta que han descubierto y sobre el océano y las islas que hay más allá del Nuevo Mundo que caen dentro de la demarcación de Castilla.

Los dos españoles salen de la reunión con promesas de grandes recompensas. Elcano recibirá una pensión anual de 500 maravedíes y será investido caballero. En su escudo se leerá la leyenda:

Primus circumdedisti me[36].

El barbero Bustamante es agraciado con cartas de nobleza y blasón de armas. Podrá vivir el resto de su vida de las rentas que le da su quintalada. No se volverá a embarcar. Pasará el resto de su vida hablando a sus conocidos sobre el inmenso océano que ha navegado, al que un capitán olvidado dio el nombre de Pacífico.

Los griegos tienen que contentarse con su quintalada. Albo regresa de inmediato a Sevilla para vender su carga de clavo. Partirá ese mismo año a su isla Axio a luchar contra los turcos y llevará consigo a su esposa.

*

Gracias a las declaraciones de Elcano en contra de Magallanes, Esteban Gómez es liberado y absuelto del delito de deserción. De inmediato comienza a organizar una nueva expedición al Mar del Sur, esta vez bajo su propia responsabilidad y mando. Cumple así su sueño de que el emperador le financie una armada. Buscará un paso a las Molucas en América del Norte.

Mezquita queda en prisión, porque Elcano declara que era tan tirano como su primo Magallanes. Recién es liberado en 1524, por mediación del comendador Diego Barbosa después de la muerte del obispo Fonseca.

*

Pigafetta se las arregla para llegar solo a la corte en Valladolid, ciudad en la que había vivido cuando era secretario de Chierigati. Lleva al rey una copia

de su diario y veintiún mapas de América Meridional y las islas del Pacífico confeccionados por él mismo. Tal como cuenta en su crónica:

Presenté a la sacra majestad de don Carlos V no oro ni plata, sino algo más grato a sus ojos. Le ofrecí, entre otras cosas, un libro escrito de mi mano, en el que día a día señalé todo lo que nos sucedió durante el viaje.

Pero el recibimiento en la corte no es como él esperaba. Fonseca no se alegra de la existencia de su crónica. Su primera pregunta apunta a los hechos en San Julián y tiene que escuchar una versión que no le agrada. El italiano explica que fue un motín de los castellanos contra Magallanes sin otra justificación que la desconfianza y el recelo que sentían hacia él. Fonseca se encarga de que sea una reunión corta y de que de su testimonio no quede constancia en ninguna parte. Le pide que le deje su crónica, lo cual el italiano ingenuamente hace. Pigafetta dirá sobre ese encuentro:

—*Me fui de allí lo antes posible*.

*

En los años siguientes Pigafetta se pasea por las cortes reales de Portugal, Francia e Italia contando sus aventuras, buscando aliados y copiando varias veces su propia crónica que se ha aprendido de memoria de tanto escribirla y reescribirla.

En Portugal reina Juan III por la muerte de Manuel en diciembre de 1521. Él tampoco se interesa por un escrito en que se trata con tanta benevolencia a quien a sus ojos es un traidor.

Francisco I de Francia, el rey culto que ha protegido a Leonardo da Vinci, se fascina con las historias de la primera circunnavegación del planeta y se queda con una copia en francés de la crónica, pero no la publica para no contrariar a los españoles.

La siguiente estación del italiano es el Vaticano, donde se reencuentra con Chierigati. Él lo consuela citando a San Juan Crisóstomo 18, 20-21:

—*Porque nada hay encubierto que no haya de descubrirse*.

Su antiguo mentor le organiza una reunión con el papa Clemente VII. Es el primero que quiere saber más sobre la personalidad de Magallanes. Concuerda con Pigafetta en que la hazaña de la primera circunnavegación es

obra del portugués naturalizado castellano y que los otros solo continuaron lo que él había comenzado. Le deben, por lo tanto, su fama y honor. Magallanes es para el papa uno de esos héroes que hacen que el mundo se renueve. Pide quedarse con una copia de su crónica para guardarla en sus archivos.

La quintalada de honor que esperaba Pigafetta no la obtiene de España, donde Fonseca hizo que su crónica desapareciera de inmediato, sino de Felipe Villiers, gran maestre de la Orden de Rodas. Lo visita en la ciudad de Mesina, Sicilia, después de que Villiers huyera de su isla por el peligro otomano y de haber tenido que capitular ante las tropas de Solimán.

Los dos aventureros se entienden bien desde el primer encuentro. Pigafetta vive gran parte del año 1524 en el castillo de Villiers en Mesina. Allí escribe una versión en italiano de su crónica que dedica a su nuevo mentor. Será una de las copias que no se perderán. En 1524 Villiers lo nombra caballero de la Orden de Rodas. Después se pierde la huella de Antonio Pigafetta. Es posible que haya terminado sus días en Vicenza, en la casa de su padre, donde hasta hoy se lee en la fachada:

No hay rosas sin espinas.

*

Algunas versiones de la crónica de Pigafetta se conservan hasta hoy. Los diarios y documentos de Magallanes, en cambio, se perdieron. El comandante portugués Antonio Brito los confiscó a Gómez de Espinosa cuando se apoderó de la Trinidad y los mandó a Lisboa. Allí estuvieron guardados más de doscientos años en la Torre del Pombo… hasta el terremoto de 1755, cuando quedaron sepultados bajo los escombros.

Escrito entre Punta Arenas y Berlín
entre abril de 2019 y abril del 2020.

Agradecimientos

La idea de escribir esta novela nació durante una residencia en Punta Arenas en abril del año 2019 en el marco del Programa de Investigación Artística Magallanes 2020. Fue una invitación del Goethe-Institut Chile en colaboración con el Área de Extención de la Universidad de Magallanes. Lo que era la semilla de una novela tomó fuerza en los cálidos encuentros de pura sororidad con la escultora Paola Vezzani y la directora del Área de Extensión de la UMAG Mónica Araus en un departamento con vista al estrecho de Magallanes. Cuando regresé a Berlín me dediqué de lleno a escribir esta última entrega. Luego vinieron los aportes de mis lectoras de siempre. La novela no sería lo mismo sin los comentarios de Susana Hauschild, Carla Hegerl (mi hija), Eulalia Pincheira (mi madre) y Leonor Convers. Ellas leyeron diversas versiones e hicieron valiosos aportes. Mi agradecimiento se confunde con mi cariño incondicional.



PATRICIA CERDA nació en Concepción en 1961. Desde 1986 reside en Alemania. Es doctorada en Historia en la Universidad Libre de Berlín. Ha sido docente de Historia Latinoamericana en la misma universidad y de Comunicación Intercultural en la Universidad Ludwig Maximilian de Múnich.

Es escritora, historiadora y ensayista. El 2013 publicó el volumen de cuentos *Entre mundos*. Uno de esos relatos fue traducido al alemán y publicado en la antología Literatura chilena emergente de la Revista Alba (Berlín, 2015).

En el 2016 publicó las novelas históricas *Mestiza* y *Rugendas*.

Patricia Cerda aborda, en sus ficciones, la memoria cultural chilena y latinoamericana.

Notas

[1] Es lícito denominar estas tierras Nuevo Mundo. <<

[2] La nave de los locos. <<

[3] Pensión por servicios prestados al rey. <<

[4] Tratado de 1494 en que España y Portugal ratifican la división del orbe hecha por el papa Alejandro VI en la bula Intercaetera. Se trata de una línea ficticia trazada en el agua. El oriente de la línea corresponde a Portugal y el occidente corresponde a Castilla. <<

[5] Consejero del rey Carlos I. Nacido en Hungría probablemente en 1490. Contrajo matrimonio con Francisca de Haro, hija de Cristobal de Haro, en 1519. <<

[6] *Nuestra vida está hecha de la muerte de otros*. <<

[7] Pantalones anchos y cortos hasta la rodilla. <<

[8] Pintura del Bosco encargada por Felipe I de Castilla, el Hermoso. <<

[9] Salido a la circulación poco antes de que ellos zarparan. Conocido hoy con el nombre de *Atlas Miller*. **<<**

[10] La suerte está echada. <<

[11] Pingüinos. <<

[12] *No hay rosa sin espinas*. <<

[13] 8.334.335 maravedíes exactamente. El equivalente a 1,5 millones de euros. <<

[14] Muchas gracias. <<

[15] Ser humano. <<

[16] Malos, malos. <<

[17] Ningún día sin una línea. <<

[18] Envenenadas. <<

[19] ¡Devuélvanme mi idioma! <<

[20] Ubicado entre Burgos y Santander. <<

[21] Todos los hombres mienten. <<

[22] Devuélvanme mi idioma. <<

[23] Nombre de la constelación Cruz del Sur en su idioma. <<

[24] Actual archipiélago de las islas Marianas. <<

[25] Cocos. <<

[26] Bananas. <<

[27] Isla de Samar, Filipinas. <<

[28] Veintiún años después el explorador Ruy López de Villalobos rebautizó el archipiélago como islas Filipinas en homenaje a Felipe II. <<

[29] Nuez de betel. Crece en un árbol llamado areca y se consume como goma de mascar con efectos estimulantes. <<

[30] Donde fueres haz lo que vieres. <<

[31] En su libro *El Conde Lucanor*. <<

[32] Hombres malos. <<

[33] Actual isla de Balábac. <<

[34] Seguiré tu linterna. <<

[35] Capacidad de hacer bien las cosas. <<

[36] Fuiste el primero en circunnavegarme. <<